

# Sacerdos

Revista de comunión sacerdotal,  
caridad pastoral y formación  
permanente.

## “La Misión en la Iglesia”

† Mons. José Francisco González González

**“El examen de previsión,  
una propuesta a partir del  
salmo 94”**

*P. David Abad Lordán, L.C.*

**“Recuperar la imagen del  
padre en el ministerio  
sacerdotal”**

*P. José Manuel García  
Lizanga*

## EDITORIAL



**P. Alfonso López Muñoz, L.C.**  
Director Editorial Revista  
SACERDOS

Estimados hermanos en el Sacerdocio:

Les saludamos a la vez que presentamos nuestra revista para el próximo trimestre, esperando los temas que presentamos les sean de utilidad tanto para su formación integral como para su labor pastoral.

En los últimos años se ha hablado –y se sigue hablando– mucho del “*burn out*”, es decir de ese “quemarse”, o sea del agotamiento físico y mental del sacerdote. También se ha hablado del “pluriempleo”, y de cómo el sacerdote descuida su salud, o mejor: no sabe cuidarse a sí mismo, y de que, en muchas ocasiones, no descansa o no sabe descansar. Y un largo etcétera. Por otra parte, la misma crisis de identidad y el fenómeno de la pederestía y de otros fallos del sacerdote en el ámbito moral grave han hecho que en muchos de los ministros se haya introducido un cierto desánimo, cuando no un verdadero abatimiento. En otros se ha dado una especie de aletargamiento y dejadez ante el espectáculo de la denigración del sacerdote por parte de los enemigos de la Iglesia, cuando en realidad la mayoría de los ministros de Cristo son fieles a su vocación y cada día se entregan sinceramente y plenamente a su misión y a las almas encomendadas. Sin embargo, qué duda cabe que en estos “tiempos líquidos” –para decirlo con Bauman– hemos de cuidar nuestra salud física y mental ante el alto grado de tensiones que implica la vida moderna, y más aún, como decimos, ante la crisis por la que atraviesa el mundo y la misma Iglesia, que “no es del mundo, pero está en mundo” y que sirve a este mundo. Es por ello que presentamos en el apartado de la dimensión humana tres artículos: uno que versa precisamente sobre el “*burn-out*” en la vida pastoral del sacerdote, otro que va a la raíz y el centro del problema o de los problemas en este ámbito de nuestras vidas: la formación del corazón sacerdotal; finalmente, el tercer tema de este primer apartado muestra lo que san Cipriano expone sobre la unidad en la Iglesia en uno de sus escritos mayores, aplicando dicha enseñanza específicamente a la vida de los ministros ordenados. Creemos que este argumento, aunque echa raíces hondas obviamente en la eclesiología y por tanto es un tema eminentemente teológico, ha de derivar en toma de actitudes y resoluciones muy concretas en el campo humano, sobre todo si tenemos en cuenta la insistencia de la Iglesia en temas como la fraternidad sacerdotal, la solidaridad y caridad mutua entre los presbiterios, de manera especial desde *Pastores davo vobis* a la fecha.

En lo que dice a la dimensión espiritual ofrecemos varios temas: uno sobre el examen, ejercicio y práctica necesaria, es más indispensable, en nuestras vidas como sacerdotes; de hecho, se trata de una tradición de la Iglesia, desgraciadamente hoy muy en desuso, que por siglos era práctica común de los fieles, y que es urgente recuperar, sobre todo en un mundo que más que *vivirlo nosotros, nos vive*. En efecto, en un mundo que ofrece pocas

## EDITORIAL

oportunidades y deja poco espacio para la reflexión y el examen, hemos de promover este ejercicio de conciencia y de piedad en la Iglesia, comenzando por ejercitarnos en él nosotros mismos, porque, sin duda alguna, ¡cuánto bien nos hace!, y porque tanto ayudaría a la verdadera renovación del sacerdocio, que está más en lo profundo de nuestra vida que en la planeación y organización meramente externas. Por eso también se incluye un artículo que versa sobre los efectos de la Eucaristía –“centro y culmen de toda la vida cristiana”- en nuestra vida espiritual concreta. Ahora bien, todo ello ha de tener como fundamento la fe, sin la cual ésta se queda en una mera “abstracción”, sin “corazón, sangre y nervios”, es decir una fe que, por así decirlo, ‘no alcanza para la vida diaria’. Finalmente, se presenta también la necesidad de recuperar la imagen del padre en nuestro ministerio sacerdotal, lo cual representa todo un reto, máxime después de la crisis de identidad y fallas graves en la vida y comportamientos de los sacerdotes, a los cuales nos referíamos más arriba.

En el rubro de la dimensión intelectual presentamos dos artículos: uno sobre la Misión en la Iglesia, la cual, aunque es eminentemente pastoral, aquí se desarrolla desde un punto de vista más teológico. Y también presentamos la primera parte de un sencillo estudio sobre San Juan Pablo II como Papa del amor humano, del matrimonio y la familia, dado que la Iglesia tiene hoy por hoy puesta una buena parte de sus preocupaciones precisamente sobre aquello que considera “la célula fundamental de la sociedad y de la misma Iglesia”, lugar donde el ser humano aprende ese “amor humano”, del cual fue siempre el santo Papa Wojtyla un enamorado y un acérrimo defensor ante las ideologías enemigas de lo verdaderamente humano y cristiano. Sin duda, volver a la doctrina de este gran filósofo, teólogo y místico enamorado del hombre y de su vocación más alta, en estos tiempos de confusión dentro y fuera de la Iglesia respecto al ser y quehacer del hombre en su esencia, nos hará un gran bien y nos dará herramientas útiles y preciosas para reconducir al hombre en este campo de vital importancia para su bien integral, temporal y eterno.

Y en lo que respecta a la dimensión pastoral, continúan los temas que se refieren a la predicación sagrada; en esta ocasión se hablará sobre el “guión” de la predicación. Por otro lado, también ofrecemos un artículo que trata sobre el libro del Apocalipsis como fuente de “últimas noticias”, el cual nos puede dar una buena dosis de esperanza en estos tiempos que corren, tan propensos al pesimismo y que empujan más bien, ante tantos males que afligen al mundo, a una visión desalentadora y derrotista.

En esta ocasión añadimos un tema que, ante los avances vertiginosos de las ciencias de la salud en general, y de la medicina en particular, se presenta como de verdadera actualidad, además de que supone grandes retos para la

## EDITORIAL

ética médica y de la moral especial: la muerte encefálica. No cabe duda de que hemos de estar preparados también en estos temas, pues cada vez es más común que los fieles nos consulten al respecto.

Finalmente, como testimonio de figura sacerdotal, presentamos la historia del padre Jerónimo Gracián, carmelita descalzo, enamorado de santa Teresa y su reforma, el cual puede ser de aliento para nuestra vida y misión sacerdotales, sobre todo en lo que dice a confiar en la Tradición de la Iglesia, la cual mana del Evangelio, sobre todo en esta época –o como se suele decir “cambio de época”- en la que nos toca vivir, tan dada a ‘hacerse al mundo’, cuando en realidad vivir evangélicamente –insistimos- significa “estar en el mundo sin ser del mundo”-, dando testimonio de vida verdaderamente sacerdotal, siendo conscientes que el Señor nos llama a ser “sal de la tierra y luz del mundo”, pues “si la sal pierde su sabor, no sirve sino para echarla fuera para que la pise la gente”. Es por ahí por donde se ha de encaminar toda reforma en la Iglesia, más allá del cambio y renovación en las estructuras: es decir, la verdadera reforma consiste en la conversión del corazón y de la propia vida; un volver a ‘voltear’ hacia Dios, un mirar a Dios, un volver a Dios.

Deseándoles salud de alma y cuerpo, así como augurando que la lectura de estos temas sea de alimento y provecho espiritual y utilidad pastoral, me despido de ustedes, no sin asegurarles la oración de todos cuantos conformamos el Centro Sacerdotal Logos por ustedes y las almas encomendadas a su ministerio, al mismo tiempo que nos encomendamos a sus oraciones.

P. Alfonso López Muñoz, L.C.

Centro Sacerdotal Logos

# ÍNDICE



## DIMENSIÓN HUMANA

**"El burnout en la vida pastoral"** 9  
P. Miguel Guerra, L.C.

**"Corazón de sacerdote y sacerdote de corazón"** 26  
P. Fernando Fabó, L.C.



## ASPECTO COMUNITARIO

**"La Unidad de la Iglesia en San Cipriano de Cartago"** 36  
P. Luis Ángel Zamora Almaraz



## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

**"El examen de previsión, una propuesta a partir del salmo 94"** 40  
P. David Abad Lordán, L.C.

**"Los efectos de la Eucaristía en nuestra vida espiritual"** 46  
P. Ignacio Andereggen

**"La fe no es una abstracción, tiene corazón, sangre y nervios"** 53  
P. José Juan Sánchez Jácome

**"Recuperar la imagen del padre en el ministerio sacerdotal"** 55  
P. José Manuel García Lizanga



## DIMENSIÓN INTELECTUAL

**"La Misión en la Iglesia"** 57  
† Mons. José Francisco González Gongález

**"San Juan Pablo II, el Papa del amor humano, del matrimonio y de la familia (Parte I)"** 64  
P. Alfonso López Muñoz, L.C.

*\*Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.*

# ÍNDICE



## DIMENSIÓN PASTORAL

**"El guión de la predicación"** 76  
P. Antonio Rivero, L.C.

**"Cuando quiero enterarme de las últimas noticias, leo el Apocalipsis"** 80  
P. José Juan Sánchez Jácome



## ACTUALIDAD

**"Muerte Encefálica"** 82  
P. Fernando Pascual, L.C.



## TESTIMONIO

**"Padre Jerónimo Gracian: historia de un peregrino"** 87  
P. Fernando Pascual, L.C.

**Director responsable:** P. Alfonso López Muñoz, L.C.

**Consejo editorial:** †S.E. Mons. Rogelio Cabrera López./ Arzobispo de Mty. / Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano, †S.E. Mons. Jaime Calderón Calderón / Obispo de Tapachula, †S.E. Mons. José Rafael Palma Capetillo/ Obispo Auxiliar de Xalapa, S.E.R. Mons. Carlos Enrique Samaniego López, Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de México P. Ignacio Andereggen, P. Salvador Valadez Fuentes, P. Jaime Rivas, P. Octavio Pérez Ramírez, P. Eduardo Muñoz, P. Marcelino Monroy, P. Javier Jaramillo, P. Eduardo Godínez, PP. Fernando Pascual, Antonio Rivero y Alex Yeoung, LL.CC.

**Coordinación gráfica:** Lic. Hugo Toro Monjaraz

**Coordinación Editorial:** En Sacerdos velamos porque todo cuanto se escribe en nuestra revista refleje en todo momento la doctrina de la Iglesia Católica sobre cada uno de los temas tratados; sin embargo, la responsabilidad del pensamiento y de las ideas en concreto de cada artículo competen a su respectivo autor.

*\*Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.*



## AVISOS

• PROGRAMAS INTERNACIONALES  
[www.centrologos.org](http://www.centrologos.org)



# Renovación Sacerdotal en Jerusalén

|  |  |
|--|--|
| <b>Invierno 2020:</b><br>Día de llegada:<br>13 de enero al<br>Día de salida:<br>1 de febrero | <b>Verano 2020:</b><br>Día de llegada:<br>13 de Julio<br>Día de salida:<br>1 de agosto |
|--|--|

**COSTO:**  
• El costo de la Renovación Sacerdotal es de: **2,450 €**

**CONTACTO:**  
**Adriana Bellon**  
Coordinadora de Programas Internacionales  
[logosinter@redmision.org](mailto:logosinter@redmision.org)  
Tels. 55 55 20 54 11/5585  
Celular 5528605693

**Síguenos:**  
f Centro Sacerdotal Logos





**UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE MÉXICO**

**CEPROME**  
Centro de Investigación y Formación Interdisciplinaria para la Protección del Menor

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD GREGORIANA**  
Centro de Estudios de la Familia

# CONGRESO LATINOAMERICANO SOBRE LA PREVENCIÓN DEL ABUSO DE MENORES 2019

**6 AL 8 NOV** UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE MÉXICO

**+ informes**  
ceprome@pontificia.edu.mx  
WhatsApp: +52 614 284 2337  
Horario de atención  
9:00 - 18:00 hrs Méx.

[f](https://www.facebook.com/Cepromeupm) [t](https://twitter.com/Cepromeupm) [i](https://www.instagram.com/Cepromeupm)  
@Cepromeupm  
[www.ceprome.com](http://www.ceprome.com)

**CEM**

**UNUCC**

**PROTECTION OF MINORS**





# El burnout en la vida pastoral.

## Descripción analítica de las causas, la gradualidad, y las circunstancias en juego



**P. Miguel Guerra, L.C.**

Licenciado en Teología  
Maestro en Psicopedagogía y  
en Gestión Directiva Organizacional  
Especialista en Coaching Educativo

### Introducción

*Estar quemado* es un fenómeno que ha adquirido mayor relevancia en la sociedad actual, sobre todo en las últimas décadas, porque quien está en *burnout* ve afectadas negativamente sus relaciones personales, familiares, laborales ... al punto de no reconocerse más como era antes. Pero no sólo, el individuo también experimenta una disminución considerable en su rendimiento personal: de ser alguien enérgico, ahora vive agotado; de ser un emprendedor creativo, tiene ahora dificultad para recordar proyectos; de vivir con ilusión el día a día, ahora no quiere saber más.

Quien se encuentra en la condición antes descrita, naturalmente es porque desde hace tiempo ha emprendido el camino hacia esa dirección. No cabe duda de que su estado actual sea consecuencia de diversos factores –algunas veces inconsciente y ajenos a su propia voluntad, algunas otras veces no-, pero lo cierto es que, de no poner remedios concretos, terminará inevitablemente en profundas crisis existenciales o de identidad profesional. Esto, que implica un serio problema para la mayoría de las personas, adquiere un matiz particularmente delicado para los sacerdotes, que fundan su trabajo apostólico en lo que libremente han elegido ser -respondiendo al llamado de Dios a seguirle más de cerca-: sus consagrados.

El presente trabajo intenta conceptualizar realidades que frecuentemente se dan por descontadas en la vida de los *obreros de la mies* (Mt 9,38) y que, sin embargo, pueden conducir a descubrir *inconsistencias personales* que, de no ser elaboradas e integradas en la propia vida, dejarán sólo heridas profundas y experiencias negativas del ministerio pastoral. Quizás la meta sea aprender lo que Jesucristo dijo alguna vez a sus apóstoles, justo después de haberse reunido con Él para contarle todo lo que habían hecho y lo que habían enseñado: «venid también vosotros aparte, a un lugar solitario, para descansar un poco», porque –agregará el evangelista– «los que iban y venían eran muchos, y no les quedaba tiempo ni para comer» (Mc 6,31).

### 1. Descripción general

Hablar del síndrome de *burnout* es hablar de una «forma de estrés»<sup>1</sup> que surge en el campo laboral, específicamente entre los *profesionales de la relación de ayuda*. Ahí se colocan los médicos, los bomberos, los profesores, las enfermeras... al igual que los sacerdotes y los consagrados, quienes tienen un contacto directo persona a persona.

A este síndrome se le denomina también *sobrecarga emocional*, que coloquialmente significa «estar quemado ante las dificultades, los sinsabores y problemas»<sup>2</sup>. La psicóloga Cristina Maslach, después de

<sup>1</sup>G. Crea, *Agio e disagio nel servizio pastorale*, EDB, Bologna 2010, 18. Las traducciones de esta obra son mías. En adelante las citaciones a este libro se indicarán en el texto como «ADis».



## DIMENSIÓN HUMANA



estudiar el fenómeno en diferentes pacientes, enumera cuatro síntomas comunes: *agotamiento emocional*, en donde está presente el cansancio físico y la pérdida de vitalidad; *deshumanización*, que se acompaña de insensibilidad en el trato, de actitudes negativas y de cinismo hacia las personas que reciben sus servicios; *falta de realización personal*, con pérdida gradual del gusto al propio trabajo, sensaciones de insuficiencia y de baja autoestima; y por último, *síntomas físicos de estrés*, que incluyen agotamiento, cansancio anterior al esfuerzo, taquicardia, nerviosismo y malestar difuso generalizado [cf. ADep, 272].

Este cansancio y agotamiento, propios del *burnout* no se identifican con la fatiga pasajera que es «habitual en la vida normal y, por supuesto, en cualquier tipo de enfermedad por ligera que sea: desde una gripe a unas anginas, [...] hasta el exceso de trabajo profesional» [ADep, 283]. Más bien tiene que ver con una fatiga persistente y excesiva, que «incide negativamente sobre la capacidad del obrero de adaptarse a las exigencias ambientales» [ADis, 53,] al haberse sobrepasado en su ejercicio profesional. De consecuencia, su capacidad positiva de adaptación ya no funciona y las estrategias para afrontarlo fallan, conduciéndolo a una «afectación física y mental que se acompaña de manifestaciones psicósomáticas» [ADep, 284]. Esto también es válido para los agentes de pastoral que «si bien animados de un fuerte ideal religioso, si se exponen a situaciones de

estrés siempre más intensas y siempre más persistentes, pueden también ellos pasar de una activación energizante y frenética a un desgaste psico-fisiológico que los deja sin fuerzas» [ADis, 28].

Así es como aparece el *síndrome de fatiga crónica*, que se caracteriza por un «cansancio profundo de una duración no inferior a seis meses, cuyas pruebas de exploración física o de laboratorio no aportan nada que lo justifique» [ADep, 282], acompañado de alteraciones del sueño, trastornos cognitivos, disminución de la concentración, dificultad para memorizar y dolores de cabeza idiopáticos [ADep, 283]. De este modo, el trabajo por los demás –que en los sacerdotes se traduce en servicio desinteresado a ejemplo de Cristo– puede tomar forma de activismo desgastante o de funcionalismo apático, sobre todo cuando se pierde de vista la motivación auténtica del ministerio [cf. ADis, 54].

El *burnout* se revela entonces como un «disgusto específicamente afectivo» [ADis, 53], consecuencia de la tensión psicológica llevada hasta el límite, en donde «la afectividad ya no está medida por un amor gratuito hacia la gente, sobre el modelo de Cristo buen Pastor, sino centrada en los propios intereses» [ADis, 54]. Y así como presenta un gran deterioro profesional, acompañado de «absentismo laboral, rotaciones de trabajo frecuentes, ansiedad, miedos diversos, depresión e incluso el deseo de abandonar ese puesto de trabajo» [ADep, 284], el sacerdote, sin una caridad fundada en el amor a Cristo y a su Iglesia, arriesga comprometer no sólo los resultados de su trabajo apostólico, sino el «sentido mismo de la vocación al punto de corroer la dimensión existencial sea de las actividades que del ministerio» [ADis, 54].

Por esto el *burnout* no es sólo agotamiento y pérdida de fuerzas, sino también pérdida de ideales que, de no atenderse debidamente, puede llegar a tocar las fibras existenciales de la identidad misma.

Aquellas que eran las motivaciones iniciales, fuertemente centradas en el servicio a los demás, poco a poco disminuyen y se transforman en una especie de desilusión, por lo que el obrero (sacerdote)

<sup>2</sup> E. Rojas, *Adiós, depresión*. En busca de la felicidad razonable, Ediciones Planeta, Madrid 2010, 272. En adelante las citaciones a este libro se indicarán en el texto como «ADep».



## DIMENSIÓN HUMANA

se siente como desencantado y frustrado. [...] El denominador común de estas reacciones es la separación, sea física que afectiva. Así, el sujeto se "retira" psicológicamente en sí mismo, pierde entusiasmo e interés por la propia actividad y vive una constelación de síntomas que la (psicóloga) Maslach resume en términos de "síndrome de agotamiento emocional, de despersonalización y de reducción de las capacidades personales que puede presentarse en sujetos que, por profesión, 'se ocupan de la gente'" [ADis, 55-56].

### 2. Causas

Al ser un síndrome psicósomático, las causas del *burnout* son multifactoriales o de causalidad múltiple<sup>3</sup>. Aunque podríamos acercarnos desde diferentes perspectivas a considerar su génesis, nos limitaremos en esta sección a factores *psico-sociales*.

#### 2.1 Psicodinámicas

Surgen de los contenidos inconscientes que no están presentes en el campo actual de la consciencia. Si la angustia existe como un fenómeno desagradable –dirá Freud– es porque representa la reacción o la respuesta ante una situación peligrosa. Por este motivo el ego desarrolla un reflejo de fuga, retirándose de la percepción amenazadora o del proceso del *id* que



evalúa como una amenaza, expresándolo bajo forma de angustia [cf. ADis, 35-36]. Así, «la ansiedad [...] representa el esfuerzo de adaptación que la persona lleva a cabo a nivel intrapsíquico para hacer frente a las situaciones externas en manera funcional de acuerdo a las propias experiencias interiores» [ADis, 35-36].

Debido a esto la persona tendrá que dar una respuesta adecuada, mediante mecanismos de defensa, que servirá para descargar la propia tensión de dos maneras: adoptando *comportamientos interpersonales conflictivos* (neurosis), con mecanismos de proyección y de desplazamiento; o a través de *reacciones somáticas*, con mecanismos de represión y de negación [cf. ADis, 36]. Cualquiera que sea el caso, a largo plazo «todo se traducirá en manifestaciones psicósomáticas que pueden desembocar en verdaderas y propias condiciones patológicas para la salud» [ADis, 37], dado que expresan un conflicto no resuelto al que la persona busca dar solución.

Para ilustrar esto quizás sirva como ejemplo el sacerdote que suele ser autoritario en la forma de dirigir, y que además busca tener siempre la razón. Es un hecho que, a ojo de los demás, es escuchado, tiene la idea justa y es considerado, aunque esto signifique para él vivir las relaciones con ellos de modo conflictivo. El sacerdote, por otro lado, siente que cuando se impone en una relación de competitividad logra encontrarse consigo mismo. Pero «esta competitividad narcisista es sólo el efecto de una causa más profunda y central: la necesidad conflictiva de humillación de la que se defiende. Es arrogante porque, en el fondo, tiene poca estima de sí y, dominando a los otros, intenta inconscientemente compensar y defenderse del miedo de sentirse inconsistente y de no valer. Arrogancia y agresividad son una reacción defensiva que él utiliza para protegerse del miedo de ser devaluado. Y es tal reacción la que puede pasar a ser inadecuada y ocasión de agotamiento y estrés porque, en un contexto relacional altamente competitivo, él sentirá la confrontación como una crítica que agudiza su sentido de humillación y reaccionará con

<sup>3</sup> Para la fatiga crónica se consideran factores genéticos, alteraciones del sistema nervioso central, alteraciones del sistema inmunitario o anomalías endocrinológicas, agentes infecciosos, trastornos de tipo psiquiátrico (depresión menor, hipocondría, depresión atípica, trastornos de la personalidad, ansiedad generalizada): en E. Rojas, *Adiós, depresión...*, 283.



más arrogancia, hasta que... no pueda más» [ADis, 36-37].

### 2.2 Interpretación cognitiva

Reducir la dinámica del *burnout* a una relación unilateral de causa-efecto limitaría mucho la comprensión del síndrome. Esto principalmente porque la reacción de un grupo de personas ante la misma causa no es siempre igual, y la diferencia estriba en el modo en cómo cada uno *interpreta* el hecho. Así, «gracias a la propia mediación cognitiva, el individuo puede interpretar [...], y asignar significados diferentes a las situaciones que vive, hasta convertir un estímulo neutral en un estímulo estresante» [ADis, 38-39]. El acento, por lo tanto, no viene puesto solamente en el factor estresante en sí mismo, sino también en la «interacción entre los elementos individuales (la capacidad de valuación y de control, la vulnerabilidad al estrés, la influencia de las experiencias precedentes) y del ambiente circundante (las exigencias externas, el perdurar de las condiciones estresantes, el peso que tienen sobre la psique del individuo...), dando así vida a una concepción multidimensional del estrés a la que concurren las diversas dimensiones que son específicas de la persona, en particular aquellas que más caracterizan su estilo de interacción con el contexto en donde trabaja» [ADis, 39].

Evidentemente esto hace que las reacciones patológicas o disfuncionales del individuo dependan en buena parte de *cómo las evalúa*. Nos situamos, pues, ante una perspectiva dinámica del estrés, que adjudica mayor responsabilidad al individuo y no lo coloca dentro de una realidad puramente estática, en donde a determinada causa correspondería un determinado efecto. El sacerdote, en este sentido, está llamado a discernir los comportamientos que debe adoptar en su vida para gestionar el estrés propio del apostolado [cf. ADis, 39-40].

### 2.3 Motivación ausente

Si el *burnout* es común en las profesiones de ayuda, curiosamente adquiere un matiz especial en los sacerdotes. Quien ha decidido dedicar su vida al servicio del prójimo en nombre de Cristo, lo ha hecho como respuesta a una llamada. En este sentido, es una vocación que implica un estilo específico de trabajo –



precisamente el pastoral- caracterizado por el contacto directo persona a persona. Existe, por lo tanto, una asociación indivisible entre vocación y misión, en la que no se puede concebir una llamada lejos de la misión, ni una misión sin llamada.

En el sacerdote no es sólo la relación causa-efecto o la interpretación cognitiva lo que causa el estrés, sino «la actitud con la que se acerca al trabajo (apostolado). Si es [...] de confusión, ansia, desesperanza o rencor, el trabajo se convertirá inevitablemente en fuente de grave estrés» [ADis, 104]. Por lo demás, la crisis vendrá no sólo por el cansancio, dado que es normal que quien trabaja se canse, «sino porque ya no sabe qué sentido dar a su cansancio» [ADis, 105]. Así, lo que comenzó a nivel psicossomático ahora también ha mutado en motivacional, y las motivaciones existenciales/espirituales son las que subyacen a toda vocación [cf. ADis, 105].

De este modo, una vez menguada la motivación pastoral, la sobrecarga de trabajo sólo descubre «un amor herido en su esencia espiritual: emerge la división entre las tantas condiciones complejas [...] presentes en la pastoral y su incapacidad para reencontrar el *principio unificador* de su trabajo de caridad» [ADis, 82]. El sacerdote comienza a sentirse más cansado, al mismo tiempo que pierde poco a poco el sentido de su vocación. De hecho, «es típico que ellos experimenten una fatiga crónica, un grado de depresión bajo o medio, del fastidio y de la íntima insatisfacción por las propias ocupaciones, por ellos mismos y por la vida en general. Exteriormente ellos frecuentemente comienzan a



## DIMENSIÓN HUMANA

mostrar signos de irritabilidad y de rigidez que en precedencia no eran consuetos. A diferencia de quienes tienen un colapso nervioso, éstos, sufriendo lo que ha sido llamado “agotamiento”, trabajan todavía más duro, en vez de menos. Ellos tienen la tendencia a asumir muchos compromisos, pero les parece que realizan pocos. La ocupación que alguna vez hacían con gozo se ha convertido en un peso, en cuanto que el entusiasmo y la motivación han cedido el lugar a la obligación» [ADis, 82-83].

Como es lógico observar, este dinamismo llevará eventualmente a una crisis de identidad fortísima, de la que trataré más adelante. En efecto, la perspectiva que adopta esta tesis es la integración psicoespiritual cuando en el sacerdote surge la desmotivación vocacional a causa del cansancio pastoral, lo que no es normal.

### 3. Identificar la caída

Así como se requiere de tiempo para llegar a una crisis profunda, del mismo modo el *burnout* no llega de repente para instalarse en la vida de los sacerdotes, sin previo aviso. Es un proceso que ha requerido de tiempo y de circunstancias específicas, por lo que, con la debida atención, pueden identificarse ciertas fases progresivas que conducen paulatinamente a la caída. La literatura psicológica suele enumerar cinco distintas, que presentamos a continuación:

#### 3.1 Entusiasmo e idealización

No se trata del entusiasmo en sí, que es positivo, sino de un idealismo entusiasta. El individuo invierte demasiada energía en el ideal por alcanzar, sobre todo cuando es motivado por otros, y así se llena de expectativas tan altas que terminan por ser inalcanzables<sup>4</sup>. La situación se agrava cuando la presencia de un ideal subjetivo demasiado fuerte, llega incluso a determinar la percepción de la realidad objetiva que vive, hasta el extremo de negarla [cf. ADis, 62]. De este modo, sin reconocerlo, el sacerdote comienza a elaborar fantasías apostólicas con metas poco realistas, como «la

expectativa de éxito en donde los demás han fallado, la suposición de propias capacidades milagrosas, la dedicación a “casos” imposibles, la esperanza de reconocimiento social...» [ADis, 62].

No tardará mucho, sin embargo, en tomar conciencia de que «la realidad es diversa de como la pensaba» [ADis, 60], porque, si antes sólo sentía satisfacción y realización personal por la ayuda que brindaba a los demás, ahora también debe de hacer frente a las situaciones negativas y poco gratificantes de la profesión [cf. ADis, 60]. Así lo evidencia un estudio hecho entre el clero parroquial, resaltando que los «pastores experimentan *burnout* cuando sus expectativas y su sentido de la llamada erosionan en desilusión, al sentir que su trabajo nunca se termina y al dudar de que sus esfuerzos tengan algún resultado».<sup>5</sup>

Por si fuera poco, el sacerdote comienza a darse cuenta de que no logra satisfacer las múltiples exigencias de la gente, a pesar de su esfuerzo, y entonces decae el entusiasmo inicial.

#### 3.2 Estancamiento y cansancio psicológico

La realidad comienza a no satisfacer las expectativas que tenía el sacerdote, porque no responde a sus necesidades. Las relaciones con los demás son estresantes y en general



<sup>4</sup>Cf. G. Crea, *Diagnosi dei conflitti interpersonali nelle comunità e nei gruppi*, EDB, Bologna 2006, 136. Las traducciones de esta obra son mías. En adelante las citaciones a este libro se indicarán en el texto como «DCI».

<sup>5</sup>L.K. Barnard – J.F. Curry, «*The relationship of Clergy Burnout to Self-Compassion and Other Personality Dimensions*», *Pastoral Psychology* (2012) 61, 150. Las traducciones de esta obra son mías.



el clima se vuelve tenso [cf. DCI,136]. Hay pérdida de energías y cansancio psicológico, por lo que el terreno se prepara poco a poco para la *despersonalización* [cf. ADep, 284]. El estrés, que parece no ceder, exige cada vez más una adaptación psico-fisiológica del organismo, que termina por consumir lentamente a la persona [cf. ADis, 28].

### 3.3 Frustración y despersonalización

Es así que la desilusión experimentada por el sacerdote cala hondo, sobre todo cuando no ve que se cumplen los objetivos que se había trazado. El desánimo lo invade y cierto sentido de irritación hacia los demás lo lleva a ser poco empático [cf. ADis, 63]. Comienzan las «respuestas frías, distantes, glaciales, monosilábicas, sin alma, con trato distante hacia los clientes, los enfermos o la gente con la que tiene que contactar» [ADep, 284]. La idea de fracaso se anida en su pensamiento y, para defenderse del propio sentido de ineficiencia, transfiere sobre los demás el propio sentido de culpa a la vez que se construye barreras emocionales, asumiendo una actitud de cinismo hacia la gente y considerándola menos capacitada que él para la misión [cf. ADis, 64].

### 3.4 Apatía y falta de realización personal

Ahora no afronta directamente los conflictos y, como mecanismo personal de defensa, se refugia en un desinterés motivacional y emotivo [cf. DCI, 137]. Es cuando «el trabajo se vuelve pesado, poco grato, se va haciendo de mala gana y se tiene la vivencia de que no sirve para algo positivo, con una percepción de uno mismo cada vez peor» [ADep, 284]. De no atajar este proceso de caída, se arriesga abrir la puerta a problemas psíquicos más graves, creando «presupuestos para reacciones disfuncionales o para *acting out* patológicos» [ADis, 120].

### 3.5 Comportamientos alternativos

Precisamente porque el individuo ha llegado hasta los confines de su capacidad personal –exigiéndolo todo de él- para gestionar el estrés, y no ha habido cambios sustanciales en la realidad que debe afrontar, no le queda más remedio que adaptarse y reestructurar sus relaciones con los demás de una manera aceptable y defensiva [cf. DCI, 137]. Así surgen comportamientos anómalos en el sacerdote, como «el activismo en sentido



único o una afectividad desordenada y ambigua o una actitud de insatisfacción y de crítica hacia el trabajo y hacia la gente» [ADis, 60].

## 4. Circunstancias en juego

Como se ha dicho antes, el *burnout* tiene causas multifactoriales, de las cuales sólo hemos visto hasta ahora las de ámbito *psico-social*. Sin embargo, al ser la persona tan compleja, y al estar en constante referencia a sus circunstancias, debemos considerar también las causas *personales y relacionales*, que, sin duda, involucran aspectos organizativos del trabajo pastoral.

Las tres grandes secciones de este apartado, por lo tanto, describen circunstancias que favorecen el *burnout* en el sacerdote, tanto por rasgos concretos de su personalidad, como por sus relaciones con la comunidad y con el apostolado asignado. Se trata de tres realidades con las que convive diariamente, y así como cada individuo reacciona de modo diferente ante situaciones de estrés, así el sacerdote reaccionará según su «propia historia personal, sus propias experiencias y, sobre todo, según el involucramiento emotivo que lo mueve a comportamientos de compromiso total» [ADis, 31].

### 4.1 Circunstancias personales

La primera circunstancia que favorece el *burnout* en el sacerdote es la *personalidad depresiva*.<sup>6</sup> No nos referimos a la persona que tiene depresión y por lo tanto una enfermedad pasajera, sino al individuo con una «forma de ser pesimista, negativa, que tiende a



## DIMENSIÓN HUMANA

captar más lo malo que lo bueno y que tiene siempre una óptica de la realidad sombría, pobre y centrándose en lo peor» [ADep, 213]. A estas personas, la gente de la calle *las reconoce por ser negativas* y las tacha de aguafiestas. Esto, desafortunadamente, las orilla a reducir su vida exterior –con la consecuencia de tener pocas amistades– replegándose en sí mismas.

La *personalidad depresiva*, ciertamente, no nace con el desarrollo reciente de la psicología, ya que existen antecedentes de hace dos mil años en los que Hipócrates describe sus características y la denomina *temperamento melancólico*. Sin embargo, el último siglo ha aportado mucho al conocimiento de la psique humana, y así Kraepelin (1921) dirá que se trata de una *disposición temperamental a la tristeza*; Kretschmer (1925) la reconoció como *pesimismo y melancolía*, mientras Shneider (1950) la describió como un tipo constitutivo de personalidad instalada en la falta de comodidad y en la queja. Más adelante, los psicoanalistas la definieron como una «predisposición a estar abatido, decaído, con baja autoestima, sentimientos de culpa crónicos y tendencia a la autocrítica» [ADep, 215].

Conviene recalcar que la *personalidad depresiva* no es un momento transitorio de depresión, sino una actitud radicada en el individuo que lo hace *ser así desde casi siempre*. También es importante subrayar que «este tipo de personalidad está constituida por un patrón de conductas y pensamientos que se inician en la edad adulta»<sup>7</sup>, y así estas personas revelan una forma de pensar incapaz «de embarcarse en ninguna empresa, ya que *a priori* piensan que todo saldrá mal; prefieren la pasividad, el no hacer nada. Su afectividad lánguida y derrotista les lleva a adelantarse en negativo, por lo que suelen abstenerse y participar poco. Ejercen un fuerte

autocontrol y han aprendido a quedarse al margen: no dicen nada, expresan lo justo y muestran un escaso interés por lo que sucede a su alrededor. Todo esto se amalgama en su interior dando lugar a una serie de vivencias subjetivas: bajo nivel de autoestima, cierto complejo de inferioridad, inseguridad, fijarse siempre en lo peor y más negativo, [... en donde] son frecuentes los monólogos interiores, generalmente autocríticos» [ADep, 219]

Otra circunstancia importante a considerar se muestra en un estudio realizado entre *profesionales de la relación de ayuda* –concretamente médicos practicantes<sup>8</sup>– en donde se relevó que, cuando hay tendencias en los *cinco grandes de la personalidad* (BFQ) el individuo muestra altos niveles de introversión, antagonismo, inseguridad, inestabilidad emocional (neuroticismo) y cerrazón ante nuevas experiencias, sobre todo durante su primer año de prácticas profesionales. Esto se verificó igualmente en un estudio hecho entre el clero católico, destacando que quienes «tendían a ser introvertidos, y entonces enfatizaban la propia percepción y el propio juicio reflexivo, eran más propensos al *burnout*»<sup>9</sup>.



<sup>6</sup>Cf. E. Rojas, *Adiós, depresión...*, 213-221. Todas las referencias a la *personalidad depresiva* las he tomado de lo expuesto por este autor.

<sup>7</sup>E. Rojas, *Adios, depresión...*, 216. Aunque no trataré específicamente sobre el tratamiento, menciono que, por las razones apenas expuestas, una educación adecuada desde la juventud puede colaborar bastante al sano desarrollo de la persona, brindándole herramientas formativas que la ayuden a crecer según la visión de Dios.

<sup>8</sup>Cf. Cheng-Chieh Lin – Blossom Yen-Ju Lin – Chia-Der Lin, «*Influence of clerks' personality on their burnout in the clinical workplace: a longitudinal observation*», *BMC Medical Education* (2016) 16:30. El período de prácticas profesionales se sitúa en el quinto y sexto año de formación, de un total de siete. Los sacerdotes, al ser también una profesión de relación de ayuda, corren un riesgo parecido en el apostolado, bajo circunstancias semejantes, a pesar de tener una formación académica sólida.

<sup>9</sup>G. Crea, *Agio e disagio...*, 91. Para el estudio citado ver: C. Craig – B. Duncan – L. Francis (2006), «*Psychological type preferences of Roman Catholic priests in the United Kingdom*», in *Journal of Beliefs and Values* 27 (2006) 2, 157-164.



## DIMENSIÓN HUMANA



No es de extrañar que el conjunto de estas características –que componen las cinco dimensiones negativas del examen-, además de privilegiar «la sensación sobre la intuición, el sentimiento sobre el pensamiento y el juicio sobre la percepción» [ADis, 91], contribuyan al agotamiento emocional del practicante, sobre todo cuando la transición de ambientes que experimenta pasa del aprendizaje puramente académico a escenarios clínicos reales, en los que no le es familiar el nuevo contexto y en los que tampoco ha recibido una introducción adecuada para asimilar paulatinamente los cambios que vive.

En el mismo estudio se descubrió que quienes sufren menos durante el primer año, por otro lado, son los que tienden a ser extrovertidos, responsables, amables, emotivamente estables y que están abiertos a nuevas experiencias. Ahora bien, a pesar de que durante el primer año es más frecuente el agotamiento emocional que durante el segundo, las únicas características que permanecen y reducen la posibilidad de *burnout* en el tiempo –sobre todo durante el segundo año- son la *estabilidad emocional* y la *apertura a nuevas experiencias*, por lo que alguien con tendencias al neuroticismo y a la cerrazón tiene alta probabilidad de caer fácilmente después del primer año de prácticas profesionales. Esto se comprobó también en otro estudio, ahora entre clero diocesano, y se vio que «un alto nivel de inestabilidad

emotiva y un bajo nivel de sociabilidad son precursores de condiciones de *burnout*. Pero son sobre todo los sujetos que reportan puntajes altos en la escala de neuroticismo, esto es quienes son ansiosos, vulnerables, impulsivos o irritables, que están más en riesgo de agotamiento»<sup>10</sup>

Tres circunstancias personales que suelen pasar desapercibidas, pero que tienen un impacto real, son: la edad de la persona, el sexo y la condición social. En el estudio citado, se evidencia que ser varón, joven y vivir sólo favorece positivamente el *burnout*. De hecho, «son los más jóvenes los que se cansan, más que los que tienen una mayor experiencia de servicio a los demás» [ADis, 57]. Esto porque, apenas terminada su formación básica, los sacerdotes se vuelven sumamente disponibles para ganar experiencia en el trabajo apostólico, pero es precisamente su poca experiencia la que no les ha dado la oportunidad de confrontarse con ellos mismos, para así equilibrar el modo de afrontar las dificultades pastorales [cf. ADis, 89]. Paradójicamente, la edad que entonces adquiere relevancia no es tanto la cronológica cuanto la pastoral, porque «quien tiene menos experiencias de vida y conoce menos los efectos del supertrabajo está más expuesto al riesgo del agotamiento, a diferencia de quien ha trabajado por más tiempo con la gente, que es más consciente de las dificultades y tiene un mayor bagaje de estabilidad interior del que puede tomar para hacer frente a las condiciones de agotamiento emocional» [ADis, 89].

Otra circunstancia de relieve se relaciona con la satisfacción en el ministerio. El *burnout* no sólo es consecuencia del agotamiento emocional –que implica cansancio y pérdida de entusiasmo- sino también de *baja satisfacción* en el apostolado. Esto explica por qué encontramos sacerdotes que, a pesar de experimentar agotamiento emocional, sienten satisfacción en su trabajo apostólico y van adelante.<sup>11</sup> No cabe duda de que al origen del estrés no se encuentra sólo la cantidad de trabajo, sino «la actitud con la que se acerca al trabajo. Si es una actitud de confusión, ansia, derrota o rencor,

<sup>10</sup>G. Crea, *Agio e disagio...*, 92. Para el estudio citado ver: L.J. Francis- S. Loudon- C.J.F. Rutledge, «*Burnout among Roman Catholic parochial clergy in England and Wales: myth or reality?*», in *Review of Religious Research* 46 (2004), 5-19.

<sup>11</sup>Cf. L.K. Barnard- J.F. Curry, «*The relationship of Clergy Burnout to Self-Compassion and Other Personality Dimensions*», *Pastoral Psychology* (2012) 61:150-151





## DIMENSIÓN HUMANA

el trabajo inevitablemente se convertirá en fuente de grave estrés» [ADis, 104]. Para iluminar esto quizás nos sirva tomar el caso «de un sacerdote que trabaja en la pastoral: puede vivir su trabajo como estresante no sólo porque se cansa físicamente, sino también porque evalúa como estresantes las situaciones pastorales que vive. Si por ejemplo trabaja en un contexto social reprobable, puede sentirse particularmente tenso por el peligro que corre cada vez que debe hablar de justicia social y defender los derechos de los pobres. No obstante, aunque sea una condición desgastante, podría integrar su miedo con las motivaciones vocacionales que lo empujan a dar testimonio de la propia fe. Pero si percibe negativamente tal condición de evangelización (porque incide poco sobre el tejido social, porque no cambia nada, porque su obispo no está de acuerdo, porque la gente no lo entiende, porque en el fondo no era eso lo que quería hacer como sacerdote, etc.), podría ver ese trabajo como condición altamente estresante y reaccionar en modo disfuncional sea en su organismo como en las actividades que desempeña en el exterior» [ADis, 41-42].

No cabe duda de que el «estrés es uno de los factores más grandes en la persona que deja el ministerio del orden»,<sup>12</sup> sobre todo cuando se acompaña de dificultad para dormir, pérdida de peso y apetito, dolores de cabeza, patologías gastrointestinales, cansancio crónico y aburrimiento.

A este propósito, la *autocompasión*—también considerada como una dimensión de la personalidad— puede revelarse significativa en el sacerdote, ya que, si bien es asociada negativamente con la depresión, la autocrítica, la consideración pausada, la supresión del pensamiento y la ansiedad, lo es positivamente con el bienestar general de la persona. Por esta razón, «el clero que tiene mayores niveles de autocompasión experimenta mayores niveles de satisfacción en el ministerio y menores niveles de agotamiento emocional<sup>13</sup>».

Los tres componentes de la *autocompasión*, descritos en



los estudios de la psicóloga Kristin Neff, son: «Primero, requiere ofrecer gentileza, paciencia y comprensión hacia uno mismo durante tiempos de derrota o decepción. Segundo, individuos con altos niveles de autocompasión reconocen que otros pasan a través de experiencias similares y se sienten conectados en vez de aislados durante tiempos de dolor. Tercero, individuos con altos niveles de autocompasión no ignoran ni rumian sobre sus faltas<sup>14</sup>».

La *inmadurez afectiva* juega un rol importante en las circunstancias relativas al *burnout*. No son los afectos en sí los que propician la caída, sino desconocer cómo gestionarlos, sobre todo en el plano relacional. Al no establecer límites claros con los demás, el individuo arriesga construir relaciones interpersonales confusas, que fácilmente pueden degenerar en patologías afectivas y así terminar por agotarlo emotivamente [cf. ADis, 109]. Esto es frecuente entre los sacerdotes que —formando parte de una comunidad religiosa— no logran satisfacer sus necesidades afectivas dentro y entonces buscan hacerlo fuera, casi siempre en actividades pastorales. De este modo, «les parece poner entre paréntesis el hecho de que en el convento están mal; que no se sienten aceptados; que tienen enojos y resentimientos hacia los hermanos» [ADis, 115]. Como ejemplo, nos sirva el caso del joven de diecisiete años que comienza «a hablar

<sup>12</sup>A.G. Palmer, «Clergy Stress, Causes and Suggested Coping Strategies», *Churchman* 112-2 (1998), 164.

<sup>13</sup>L.K. Barnard – J.F. Curry, «The Relationship of Clergy...», 159.

<sup>14</sup>L.K. Barnard – J.F. Curry, «The Relationship of Clergy...», 152. Para el estudio citado ver: K. Neff, «Development and validation of a scale to measure self-compassion», *self and Identity* 2 (2003), 223-250



## DIMENSIÓN HUMANA

con un sacerdote de los problemas que tiene con su familia. Durante sus encuentros, le dice al sacerdote que es homosexual y que se siente abandonado y aislado. El sacerdote se siente muy cercano al joven y se identifica con su situación, él también advierte que ha sido hecho a un lado, que no ha sido comprendido y que está aislado. Dentro de sí advierte que el joven es un amigo, no alguno que está buscando consejo. El sacerdote comienza a revelar que también él ha tenido dificultades y sentimientos semejantes. Sea el sacerdote como el joven, se sostienen recíprocamente el uno al otro. Comienzan también a frecuentarse pasando el tiempo juntos. Cuando se saludan han adquirido la costumbre de abrazarse. Con el tiempo, sus abrazos se hacen más largos, pero el sacerdote los experimenta como un signo de amor fraterno. Queda alelado cuando el joven más tarde dice que se sintió confundido y sexualmente molestado» [ADis, 110].

Este evento concreto, en la circunstancia particular de inmadurez afectiva del sacerdote, favorece la caída porque la relación interpersonal se ha convertido en fuente de estrés. Es entonces cuando el individuo comienza a «refugiarse en comportamientos típicos del *burnout*, de retiro emotivo, cinismo, negativismo, insatisfacción continua, dependencia afectiva, depresión; todas “soluciones” defensivas [...] para justificar y normalizar» [ADis, 110] la angustia de tales experiencias emotivas, que sólo refuerzan la sensación de vaciedad interior.

### 4.2 Circunstancias comunitarias

La comunidad es el espacio en donde la persona puede crecer y desarrollarse plenamente. Si esto es cierto para la sociedad, lo es más para quien está consagrado a Dios y llamado a vivir junto a otros en una misma casa. De aquí que las circunstancias comunitarias no sean secundarias en la conformación del individuo, pues pueden llegar a tener una influencia determinante en su vida y en sus decisiones.

Las relaciones interpersonales o la vida fraterna –más que cualquier otro factor comunitario- serán de suma importancia para el bienestar general de sacerdote. No obstante, como en cualquier grupo humano, existen relaciones conflictivas que pueden ser desgastantes hasta el agotamiento, sobre todo porque la convivencia

en un ambiente cerrado es inevitable. Quizás fue esto lo que observó Voltaire cuando escribió que los conventos son «lugares en donde se juntan sin elegirse, en donde viven juntos sin amarse, y en donde mueren sin disgustarse» [cf. DCI. 59]. Cualquiera que sea el caso, lo cierto es que cuando falta «un clima favorable de grupo, de recíproco sostén y de colaboración, aumenta el riesgo de estrés y de *burnout*. De hecho, la ausencia de relaciones positivas en el grupo de trabajo agrega una ulterior carga emotiva al ya intenso involucramiento socio-emotivo con las personas a las que se ayuda, en cuanto alimenta el sentido de desconfianza e inseguridad recíproca» [ADis, 69].

De este modo, sale a flote cómo las relaciones positivas en el grupo –o en la comunidad- son necesarias para madurar afectivamente, aunque también sea oportuno mantener una prudente y sana distancia emotiva, para no caer en un involucramiento emocional elevado que sólo empeoraría las relaciones. A este propósito, es bien sabido que «la característica dominante de quien está comprometido en una *helping profession* es la de ser una persona *emotionally demanding*» [ADis, 47], por lo que todo sacerdote que tenga dificultad para definir los límites en sus relaciones con los demás, corre el riesgo de confundir involucramiento personal (afectivo) e involucramiento profesional, tendiendo a involucrarse en el trabajo y en las relaciones sin una lectura adecuada de la realidad [cf. ADis, 90].

Las relaciones conflictivas dan pie a la distancia interpersonal, y es cuando se aprecia en el individuo «un choque con el resto de las personas, tanto con





## DIMENSIÓN HUMANA



los del mismo trabajo como con las personas a las que sirve, con roces continuos, silencios, [y] tensiones» [ADep, 286] que exacerbaban el sentido de soledad, con la consecuencia lógica del aislamiento y la pérdida del sentido comunitario. Los sacerdotes que han experimentado esto, se dan cuenta de ser islas junto a otras islas –como en un archipiélago– pero, a fin de cuentas, islas solitarias. Esta soledad, sin embargo, «no está caracterizada tanto por la falta de relaciones, sino por relaciones que son cualitativamente y afectivamente pobres, que no alimentan la confianza recíproca y no permiten sentirse sostenidas y alentadas en el trabajo pastoral. Quienes se sienten más solos no son aquellos que viven con otros sacerdotes, sino aquellos que, no obstante los esfuerzos institucionales para crear un espíritu de comunión, advierten el peso de relaciones poco gratificantes. Esto quiere decir que el sentido desgastante de su soledad “no debe buscarse en la posibilidad de vivir con otras personas, sino en otro nivel: en la pertenencia o no a un cuerpo eclesial y presbiteral que vive y trabaja con los mismos objetivos, ideales y valores”» [ADis, 94-95].

El aislamiento y el sentido de soledad que experimenta el sacerdote puede también –paradójicamente– ser fruto del excesivo trabajo apostólico que lo sustrae de sus exigencias comunitarias, limitándolo, además, en sus relaciones con los demás miembros de la comunidad. Con el pasar del tiempo su presencia se percibe casi como una intrusión en las actividades fraternas, y así encuentra dificultad para integrarse cuando está presente, porque sus ausencias han sido prolongadas. En consecuencia –y para defenderse de la impresión de ser

rechazado– buscará comprometerse «más en el servicio exclusivo e idealizado a la gente, a los pobres, a los marginados, [...], alimentando interiormente situaciones de incompreensión y de tensión comunitaria» [DCI, 159]. No tardará mucho en sentirse poco reconocido y estimado por los miembros de su comunidad, por lo que vivirá «las relaciones comunitarias con un sentido de desilusión y de indiferencia, hasta el progresivo vaciamiento del ideal de fraternidad y de entrega» [DCI, 159].

Para subsanar esto, será necesaria una comunicación auténtica entre los miembros de la comunidad, que supere la barrera del individualismo como sistema de defensa ante «una comunicación percibida como demasiado invasiva porque genera incompreensiones entre las personas» [DCI, 153]. Se trata de lograr lo que Schopenhauer ilustró con dos puercoespines que, llenos de frío en un día de invierno, se acercaron el uno al otro para calentarse, pero se picaron. Entonces se separaron y volvieron a sentir frío. Después de varias pruebas, entre acierto y error, encontraron la distancia justa para darse calor sin lastimarse [cf. DCI, 79].

Es patente que las circunstancias personales y comunitarias no son prescindibles entre sí, pues, tanto la una como la otra, tienen incidencia real en las experiencias de la persona. Sin embargo, como hemos constatado al final de este apartado, el trabajo pastoral juega un rol importante porque está íntimamente relacionado con la vocación. De hecho, es Dios quien nos llama, quien nos conduce por la vía del discipulado y quien nos envía como apóstoles a predicar la Buena Nueva. El trabajo pastoral y la evangelización son fruto y consecuencia de la llamada que se realiza en la persona, siempre y cuando responda afirmativamente a Dios.

### 4.3 Circunstancias apostólicas

El trabajo apostólico, a pesar de tener motivaciones y causas sobrenaturales, es, a fin de cuentas, una realidad laboral. Esto hace que los síntomas de *burnout* –normalmente padecidos por profesionales de la relación de ayuda– se puedan dar también en quienes llevan adelante un apostolado. Para dilucidar mejor las circunstancias que colaboran a la caída en un sacerdote, quizás convenga remitirnos al testimonio de un médico de cuarenta y cinco años, que trabaja en un equipo con



## DIMENSIÓN HUMANA

catorce personas, en donde

El ambiente es malo, con pequeños disgustos y puntos de vista distintos, que en un principio parecían fáciles de superar, pero han ido a más y se ha creado un clima tenso, distante, de irritabilidad de fondo, de tal manera que el posible cambio de una guardia o pedirle un favor a un compañero se ha convertido en algo muy difícil. [...] El jefe del servicio es una persona de carácter fuerte, con pocas maneras, muy directo, nada diplomático, con poca capacidad para motivar al resto de las personas que trabajan allí. Hace ya tres años que la cena de Navidad no se celebra, pues más de la mitad de la gente que allí trabaja no va: cada uno pone una excusa, pero lo cierto es que las tensiones han ido creciendo y las diferencias de criterio también. [...] El número de enfermos que debo ver cada día es excesivo, así como los informes que debo hacer, las revisiones, preparar los casos de cirugía, asistir a dos sesiones clínicas (a veces, tres) a la semana. Nadie te estimula ni te anima, pues nuestro servicio no tiene una cabeza visible. Nuestro jefe no funciona, se ha adocenado, sólo grita y se pone de mal humor cuando algo no sale o recibe una carta o una llamada del gerente del hospital por alguna queja. Hemos tenido en los últimos dos años seis denuncias médicas por distintos temas, una de las cuales me ha tocado a mí de lleno y estoy implicado en un juicio... [...]. Yo he sido médico por vocación. Era mi ilusión desde que estudiaba en el colegio. [...] Siempre he sido responsable, incluso perfeccionista con mi trabajo: muy ordenado, llevando mis carpetas sobre temas diversos; hice muchos cursos de ampliación de estudios y de conocimientos diversos en materias relacionadas con mi especialidad. Desde que entré en el servicio me di cuenta de que las relaciones humanas eran fundamentales y traté de hacer amistad con todos, pero vi que el entorno estaba bastante tirante y que el origen era una plaza de jefe de servicio que había salido y dos personas de nuestro departamento aspiraban a ella. La sacó el que tenía menos currículum y estaba peor dotado. Ahí

empezaron los males. Ellos siguen trabajando aquí, pero la comunicación es mínima. [...]. En el trabajo somos máquinas. Yo me llevo bien con médicos de otros servicios y especialidades, pero no hablo con casi nadie del nuestro. Hay mucha desconfianza y cualquier comentario que haces puede llegar distorsionado al jefe, con lo que se crean una serie de descalificaciones recíprocas que hacen irrespirable la atmósfera psicológica. Lo de mi denuncia lleva ya dos años. Ha habido un primer juicio y lo he pasado muy mal: insomnio (yo que he tenido a gala dormir siempre de maravilla), ansiedad, malestar psicológico, irritabilidad. [...]. Desde hace aproximadamente medio año el domingo por la tarde me pongo fatal pensando en la vuelta al hospital. Estoy planteándome, de cara al futuro, abrir una consulta privada, esperar un tiempo a ver cómo funciona y, si va bien, dejar el hospital. Allí no tengo vínculos afectivos, me siento mal nada más llegar por la mañana; todos los médicos nos quejamos, todos estamos contra el sistema, unos y otros se descalifican... Un amigo mío dice que nos hemos convertido en funcionarios y que eso es lo peor para un estamento médico [ADep, 277-280].

Sin duda, la serie de elementos descritos en este testimonio no contrasta demasiado con experiencias reales en el trabajo apostólico: ambientes tensos, superiores difíciles, cargas excesivas, poca motivación, denuncias, desilusiones, envidias, falta de comunicación, despersonalización, desconfianza y sospecha, malestar





## DIMENSIÓN HUMANA

psicosomático... abandono.

En la vida pastoral las condiciones laborales empeoran cuando la institución «empuja al trabajador a hacer más sin tener en cuenta sus competencias, o a hacer mejor, pero con menos recursos, o a darse quehacer optimizando los medios que tiene a disposición, aunque sean inadecuados» [ADis, 65-66]. El riesgo de incrementar excesivamente el trabajo del sacerdote, exigiendo siempre lo mejor –con o sin las competencias necesarias- al punto de «no saber en qué oficina debo ir a sentarme [...]. Heme aquí párroco, director de la Cáritas diocesana, ecónomo del seminario, presidente de la escuela católica. Y desde hoy... también capellán de la Universidad» [ADis, 93]: todo ello puede crear serios conflictos de rol que sólo favorecerán la caída. El motivo es porque «cuando las personas están confundidas respecto al rol que deben tener o se sienten inadecuadas por la poca preparación o por los recursos insuficientes a disposición, se sobrecargan todavía más de trabajo y son menos capaces de poner límites a las situaciones que viven» [ADis, 66].

Esto se ha corroborado en un estudio realizado entre practicantes de medicina, precisamente durante el tiempo en el que experimentan la transición de ser estudiantes a ser doctores con responsabilidad social. El cambio de rol es sustancial, y las altas exigencias en el trabajo –especialmente cuando se sobrecargan una estrecha relación con molestias somáticas entre quienes son residentes, e incluso con las intenciones de abandonar las prácticas clínicas entre los médicos jóvenes.<sup>15</sup> Por lo demás, es interesante notar que la percepción de *burnout* es más elevada entre quienes cursan el primer año de clínica que el segundo, ya que las exigencias psicológicas son más demandantes cuando la realidad de trabajo es nueva, aunque las exigencias físicas se mantengan similares



en ambos casos. No obstante, durante el primer año la percepción de exigencias físicas del *burnout* disminuye entre quienes se acercan a las prácticas con una motivación orientada al cumplimiento del «encargo»<sup>16</sup>. Tales resultados sugieren desarrollar estrategias preventivas desde la etapa formativa de estudios, que incluyan cursos específicos de habilidades, dirección de actitudes personales y apoyo social interpersonal, para así disminuir las circunstancias que favorecen el estrés laboral.

Además del trabajo apostólico como tal, las relaciones recíprocas del sacerdote –que se construyen sobre la base de relaciones afectivas- con las personas le exigen tener una capacidad para adaptarse constantemente, para que sepa responder a las exigencias de cada situación y momento. De lo contrario, podría «encontrarse en una particular condición de estrés en la que ve sus recursos agotados, hasta reventar, hasta no poder más» [ADis, 43]. Se trata aquí, pues, de aprender a gestionar no sólo una posible sobrecarga de atención personal, sino también de saber manejar mayores exigencias cuantitativas<sup>17</sup> y cualitativas<sup>18</sup> en el

<sup>15</sup>Cf. Chia-Der Lin –Blossom Yen-Ju Lin, «Training demands on Clerk burnout: determining whether achievement goal motivation orientations matter», *BMC Medical Education* (2016) 16:214.

<sup>16</sup>Sobre esto, el estudio citado distingue dos modos de acercarse a las prácticas profesionales: el primero se basa en el «encargo», e implica que los practicantes se interesan por incrementar sus conocimientos, habilidades y competencias; esto es, que principalmente se enfocan en el valor intrínseco del aprendizaje, por lo que los logros están fuertemente relacionados a los esfuerzos, por lo cual buscan informarse de las exigencias del encargo para lograr un buen dominio del mismo. El segundo, en cambio, se basa en el «ego» y en las habilidades del practicante, de modo que los logros están fuertemente relacionados a las habilidades personales; esto es, las metas que establecen son construidas desde la perspectiva de que sus habilidades son superiores a las de los otros.



apostolado, bajo riesgo de caer en *burnout*. De aquí se desprende la necesidad de mantener una adecuada formación continua, que ayude a «integrar sea la dimensión humana que la espiritual, equilibrando el involucramiento en los diversos ámbitos de trabajo» [ADis, 67], y «que responda de modo adecuado a la grandeza del don de Dios y a la gravedad de las expectativas y exigencias de nuestro tiempo»<sup>19</sup>

Por otro lado, los cambios frecuentes de comunidad y las rotaciones constantes en el trabajo pastoral, exacerban la posibilidad de *burnout*. Esto porque –aunque las motivaciones de fondo sean apostólicas– el impacto lo resiente no sólo el individuo, que puede experimentar desconfianza al no haber cumplido adecuadamente lo encomendado, sino también «el grupo entero de hermanos que debe adaptarse a la separación y al orden de nuevas reglas interpersonales» [DCI, 148-149]. Es natural que el sacerdote encontrándose en una situación así, reduzca el deseo «de invertir ulteriormente en las relaciones con los demás, limitando su dedicación para no correr el riesgo de sentirse de nuevo desilusionado por otras separaciones» [DCI, 149]. El sufrimiento de tener que dejar a la propia gente es real, pero si la persona «no elabora esta separación, vivirá con la nostalgia de las cosas que no ha podido llevar a término» [ADis, 98]. Ante una experiencia como la descrita, las reacciones siempre serán variadas, y así «hay quien se muestra indiferente, porque es incapaz de entrar en contacto con sus propios sentimientos y expresarlos, y quien, más bien, manifiesta una exagerada hostilidad hacia todo y todos. A un lado del religioso que desaparece de la noche a la mañana, se encuentra aquel que no se decide jamás a dejarlo» [ADis, 98].

La posibilidad de denuncia –que en sí es algo positivo–, en fin, un factor que ha tomado gran fuerza en

las últimas décadas, y, sin duda, forma parte de las circunstancias que cooperan al estrés en el trabajo. Si en el ámbito médico «se presentan continuas denuncias a los médicos, unas justificadas y otras no, como consecuencia de un descontento de los enfermos, que no sabiendo contra quién ir, atacan al médico» [ADep, 290], lo es igual en el ámbito pastoral, sobre todo en lo que se refiere a la protección de menores<sup>20</sup>.

### 5. Tipos de *burnout*

La psicología moderna individúa diferentes tipos de *burnout*; sin embargo, sólo ahondaremos en dos de ellos, porque guardan una mayor relación a eventos que forman parte de la experiencia común entre los sacerdotes.<sup>21</sup>

#### 5.1 Enfermedad de Tomás

Su principal síntoma es la crisis de identidad profesional, esto es, lleva al individuo a preguntarse: «¿Quién soy yo?, ¿cuál es mi verdadero trabajo, contra qué lucho yo?, ¿cuál va a ser mi futuro en estas circunstancias?»



<sup>17</sup>Es evidente que una sobrecarga cuantitativa se refiere a más trabajo del que materialmente se puede realizar, y esto es bastante ordinario en sacerdotes que disponen de las capacidades para desarrollar la tarea, pero no tienen el tiempo para hacerlo.

<sup>18</sup>Implica que el trabajo requiere capacidades y conocimientos que exceden a los del trabajador, por lo que, a pesar de concederles tiempo suficiente, no tienen la capacidad para sacar adelante el encargo de modo aceptable.

<sup>19</sup>*Pastores dabo vobis*, 78.

<sup>20</sup>No es la finalidad de este trabajo entrar al tema en cuestión, pero se puede consultar el sitio web de la Pontificia Comisión para la Protección de Menores ([www.protectionofminors.va](http://www.protectionofminors.va)) para más información.

<sup>21</sup>Además de los aquí tratados, Enrique Rojas desarrolla la depresión, la indefensión aprendida y la ansiedad.



## DIMENSIÓN HUMANA



[ADep, 287]. En el caso de los médicos se manifiesta también con una «indiferencia crónica ante la dolencia, la asistencia y la investigación» [Adep, 286], porque tanto el nivel socioeconómico como «la gratificación personal por ese tipo de trabajo conducen a una vivencia personal cada vez más devaluada» [ADep, 286]. Como hemos visto, el *burnout* no sólo es consecuencia de rasgos particulares en la personalidad, sino también de circunstancias externas que favorecen o no la caída. Así, en el caso de los sacerdotes, sucede algo análogo cuando no hay preparación específica, cuando se percibe la difundida secularización de la sociedad y la poca sensibilidad espiritual de los jóvenes, cuando se aprecian las Iglesias vacías y crece la distancia de la figura de autoridad... Son todos estos algunos motivos que, eventualmente, pueden terminar por «aridecer el entusiasmo, reducir el involucramiento creativo, hasta transformar el estilo pastoral en un activismo estéril y fastidioso, privado de su alma espiritual» [ADis, 68]. A diferencia de otros profesionales de la relación de ayuda, que dedican parte de su vida al trabajo profesional, los sacerdotes se comprometen totalmente al servicio del prójimo, de modo que «si la dedicación a los demás se vacía de su significado existencial y motivacional, se desestabiliza no sólo el componente psico-fisiológico, sino la misma identidad vocacional» [ADis, 101], y «las dificultades psíquicas que emergen indican un malestar que incide en la condición carismática y espiritual del ser sacerdote» [ADis, 105].

Por esta razón se puede verificar un fuerte deseo de abandonar el puesto de trabajo...; es entonces cuando se comienza a notar que «las situaciones concretas son

afrentadas más en clave del “hacer” que en clave del “ser”. En otros términos, el religioso está olvidando que él “es”» [ADis, 68-69]. ¿No será que pueda existir una identificación entre el *puesto de trabajo* y la *identidad vocacional* del consagrado y que, por lo tanto, un problema apostólico no resuelto repercuta en serias crisis de identidad vocacional? Aunque hablemos de la persona como *un todo*, esto de hecho sucede en dos planos distintos: uno es el de *ser* consagrado, y otro el de cumplir con las *funciones propias* de un consagrado de tal o cual instituto. Parte del tratamiento –en el que no ahondo ahora– consiste precisamente en saber distinguir bien estos dos niveles, y en asegurarse de que la persona sigue adelante en el instituto, no sólo con la conciencia de *ayudar* y de cumplir *funciones propias* de un consagrado, sino de *ser* consagrado por vocación.

### 5.2 Crisis existenciales

Suelen darse hacia la mitad de la vida, en donde el individuo mismo revisa lo que ha hecho y hace un balance existencial tanto de lo negativo como de lo positivo, pero dándole más cabida e importancia a lo primero: incluso la mejor de las vidas –piensa el individuo– está llena de sinsabores, de dificultades, de fracasos, de cosas que se han quedado a mitad de camino y que no han salido. «En el *burnout* uno se ha ido quemando y cada vez cree menos en el sistema, en el entorno, en uno mismo... y esto provoca una mezcla de escepticismo, indiferencia hacia lo que uno hace y un malestar profesional muy acusado, que va conduciendo a preferir no ir al trabajo y no entregarse en ese ambiente laboral» [ADep, 287].

### Conclusión

Si quisiéramos elaborar una situación perfecta para favorecer el *burnout* y verlo así encarnado en alguien concreto, tendríamos que pensar en una persona emotiva y joven, a veces algo impulsiva e irritable aunque *suave con los demás y dura consigo misma* – como lo han sido muchos santos–, a quien le asignan el ministerio pastoral en un ambiente sujeto a cambios constantes y en el que probablemente las relaciones comunitarias –en donde han hecho cambios de personal recientes por posibles denuncias– requieran un esfuerzo particular en la caridad. No es precisamente el trabajo apostólico que personalmente hubiera preferido –de hecho, ni se lo imaginaba–, pero se entusiasma por todo



## DIMENSIÓN HUMANA

lo bueno que le refieren los demás. Antes de partir para su misión, la ilusión aumenta cuando se entera de que *son pocos los que lo han logrado* en ese lugar, porque se requieren de personas con gran capacidad para el trabajo y con cualidades superiores a la media. 'Al fin –piensa para sí- me dan un trabajo como *Dios manda*'.

Ciertamente, después de haber leído el presente trabajo es fácil individuar aspectos que tarde o temprano *quemarán* a la persona. El primer objetivo de esta tesina se cumple si al menos hace posible leer e identificar situaciones análogas en la vida de los sacerdotes que, de no tratarse adecuadamente, infligirán heridas profundas y duraderas. El segundo objetivo es más



bien preventivo y con miras a la perseverancia en la vocación. Sabemos que «la disponibilidad a toda costa no exime al sacerdote del riesgo de ver agotadas sus fuerzas psico-físicas, hasta estresarse o a sentirse vaciado interiormente» [ADis, 8], porque es entonces cuando la vulnerabilidad de la esfera psicológica del religioso –que algunos estudiosos han diagnosticado como *inconsistencia personal*- puede vincularlo a «necesidades personales como a mociones más fuertes e incidentes que los valores elegidos y profesados en la consagración religiosa, frenando y bloqueando así los deseos más profundos de verdad y de bien en el camino de conversión y de perseverancia, hasta empujarlo a desistir de los compromisos de vida ya asumidos»<sup>22</sup>.

El desenlace evidente de problemáticas afines, con frecuencia, es el abandono de la vocación. Sin embargo, la cuestión de fondo es más compleja porque la esfera psicológica por sí misma no comprende el cuadro completo del sacerdote, por lo que habría que considerar también la dimensión espiritual de la persona. De hecho, un tema que deja abierto esta tesina es la relación entre la psique y el espíritu. La *acedia*<sup>23</sup>-un vicio capital- parece tener síntomas muy semejantes a los descritos en el *burnout*, y se requerirá de un director espiritual competente, capaz de discernir e individuar las causas de la enfermedad espiritual (*acedia*) o psicológica (*burnout*), para darle un tratamiento adecuado al sacerdote en cuestión. Casos

<sup>22</sup>A. Grazioli, *Fragili e perseveranti*, EDB, Bologna 2015, 472. Las traducciones de esta obra son mías.

<sup>23</sup>J.C. Larchet, *Terapéutica de las enfermedades espirituales*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2014, 187-188: «Es cierto que la *acedia* se corresponde con un cierto estado de pereza y con un estado de aburrimiento, pero también de disgusto, de aversión, de *lasiitud*; e igualmente de abatimiento, de desánimo, de languidez, de sopor, de indolencia, de adormecimiento, de somnolencia, de pesadez, tanto del cuerpo como del alma. La *acedia* puede empujar al hombre a dormirse sin estar realmente cansado. En la *acedia* se da una insatisfacción vaga y general. El hombre, cuando está dominado por esta pasión, ya no siente gusto por nada, lo encuentra todo soso e insípido, no espera ya nada de nada. La *acedia* vuelve entonces al hombre inestable en su alma y en su cuerpo. Sus facultades se vuelven inconstantes; su mente, incapaz de fijarse, va de un objeto a otro. Sobre todo, cuando está solo, no soporta permanecer en el lugar donde se encuentra: la pasión le empuja a salir de él, a desplazarse, a ir a otro sitio. A veces se pone a errar y vagabundear. De una manera general, busca contactos con los demás a cualquier precio. Estos contactos no son objetivamente indispensables, pero, movido por la pasión, siente que los necesita y halla "buenos" pretextos para justificarlos. De este modo entabla y mantiene unas relaciones a menudo fútiles, que alimenta con vanos discursos en los que generalmente manifiesta una vana curiosidad. Puede ocurrir que la *acedia* inspire a quien la experimenta una aversión intensa y permanente por el lugar en el que reside, le proporcione motivos para estar descontento y le lleve a creer que estaría mejor en otra parte. "Entonces se ve llevado a desear otros sitios en los que pueda hallar más fácilmente aquello que necesita". La *acedia* puede también conducirle a huir de sus actividades, especialmente de su trabajo, del que le hace estar insatisfecho, y entonces lo empuja a buscar otros, haciéndole creer que serán más interesantes y le harán más feliz... Todos estos estados vinculados a la *acedia* van acompañados de inquietud o ansiedad, que es, además del disgusto, un carácter fundamental de esta pasión». Las cursivas son mías.





## DIMENSIÓN HUMANA



[...]», porque, finalmente, «sea a través de la terapia o de la espiritualidad, es siempre Cristo quien sana»<sup>25</sup>.

como «un sacerdote obligado a dejar el ministerio por graves escándalos morales; un religioso que abandona la consagración después de haberse enamorado; una monja de claustro que sale del monasterio aun deseando perseverar en el camino de la consagración; un sacerdote que sale por una clara psicosis paranoide; un fray que deja la propia congregación después de cerca de veinte años de consagración, atormentado por la duda de la autenticidad misma de su vocación; una joven de profesión solemne que abandona el ambiente fraterno, percibiendo como demasiado frío y cínico, y con ello la consagración; un sacerdote inducido a dejar [todo] por un agotamiento de *burnout*»,<sup>24</sup> casos como éstos, decimos, nos dejan perplejos y nos confirman que un trabajo pastoral «sin una permanente docilidad al Espíritu de Cristo consume al presbítero en sus motivaciones vocacionales y lo lleva a agotar sus propios recursos, con un disgusto que no es sólo fruto de cansancio o de sobrecarga laboral, sino que, con el tiempo, arriesga convertirse en una especie de “enfermedad espiritual” que desgasta su celo y el sentido mismo de su ministerio» [ADis, 12].

Por último, el capítulo sobre el tratamiento y la curación espiritual de ambas realidades queda en el tintero... Sin embargo, hay que tener presente que «los efectos de la acción de la gracia combinados con un sano tratamiento psicológico son muy eficaces para lograr la curación.

<sup>24</sup>A. Grazioli, *Fragili e...*, 473.

<sup>25</sup>G. Sweeney, «Qué puede (y debe) hacer la psicología por un católico que necesita su ayuda», en <https://es.zenit.org/articles/que-puede-hacer-la-psicologia-por-un-catolico-que-necesita-su-ayuda/> [13-01-2017].



# Corazón de sacerdote y sacerdote de corazón.

## Teología de la Encarnación y formación humana del presbítero.



**P. Fernando Fabó, L.C.**  
Doctor en Bioética  
Profesor en el Pontificio Instituto  
Teológico Juan Pablo II

### Introducción

“Lo cuenta San Lucas, en el capítulo séptimo: le rogó uno de los fariseos que fuera a comer con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se puso a la mesa. Llegó entonces una mujer de la ciudad, conocida públicamente como pecadora, y se acerca para lavar los pies a Jesús, que según la usanza de la época, come recostado. Las lágrimas son el agua de este conmovedor lavatorio; el paño que seca, los cabellos. Con bálsamo traído en un rico vaso de alabastro, unge los pies del Maestro. Y los besa.

El fariseo piensa mal. No le cabe en la cabeza que Jesús albergue tanta misericordia en su corazón. Si éste fuese un profeta —imagina—, sabría quién es y qué tal es la mujer. Jesús lee sus pensamientos, y le aclara: ¿ves a esta mujer? **Yo entré en tu casa y no me has dado agua con que se lavaran mis pies; y ésta los ha bañado con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo, y ésta, desde que llegó, no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con óleo mi cabeza, y ésta sobre mis pies ha derramado perfumes.** Por todo lo cual, te digo: que le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho.

Jesús echa de menos todos esos detalles de cortesía y delicadeza humanas, que el fariseo no ha sido capaz de

manifestarle. Cristo es *perfectus Deus, perfectus homo*, Dios, Segunda Persona de la Trinidad Beatísima, y hombre perfecto. **Trae la salvación, y no la destrucción de la naturaleza; y aprendemos de El que no es cristiano comportarse mal con el hombre, criatura de Dios, hecho a su imagen y semejanza**<sup>1</sup>.

La principal preocupación de cada cristiano, especialmente de la persona consagrada y del ministro del Altar, debe ser la fidelidad, la lealtad a la propia vocación, como discípulo que quiere seguir al Señor. La fidelidad a lo largo del tiempo es el nombre del amor; de un amor coherente, verdadero y profundo a Cristo Sacerdote<sup>2</sup>.

“Si el Bautismo es una verdadera entrada en la



<sup>1</sup> Cf. San Josemaría Escrivá de Balaguer, homilía. HOMILÍAS EN AUDIO 27/01/2016.

<sup>2</sup> Extracto del discurso del Santo Padre Benedicto XVI en Fátima a sacerdotes, religiosos y seminaristas, 12 de mayo de 2010.



## DIMENSIÓN HUMANA



santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial”<sup>3</sup>.

La instauración del Reino de Cristo constituye pues el ideal que inspira y dirige a cada uno de nosotros, sacerdotes de Jesucristo. Lo que pedimos en la oración del Señor: “¡Venga tu Reino!” (Mt 6, 10), expresa este anhelo de nuestro corazón. Por ello buscamos en nuestra vida personal profundizar en la riqueza de la consagración bautismal para que Cristo reine en nuestra vida por medio de la progresiva transformación en Él; por eso buscamos dejarnos penetrar por el amor de Cristo hacia la humanidad, y buscamos que Él reine en el corazón de todos los hombres; por eso también, a la luz de la eternidad y considerando la brevedad de nuestra vida, nos damos cuenta del valor de cada alma y de la urgencia de la misión.

Muchos de nuestros hermanos viven como si no existiese el más allá, sin preocuparse de la propia salvación eterna. Todos los hombres están llamados a conocer y a amar a Dios, y la Iglesia tiene como misión ayudarles en esta vocación. Sabemos bien que Dios es el dueño de sus dones, y que la conversión de los hombres es una gracia.

Pero nosotros – sacerdotes – somos responsables del anuncio de la fe, en su integridad y con sus exigencias.

Juan María Vianney quiso ser sacerdote precisamente para la salvación de las almas: **“Ganar las almas para el buen Dios”**, declaraba al anunciar su vocación con dieciocho años de edad, así como Pablo decía: **“Ganar a todos los que pueda”** (1 Co 9,19). El Cura de Ars rezaba así al buen Dios: **“Concédeme la conversión de mi parroquia y yo acepto sufrir todo lo que tú quieras durante el resto de mi vida”**. Temía que los sacerdotes se volvieran “insensibles” y se acostumbraran a la indiferencia de sus fieles: **“Ay del Pastor –advertía- que permanece en silencio viendo cómo se ofende a Dios y las almas se pierden”**. Él hizo todo lo posible por sacar a las personas de la tibieza y conducir las al amor.<sup>4</sup>

### 1. Importancia de la formación humana y sus alcances

Somos parte viva y operante de esta gran familia que es la Iglesia, y lo somos aportando las propias cualidades en la misión que ella tiene encomendada. Pero no puede olvidarse que el sacerdote no deja de ser hombre por ser sacerdote. *«Todo Sumo Sacerdote es tomado de entre los hombres y está puesto en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios»* (Heb5, 1), y ésa es la razón profunda de que él necesite también de una recia formación humana, que busca el desarrollo de “virtudes humanas”, las cuales necesitan, para alcanzar su madurez, de las oportunas experiencias humanas<sup>5</sup>.

**«Sin una adecuada formación humana, toda la formación sacerdotal estaría privada de su fundamento necesario»**<sup>6</sup>. Esta afirmación expresa no solamente un dato sugerido diariamente por la razón y comprobado por la experiencia, sino una exigencia que encuentra sus motivos más profundos y específicos en la naturaleza misma del presbítero y de su ministerio.

El Papa Francisco definía de este modo la formación integral en un encuentro con un grupo de seminaristas

<sup>3</sup> Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 31.

<sup>4</sup> Cf. Extracto del discurso del Santo Padre Benedicto XVI.

<sup>5</sup> Cf. FORMACION HUMANA DEL SACERDOTE. ALVARO DEL PORTILLO. Revista Nuestro Tiempo, Universidad de Navarra. N.º 17, 11/1955.

<sup>6</sup> RECOMENDACIONES PASTORALES DE LA ASAMBLEA PLENARIA DE LA COMISIÓN PONTIFICIA PARA AMÉRICA LATINA. Proposición 21.



## DIMENSIÓN HUMANA

el 7 de julio de 2013: **“En la formación vuestra hay cuatro pilares fundamentales: formación espiritual, o sea la vida espiritual; la vida intelectual, este estudiar para dar “razón”; la vida apostólica, comenzar a ir a anunciar el evangelio; y cuarto, la vida comunitaria”.** Todo un ejemplo de la íntima relación entre la fe y la caridad que caracteriza al auténtico cristianismo. **Objetivamente la formación humana constituye la plataforma y el fundamento sobre los cuales es posible edificar el edificio de la formación intelectual, espiritual y pastoral.**

El presbítero, llamado a ser «imagen viva» de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia, debe procurar **reflejar en sí mismo, en la medida de lo posible, aquella perfección humana que brilla en el Hijo de Dios hecho hombre y que se transparenta con singular eficacia en sus actitudes hacia los demás, tal como nos las presentan los evangelistas.** Además, el ministerio del sacerdote consiste en anunciar la Palabra, celebrar el Sacramento, guiar en la caridad a la comunidad cristiana «personificando a Cristo y en su nombre», pero todo esto dirigiéndose siempre y sólo a hombres concretos.

**La formación humana del sacerdote expresa una particular importancia en relación con los destinatarios de su misión:** precisamente para que su ministerio sea humanamente lo más creíble y aceptable, es necesario que el sacerdote plasme su personalidad humana de



manera que sirva de puente y no de obstáculo a los demás en el encuentro con Jesucristo Redentor del hombre; es necesario que, a ejemplo de Jesús que «conocía lo que hay en el hombre» (Jn 2, 25; cf. 8, 3-11), el sacerdote sea capaz de conocer en profundidad el alma humana, intuir dificultades y problemas, facilitar el encuentro y el diálogo, obtener la confianza y colaboración, expresar juicios serenos y objetivos<sup>7</sup>.

Hablando de los alcances de esta formación humana del sacerdote, leemos entre las *“Recomendaciones Pastorales de la Asamblea Plenaria de la Comisión Pontificia Para América latina”* lo siguiente: **El sacerdocio requiere la educación para una vida ascética que capacite para la disciplina, la renuncia, la mortificación y el dominio de los sentidos. La formación debe ayudar a conseguir una libertad interior que haga a los sacerdotes disponibles para el seguimiento de total donación a Cristo y al servicio de los hombres.**

Es urgente educarles para **una afectividad madura que les permita mantener relaciones prudentes y lograr contactos de cooperación apostólica con las mujeres, acordes a la opción por el celibato y por el reino de los cielos.** Formarles de tal manera **que sepan relacionarse con respeto, afecto y cercanía con el obispo y con quienes ejercen la autoridad, fomentar los equipos de vida, o bien otras formas de integración comunitaria, que maduren para la solidaridad, la capacidad para ofrecer y recibir la corrección fraterna y que sean estímulo para superar el individualismo y el aislamiento.** La formación sacerdotal debe **promover un ambiente de fraternidad, amistad, serenidad y alegría, de libertad y de confianza, pero también de elevados ideales y de normas claras y exigentes,** que permitan la apertura a los requerimientos de la vida sacerdotal y que lo ayuden a crecer en las diversas virtudes según el modelo de Cristo.

En el campo de los problemas psicológicos a veces habrá que contar con ayuda especializada, teniendo muy en cuenta las indicaciones trazadas por la Congregación para la educación católica<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> Cf. Juan Pablo II. EXHORTACIÓN APOSTÓLICA POSTSINODAL PASTORES DABO VOBIS, n.43.

<sup>8</sup> Cf. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA. “Orientaciones para el uso de las competencias de la psicología en la admisión y en la formación de los candidatos al sacerdocio”, especialmente en el capítulo IV.



## DIMENSIÓN HUMANA

Asimismo, conviene **tener en cuenta los medios tecnológicos actuales que constituyen herramientas válidas en el campo de la información y de la comunicación**. Sin embargo, también pueden volverse un factor negativo si no se educa a los sacerdotes en el recto uso de los mismos, como es el caso de internet, de los teléfonos celulares y de los demás medios modernos, y si no se regula su uso.

Se necesita **sobriedad y templanza para evitar obstáculos a la vida de intimidad con Dios**. El mundo Web presenta numerosas potencialidades con vistas a la evangelización, que sin embargo, mal utilizadas, pueden conllevar graves daños a las almas; a veces, con el pretexto de aprovechar mejor el tiempo o de la necesidad de mantenerse informados, se puede fomentar una curiosidad desordenada que dificulta el siempre necesario recogimiento del cual deriva la eficacia del compromiso.

En este sentido, aunque el uso de Internet constituye una oportunidad útil para llevar el anuncio evangélico a numerosas personas, **el sacerdote deberá valorar con prudencia y ponderación su uso, de modo que no le quite tiempo a su ministerio pastoral en aspectos como la predicación de la Palabra de Dios, la celebración de los sacramentos, la dirección espiritual etc., en los cuales es realmente insustituible**. En cualquier caso, su participación en estos nuevos ámbitos deberá reflejar siempre especial caridad, sentido sobrenatural, sobriedad y temperancia, a fin de **que todos se sientan atraídos, no tanto por la figura del sacerdote, sino más bien por la Persona de Jesucristo nuestro Señor**.<sup>9</sup>

### *Formación humana y madurez sacerdotal*

La *Ratio Fundamentalis* destaca la importancia de **que "los fieles puedan encontrar sacerdotes maduros y bien formados**: ya que, a este deber de los presbíteros (citando el Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros), «corresponde un preciso derecho de parte de los fieles, sobre los cuales recaen positivamente los efectos de la buena formación y de la santidad de los

sacerdotes»<sup>10</sup>.

De esta manera, el sacerdote en la misión, en virtud de las relaciones que se establecen en el ministerio, se ve exigido a **una entrega que implica madurez y formación vivida en santidad**. El documento señala como derecho de los fieles el poder recibir el don de la persona del sacerdote rica en humanidad. No habla de perfección, sino de madurez y de buena formación.

**La madurez, más que designar una meta, señala un camino**, por lo tanto habla de un dinamismo. Debemos distinguir – sigo a Mons. Jorge Carlos Patrón Wong – entre lo que es la madurez en general, que comprende niveles biológicos, psicológicos, morales entre otros, y la madurez psicológica que incluye varias dimensiones, destacándose la afectiva y sexual.

**Algunos indicadores de la madurez psicológica son, entre otros**<sup>11</sup>:

- **Una correcta percepción de sí mismo**, lo cual supone haber alcanzado una sana autoestima, sin omnipotencia apoyada en la idealización, ni desvalorización de la propia persona, que renuncia a la esperanza de lo nuevo que Dios puede hacer en él. Significa reconocer los propios límites y potencialidades.

- **Una correcta percepción de los otros y de la realidad**,



<sup>9</sup>Cf. Directorio para el ministerio y vida de los presbíteros, 93

<sup>10</sup>RF 81

<sup>11</sup>Cf. JORGE CARLOS PATRÓN WONG. La dimensión humana en la formación permanente. Encuentro Nacional de Sacerdotes. Villa Cura Brochero. 6 de septiembre 2017.



## DIMENSIÓN HUMANA

que permita un vínculo personal e institucional adulto, en cuya interacción el sacerdote crece como persona. Una mirada distorsionada, ya sea por la idealización o por la proyección de las propias necesidades sobre los demás o sobre la realidad, provoca vínculos débiles y despersonalizados, generando un estado autorreferencial que fija a la persona, deteniendo su crecimiento o llevándolo a la regresión. Vivir en una permanente queja, desilusión o aislamiento son los efectos de dicha distorsión.

*Pastores Dabo Vobis* destaca, como de particular importancia, **“la capacidad de relacionarse con los demás**, elemento verdaderamente esencial para quien ha sido llamado a ser responsable de una comunidad y «hombre de comunión”<sup>12</sup>. Esta capacidad es potenciada o condicionada, de acuerdo al modo en que nos acercamos a la realidad de los otros.

Se impone, por lo tanto, continúa Mons. Jorge Patrón:

- **Recorrer el camino de la madurez unificando el corazón, supone el principio de integración que va pacificando la propia vida.** Esto no es incompatible con conflictos que seguramente se hacen presentes, ni con crisis que son oportunidades para una reestructuración y crecimiento de la persona. El riesgo de una vida atomizada, fragmentada, es que conduzca a una disociación de vida o a un estado de permanente angustia. En términos pastorales y espirituales esta unidad de vida queda configurada por la caridad pastoral.

- **La unidad de corazón revela la relación recíproca de todas las dimensiones de la persona, y las orienta en torno a un sentido, que en nuestro caso está determinada por la misión recibida, estableciendo la relación con valores trascendentales.** Desdibujar el norte que atrae a la vida entera unificándola, conlleva el peligro de la pérdida de identidad y de sentido. Además, debemos tener en cuenta que en nuestra misión, en nuestra labor pastoral, se despliega toda nuestra capacidad de amar, favoreciendo la unificación de la vida de la persona.



- **No pueden obviarse las etapas en el proceso de madurez sin comprometer todo el proceso.** Se realizan de manera gradual y progresiva conformando la estructuración de la persona, aunque hay que tener en cuenta que no siempre esto se realiza de manera armónica.

**Estamos ante una realidad compleja, que requiere un acompañamiento cualificado y un profundo discernimiento.** No tener esto en cuenta hipoteca no sólo la maduración de la persona, en nuestro caso del presbítero, sino que también repercute, por el carácter relacional de la identidad sacerdotal, en los distintos ámbitos de acción.

La maduración no es una obra prometeica, voluntarista, sino que se realiza en una solidaria interacción entre distintos actores de la historia de una persona, que está bajo la acción de la Gracia.<sup>13</sup>

*Dimensiones destacadas de la madurez psicológica: la madurez afectiva y sexual*

**Lo opuesto a la madurez afectiva es el narcisismo**, que además de implicar una mirada volcada sobre sí, consiste en el lacerante sentimiento de no ser digno del amor, una duda que conduce a una inseguridad existencial que le roba la paz y le hará negar la paz. No pocos conflictos eclesiales nacen en esta herida en la humanidad de un sacerdote, que pueden expresarse paradójicamente

<sup>12</sup>PDV 43.

<sup>13</sup>El texto completo de la conferencia se encuentra en la siguiente dirección <http://www.clerus.va/content/dam/clerus/Dox/02%20-%20Dimensi%C3%B3n%20humana.pdf>



## DIMENSIÓN HUMANA



en extremos, ya sea en **una rigidez que enmascara la propia inseguridad, causada por las inconsistencias y fragilidad personal, o en una laxitud que apostata de la verdad y del bien, para de mendigar la aceptación.**

Sería interesante preguntarnos **quiénes somos y dónde estamos parados en el proceso de madurez afectiva**, desde la evaluación del ejercicio de nuestro ministerio, ¿Cómo es mi relación con el Señor? ¿Cómo me relaciono con los demás en la pastoral? ¿De qué modo ejerzo la autoridad que se me ha conferido? ¿Cuánto testimonia mi propia vida de la obra de Dios en ella? ¿Qué sentimientos me provoca la realidad y qué repuestas surgen? En medio de los conflictos y las crisis, ¿experimento un equilibrio básico que permita atravesarlos sin estallar? ¿Cómo vivo la fraternidad sacerdotal tantas veces enunciada? ¿Busco ayuda cuando es necesario?

Se pueden ampliar las preguntas, pero para formularlas es necesario **no sólo hacer un alto en el camino**, sino también **abrir espacios de intimidad con el Señor**, así como el acompañamiento que ayude a verbalizar y objetivar la propia experiencia y el camino de maduración, tanto a nivel personal como institucional. Hemos insistido en el **carácter esencialmente relacional de la identidad presbiteral; sin embargo, hay ministerios vividos en aislamiento y en sufrida soledad, y así es muy difícil, y me animo a decir imposible, cumplir con la misión encomendada y mucho menos crecer.**

Un tema de suma importancia, no sólo por su realidad misma, sino porque lamentablemente no es atendido y buscado suficientemente, es **el acompañamiento**

**espiritual, lo que en términos clásicos era llamado "dirección espiritual"**. El abandono de esta instancia es realmente significativo. Después de un sistemático acompañamiento favorecido por la estructura del Seminario, se da un progresivo abandono y una no valoración de este recurso.

El acompañante espiritual es una instancia de mediación, que colabora en el discernimiento de la voluntad del Padre sobre la vida del sacerdote, reconociendo la acción del Espíritu Santo. Implica reconocer con humildad en un camino de serena y liberadora aceptación de sí, en un camino de conversión. Ofrece la oportunidad de verbalizar nuestras experiencias para objetivarlas y confrontarlas.

**Quien recorre el camino de la madurez humana y espiritual con la ayuda fraterna del acompañamiento espiritual, no se lo cocina todo solo**, ya que tiene la conciencia de que solo no puede, y si lo cree así está condenado a perderse en un abismo que crece de manera silenciosa, casi imperceptible, pero devastadora. Hoy no sólo es un desafío buscar este acompañamiento, sino que también lo es encontrarlo, es necesario capacitar y formar acompañantes espirituales en el presbiterio.

Otro punto es la relación entre lo que se conoce como fuero externo y fuero interno, distinción que si bien busca respetar la conciencia de las personas, mal entendida puede generar una fragmentación de la misma. La distinción no es separación, por lo que en todo acompañamiento se tendrá que atender a la persona entera. El acompañamiento funciona cuando se busca crecer viviendo un compromiso con la verdad compartida con transparencia; en caso contrario esta distinción se convertirá en un refugio en la que se oculta la verdad.

**Junto a la madurez afectiva y en interrelación con ella está la madurez sexual**, que integra distintos aspectos adquiridos y madurados a lo largo de toda la vida: biológico, biopsíquico, psicológico y espiritual.

En el amplio y complejo campo de la sexualidad quiero señalar algunos aspectos que considero importantes:

*El proceso de la madurez afectivo-sexual asume una historia.*



Es de vital importancia reconocer la historia que fue moldeando nuestra sexualidad y confirmando una identidad. No sólo es tarea de la formación inicial garantizar el diálogo sobre esta realidad, sino que se hace necesario facilitarlos en la misma formación permanente, en un marco de confianza. Crisis que estallaron durante el ministerio son, no pocas veces, gritos de situaciones amordazadas en la formación inicial, o no escuchadas en las distintas formas que buscaron expresarse, o, lo que es más grave, conscientemente ocultadas, aunque de alguna manera se revelaban, porque "la sexualidad es un ámbito donde la mentira no puede sobrevivir"<sup>14</sup>

Ciertos modos de plantear la sexualidad y algunas pedagogías aplicadas en la formación revelan, a veces implícitamente, una mirada negativa de la misma. También al asociarla en primer lugar a un tema moral queda en evidencia una mirada reductiva. Cuando se encara una revisión de la formación en la afectividad y la sexualidad, uno se sorprende escuchar: "eso era un tema tabú, de eso no se hablaba", "leímos *Sacerdotalis caelibatus*" planteándolo de este modo como un tema conceptual y no existencial.

### *El celibato*

Si la madurez afectiva es la capacidad de amar con la persona entera y dejarse amar con honestidad, en nuestro caso dicha madurez se expresará en un modo de amar particular que es el celibato.

El celibato es don y vocación. Tal como lo sostiene la Iglesia, el celibato es un don que se recibe en la misma vocación al ministerio sacerdotal; no es un requisito a aceptar para ser sacerdote, sino una gracia y a su vez una elección fruto de una experiencia de encuentro sostenido en un vínculo teológico. Por ello, la vivencia de un celibato fecundo nace en el discernimiento, porque si la opción celibataria se reduce a un requisito para ser ordenado, quedaría sellada la imposibilidad de vivirlo. Dicho discernimiento deberá tener en cuenta no sólo la biografía afectiva-sexual de la persona, sino también la evaluación de los procesos de maduración que corresponden a las distintas etapas de su desarrollo,

sus motivaciones y la experiencia fundante de fe signada por un encuentro personal. Es una realidad compleja que pide un acompañamiento calificado.

Excede a esta ponencia un desarrollo sistemático del tema; hay abundante y muy buena bibliografía con síntesis muy valiosas. Por ello menciono sólo algunas notas.

La respuesta libre a la vocación al celibato se afirma en un vínculo de amor creyente, que permite llenar todo de sentido. La opción celibataria "es la elección de un vínculo... con Cristo presente en el rostro del prójimo", es decir que se revela en la ausencia, como lucidamente señala la Dra. Zanoti de Savanti, en un libro que recoge la experiencia de encuentros de formación permanente en Argentina<sup>15</sup>.

Este es un punto nuclear, que implica también, desde la espiritualidad, la maduración de la imagen de Dios internalizada. La fuerza y la posibilidad de un celibato fecundo no reside en la renuncia que implica, sino en la elección que se realiza en la amistad ofrecida por una persona por quien se está dispuesto a entregar la vida entera; por ello, el sacerdote se afirma en la consciencia de un valor que atrae y da sentido, y no en un voluntarismo.

Esta paradójica presencia en la ausencia es la que hace que la soledad, experiencia inevitable en nuestra



<sup>14</sup>ZANOTI DE SAVANTI, A., *Pensar la Crisis en la vida sacerdotal y consagrada*. Agape Libros, Buenos Aires, 2013.

<sup>15</sup>ZANOTI DE SAVANTI, A., *Pensar la Crisis...* O. Cit.





## DIMENSIÓN HUMANA

entrega celibataria, sea una soledad habitada, que permite realizar la vocación en la comunión inscrita en nuestra humanidad, así como cumplir nuestra misión siendo servidores de la comunión. Ser un hombre célibe no significa ser un solitario. Uno podría llevar una vida moralmente correcta, con un pretendido amor universal, diciendo que ama a todos, pero en realidad sin amar a nadie en concreto. La formación ha acertado al acentuar el aspecto comunitario, pero pienso que es un desafío formar en esta dimensión de la vida ministerial que es la soledad habitada.

Permanecer y crecer en este vínculo supone crecer en la experiencia del Misterio y, a su vez, hace que el celibato no sólo revele una manera de amar, sino que se convierta en anuncio del Amor. Cuando a un sacerdote se lo reconoce como un "hombre de Dios", de una manera creyente, se percibe en esa persona una honda intimidad, que por ser tal, se convierte en fecundidad misionera. Sin intimidad no hay alteridad ni fecundidad. Pensemos cómo cuidamos y buscamos esta intimidad, cómo cerramos nuestra jornada, frente a quién la terminamos: con la Palabra, frente al Sagrario recogiendo el paso de Dios en nuestra pastoral, o frente a una pantalla.

La vida celibataria supone un proceso desarrollado durante toda la vida, que pide renovar el compromiso que conlleva la aceptación libre sellada en el sí dado en la ordenación. Implica un equilibrio dinámicamente inestable puesto a prueba en las distintas etapas de vida



y en momentos de crisis<sup>16</sup>. Sin negar la dimensión del compromiso personal en dicho proceso, se ha de tener en cuenta que no se realiza sólo, sino con los otros, "nadie se hace célibe sin el compromiso de los otros".

De allí la importancia del aporte de relaciones pastorales, formativas, fraternales en el presbiterio, de amistades, familiares y de una manera destacada, del acompañamiento espiritual.

Teniendo en cuenta el principio de integralidad enunciado anteriormente, podemos afirmar que la dimensión afectivo-sexual de la vida celibataria es vivida en la circularidad virtuosa de los consejos evangélicos. La relación con el dinero, el modo de ejercer la autoridad, y la forma de relacionarse con los demás desde una obediencia apostólica, serán los indicadores que señalan un celibato que revela la belleza de una persona que se entrega hasta el fin por los que ama o, en caso contrario, mostraría la desfigurada imagen de quien camina en una frustración creciente, perdiendo identidad, siendo infiel al Señor y a la misión.

Algunas preguntas que surgen de la realidad en nuestros presbiterios pueden aportar pistas formativas en el acompañamiento de la vida sacerdotal, ya que no se trata sólo del proceso personal de quien ha de crecer en humanidad en un camino de fe; también es importante analizar el sistema en el cual se realiza la maduración, porque éste puede favorecer u obstaculizar el desarrollo de la persona. En esta comprensión, el presbiterio puede integrar, enfermar e inclusive expulsar a las personas, conforme al estado de sanidad o enfermedad que tenga.

La transparencia, la confianza, la corrección fraterna, la solidaridad, la presencia y escucha, el gozo de trabajar en una pastoral de conjunto, una autoridad ejercida en respeto a la adultez, la valoración de la diversidad, el deseo de la comunión y el compromiso por construirla, son indicadores de un presbiterio que busca compartir el ministerio evangélicamente y que favorece el crecimiento de las personas que lo integran. El presbiterio entero bajo esta concepción se convierte en agente de formación permanente.

<sup>16</sup>Ibid.



Por el contrario, un presbiterio herido por la desconfianza, por la división fruto de posiciones ideológicas, por la tolerancia de aquello que no debe ser tolerado como la doble vida, por la indiferencia o por la falta de misericordia, por manejos autoritarios, por la presencia de patologías no atendidas que se convierten en heridas sangrantes y dolientes, será tierra yerma para cualquier crecimiento. Sufrimos las situaciones de escándalos que se dan en los presbiterios, pero nos equivocáramos si los analizamos aislando los casos, porque también debemos reflexionar sobre el sistema o grupo humano en el que esto ocurre.

### *Formar la sensibilidad*

No basta asumir la importancia de la educación y acompañamiento de la afectividad y sexualidad como componentes de la madurez psicológica, porque podríamos caer en una mirada reductiva de la madurez humana del pastor, ya que ésta se realiza de manera integral a través de la formación de la sensibilidad.

Haciendo referencia a un discurso del Papa Francisco<sup>17</sup>, la Ratio Fundamentalis recuerda que “el sacerdote, no sólo «aprende a conocer a Cristo», sino que, bajo la acción del Espíritu Santo, se halla dentro de un proceso gradual y continua configuración con Él, en su ser y en su hacer, que constituye un reto permanente de crecimiento interior de la persona” (RF 80). Esta configuración supone vivir en los sentimientos de Cristo Jesús (Cf Fp 2, 5), realizando así nuestra vocación a crecer en la sensibilidad de Jesús.

El padre Amadeo Cencini compartió este argumento en el Curso de Formación Permanente para sacerdotes de Latino América, realizado en Roma en febrero de este año. Cristo y su humanidad son el punto de referencia de un camino formativo ininterrumpido, que no se reduce a formar actitudes, sino que alcanza el interior de la persona misma.

El padre Cencini señalaba en su exposición cómo los componentes emocionales, mentales y volitivos de la sensibilidad, conformados por experiencias vividas, y por las opciones que seguimos haciendo, van en una

dirección determinada, influyendo en las decisiones que vamos tomando. En las opciones de cada día seguimos construyendo esa sensibilidad, la que se constituye en un indicador eminente del grado de nuestra madurez humana y en revelación de nuestra identidad, señalando lo que somos.

**Siendo tan importante, vale que nos preguntemos en nuestro hoy, cuáles son nuestros afectos, nuestras aficiones, nuestros deseos y tendencias; hacia dónde se dirige nuestra vida y ministerio.** Así, tendríamos que respondernos con honestidad sobre lo que estamos eligiendo a cada momento, sobre los sentimientos que despierta la realidad sufriente que nos interpela, sobre el modo en que buscamos descanso o en el que liberamos las tensiones, con qué pensamientos y acciones cerramos nuestro día, si encontramos gozo en la intimidad que nos abre a la Trascendencia, la que no debe confundirse con la privacidad en la que se escuda una doble vida; si vivimos una actividad pastoral generosa o vivimos en un activismo buscando refugio del vacío existencial. Es un camino que debe recorrerse en la verdad.

**Es esencial entender que el acompañamiento de la persona en la maduración de su sensibilidad es tarea prioritaria de la formación permanente,** que junto a la propia responsabilidad ayuda a que el pastor testimonie con su propia vida la sensibilidad del Buen Pastor, expresada a lo largo de todo el Evangelio.



<sup>17</sup>Cf FRANCISCO, Discurso a la Plenaria de la Congregación para el Clero (3 de octubre de 2014): L'Osservatore Romano 226 (4 de octubre de 2014), 8.



## DIMENSIÓN HUMANA

**El proceso de madurez es un camino apasionante y complejo.** Partimos de la conciencia de que la persona es tierra sagrada y que no es una isla, sino que forma parte de un rico mundo de relaciones en y con el que crece o se pierde. Este proceso no admite improvisaciones, sino que reclama un serio acompañamiento a través de la formación permanente realizada por agentes competentes, formados para tal servicio.

El proceso se realiza en una biografía. Cada etapa presenta, según las características de la edad y años de ministerio, sus desafíos, oportunidades y crisis, que reclaman una tarea espiritual y pastoral. Y en este camino, la virtud que abre las puertas a ese dejarse formar y a aprender, y que nos conduce a la plenitud de la promesa, es la esperanza, llamada a ser vivida en fidelidad a nuestro presente, en el cual descubrimos la oportunidad de la vida nueva y plena que nos ofrece la Gracia.

**El magisterio de Francisco sobre la vida sacerdotal es un permanente llamado a vivir la alegría de una entrega transparente, con un corazón profundamente humano que hable del amor divino.** Todo lo compartido hasta aquí no es una utopía, sino un ideal realizable en el peregrinar de nuestra vida sacerdotal hasta la transformación en Cristo Buen Pastor.





# La Unidad de la Iglesia en San Cipriano de Cartago

## Un ideal de la fraternidad en el Orden Sagrado



**P. Luis Ángel Zamora Almaraz**  
Estudiante de Teología Patristica  
Universidad Pontificia de México  
Diócesis de Tulancingo

### I.- Introducción

La Unidad en la Iglesia es una constante preocupación, ya que varias tentaciones amenazan con sembrar la cizaña de la División (Mt. 13, 25) en cada etapa de la historia.

Podemos descubrir como punto fundamental el anhelo de Jesús cuando dice: "Padre que todos sean Uno..." (Jn 17, 21). Jesús en esa expresión ha querido mostrarles a todos sus discípulos de todo tiempo el gran valor de mantenerse unidos, pero de un modo especial ha llamado a sus apóstoles, los más cercanos, a permanecer en Él: "Permanezcan en mi Amor" (Jn 15, 9).

Esta unidad, esta permanencia de los más cercanos a Jesús, se ve amenazada ya desde los primeros pasos de la Iglesia, por ejemplo ante la discusión sobre las normas que debían vivir los paganos conversos al cristianismo, (Hechos 15, 19), la separación de Pablo y Bernabé (Hechos 15,39), etc. Son divisiones que no sólo están en el seno de la comunidad, sino que atañen al grupo de los más cercanos.

Los primeros siglos de la Iglesia no serán la excepción; las persecuciones y las herejías traerán nuevas heridas a la Iglesia, que buscará defender ese anhelo imperativo

de Jesús: "Que Sean Uno".

En este contexto encontramos a Cipriano, obispo, que vive y experimenta en carne propia la segregación de su comunidad; por eso escribe un bello tratado sobre la Unidad de la Iglesia, como respuesta a lo que la comunidad vive, y aunque está dirigido en modo general a la comunidad, trataremos de enfocarlo a los "más cercanos", es decir a quienes participan del orden sagrado.

### II.- Quién es Cipriano de Cartago

Cecilio Cipriano Tascio nace entre el año 200 y 210 en África de familia rica y culta. Se dedicó en su juventud a la retórica. El disgusto que sentía ante la inmoralidad de los ambientes paganos, contrastado con la pureza de costumbres de los cristianos, le indujo a abrazar el cristianismo hacia el año 246 (se sabe de un presbítero llamado Cecilio que lo introdujo al Cristianismo, con quien estaba tan agradecido que se apropió del nombre). Poco después, en 248, fue elegido obispo de Cartago. Al arrear la persecución de Decio, en el 250, juzgó mejor retirarse a un lugar apartado para poder seguir ocupándose de su grey. Algunos juzgaron esta actitud como una huida cobarde, y Cipriano hubo de explicar su conducta (carta 20)<sup>1</sup>.

Respecto de sus numerosos escritos, consiguieron una

<sup>1</sup>HERNÁNDEZ IBÁÑEZ JOSÉ ALBERTO, Patrología Didáctica, Verbo Divino, Navarra España, 2018, Pág. 132-133



## ASPECTO COMUNITARIO

importancia singular tres de ellos: *Sobre los Apóstatas, la Unidad de la Iglesia*, ambas obras escritas en el 251, y toda su *correspondencia epistolar*<sup>2</sup>.

### III.- Documento<sup>3</sup>

#### 1. La unidad de la Iglesia

- La unidad (n. 4-6)

Esta Unidad está basada en aquel texto de la Escritura que dice "Y Yo te digo: 'tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y el poder de la Muerte no prevalecerá contra ella. Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos. Todo lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo'" (Mt. 16, 18-19)<sup>4</sup>.

Permanecer unidos en la fe nos lleva a reconocernos "Uno": así se revela este misterio a través del Apóstol Pablo cuando dice: "Un solo cuerpo y un solo Espíritu, una sola es la esperanza de vuestra vocación, un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios" (Ef. 4, 46).

San Cipriano dice que esta unidad debe ser mantenida firmemente y defendida sobre todo por los obispos, que son los que presiden en la Iglesia, a fin de probar que el episcopado mismo es también uno e indiviso. El Episcopado es Uno del cual participa cada uno solidariamente con los demás; de esta imagen del episcopado podemos hablar también en modo general de quienes participan del orden sagrado; es decir, la unidad se entendía de la siguiente manera: los Presbíteros y los Diáconos unidos a su Obispo, y los Obispos unidos entre sí<sup>5</sup>. Y continúa Cipriano diciendo: "La Iglesia es una sola, igual que se extiende ampliamente formando una multitud debido a su creciente fecundidad"; y menciona algunas imágenes plásticas de esta extensión-unidad:

- Los rayos del sol: son muchos pero una sola es la luz.
- Muchas las ramas del árbol, pero uno sólo el tronco.
- Muchos riachuelos, pero uno sólo el manantial.

La unidad se da en el origen; consiste en estar unido: si se separa un rayo del sol se apagará; si se corta una rama del tronco, morirá; si se corta un riachuelo del manantial, se secará. Es decir que la permanencia al Origen garantiza sin duda la Unidad, la vida, la luz; alejarse, dividirse, lleva a la muerte a la sequedad.

La Iglesia inundada de la Luz de su Señor esparce sus rayos por todo el mundo, pero es una sola la luz que difunde, es una sola Madre rica por los frutos de su fecundidad: nacemos de ella, nos alimentamos de ella y por su espíritu somos vivificados.

- Tipologías de la Unidad ( 7-9)
  - Túnica Inconsútil: Cipriano nos recuerda la túnica de Jesús que no se divide



<sup>2</sup>DROBNER HUBERTUS R., Manual de Patrología, Traducción de: Víctor Abelardo Martínez De Lapera, 2da Edición 2001, Herder, Barcelona, 2001, Pág. 20

<sup>3</sup>CIPRIANO, La unidad de la Iglesia, en: La unidad de la Iglesia, el Padrenuestro, a Donato, traducción de Joaquín Pascual Torró, Biblioteca de patristica 12, Ciudad Nueva, Madrid 2001, pp. 41 - 72.

<sup>4</sup>El Texto contiene 2 tradiciones interpretativas, una que es menos favorable al primado de Pedro y otra que lo confirma; sin embargo, para efectos de este artículo usaremos una postura intermedia centrándonos en el vínculo de la unidad más que en el tema del Primado.

<sup>5</sup>San Cipriano afirma que el Todo está en la Parte en esa expresión de ser un solo episcopado.



## ASPECTO COMUNITARIO



absolutamente ni se desgarran; se prefiere echarla a suertes para que el que la recibe la reciba íntegra. Esta unidad le viene del cielo, del Padre. Unidad que no puede ser destruida por quien la recibe ni por nadie más, y así muestra la sólida concordia del pueblo de Dios, pues los que han sido bautizados ya se han revestido de Jesús. Si es este el nivel de unidad entre los bautizados, ¿cómo deberá ser el vínculo de unión entre aquellos que han sido llamados a participar del ministerio ordenado?

- Rebaño y Pastor: esta imagen veterotestamentaria también ilustra el sentido de unidad: hay un solo rebaño, que está al cuidado de un solo pastor; no hay varios pastores, Uno sólo es el Pastor; los demás son asalariados que no les importa las ovejas. Pero nosotros somos Ovejas de este redil del Único Pastor; es más, Uno sólo es el Pastor y nosotros sólo somos el eco de su voz.
- El cordero pascual que se come en una sola casa: el libro del Éxodo aclara esta peculiaridad. Que el Cordero se coma en una sola casa: ¿cuál es esa casa? La Iglesia, la Iglesia a la cual servimos, la casa donde nosotros somos los que sirven, no los que son servidos.

- La Paloma: ya que es un animal sencillo y alegre, sin hiel, y no es violento; es un animal que está allí donde están los hombres; y también viajan en grupo. Esta imagen nos regala, en tipología, un modo de vivir la unidad entre los que participamos del Orden Sagrado, viviendo con sencillez, sin violencia, sin hiel, estando donde están los hombres, el hermano que nos necesita, que sufre, etc.

Permanecer en esta unidad es ser trigo en la espiga y árbol bien plantado, pues ni el trigo ni el árbol son extraídos por el viento, pero la paja ligera y los árboles endebles sí son arrasados por el vendaval, por el torbellino: “esos no eras de los nuestros”: “Se alejaron de nosotros, pero no eran de los nuestros; si hubieran sido de los nuestros habrían permanecido con nosotros”.

### 2. Cómo lograr la Unidad

- Donde dos o tres se reúnen (12-13)

Cipriano hace una importante aclaración respecto a ese texto de la Escritura: “Donde dos o tres se reúnen...” (Mt- 18,20) y resalta el versículo anterior que dice que si dos de ellos se ponen de acuerdo para pedir algo se les concederá... poniendo como condición la concordia entre los hermanos, es decir que no basta con estar en el mismo espacio reunidos, sino que es necesario ponerse de acuerdo, unificar el criterio, sentirse hermano con el otro; y si eso, si se logra, entonces sí podemos asegurar la presencia de Dios en medio de ese grupo.

Es tan importante esta dimensión de comunión con el prójimo, que Cipriano recuerda lo que Jesús dice: “Si vas a presentar tu ofrenda al altar, pero recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda y ve y reconcílate con él, luego ven y presenta la ofrenda” (Mt. 5, 23-24), pues ¿cómo podría quedar reconciliado con Dios aquel que no se ha reconciliado con el hermano?



## ASPECTO COMUNITARIO

Cuánta más exigencia habrá para los que participan del Orden Sagrado, puesto que dicho orden se vive en comunión, puesto que constantemente ofrecen con sus manos el mayor sacrificio de unidad y amor. La tendencia del que participa del Orden es -debería ser- la de aquel que busca la reconciliación constante, reconciliación entendida como comunión, tanto con Dios como con el Hermano.

- Ideal de la paz y la concordia 24- 27

La Paz es el don de Jesús Resucitado; conservar ese don nos hace poder participar de otros muchos dones, y además nos lleva a la bienaventuranza de ser llamados hijos de Dios (Mt. 5,9). Para vivir esta paz hay que guardarse de la división, guardar bien la lengua para no decir mal del prójimo, ser mansos del corazón, concordes en el sentir, unidos fielmente entre sí por los lazos de la unanimidad. Por ello los primeros cristianos lo que oraban lo conseguían, pues tenían un sólo corazón.

Cuando esa unidad se debilita, decae también la caridad de las obras. El libro de los hechos muestra cómo todo lo que tenían lo ponían al servicio de los demás, sabiendo que así se les aseguraría un tesoro en el cielo.

Vivir la comunión, hacer la Caridad y Orar nos lleva a estar siempre vigilantes en la espera del Salvador.

### IV.- Conclusión

La unidad en la Iglesia no es una utopía, sino un imperativo de Jesús hacia el cual debemos caminar; en primer lugar entre los que conformamos esta Iglesia, ministros ordenados y fieles, pero de un modo especial entre los ministros ordenados.

Es difícil pensar en unidad cuando las características de nuestros presbiterios parecieran no darnos oportunidad a la unidad: la diversidad de edades, de formación, de cultura, de visión; todo ello nos llevaría a pensar en lo difícil que puede ser dicha unidad. Mas no debemos perder de vista esta mirada de algún modo mística que nos recuerda San Cipriano. Cuando nos esforzamos en

la unidad entre los que participamos del Orden Sagrado ayudamos a que se muestre más bella la Túnica Inconsútil de Jesús, expulsando incluso las terribles arrugas que por la soberbia podrían distorsionar la belleza de esa túnica.

Esforzarnos en vivir la unidad nos hace cada vez más ovejas del rebaño de Jesús, y en el caso de los ministros ordenados nos hace parecernos más a Jesús, Buen Pastor.

Trabajar en la unidad nos asemeja a la paloma: libre, confiada, cercana, que cumple siempre la voluntad de su creador. Ocuparnos de la unidad es mostrar cada vez con mayor claridad que la luz que difundimos es del Único Sol de Justicia, que el agua de nuestro arrollo brota del que es el Agua Viva, que nuestros frutos están maduros porque estamos unidos a la Vid.

Trabajar por la unidad es aprender a ponernos de acuerdo, a organizarnos y a trabajar por la paz; vivir en la concordia, mantener controlada la lengua, saber hacer la caridad, vivir como verdaderos hermanos en el ministerio.





# El examen de previsión: una propuesta a partir del salmo 94



**P. David Abad Lordán, L.C.**

Licenciado en Teología Dogmática  
y en Literatura Cristiana y Clásica  
Profesor de Griego Bíblico en el Ateneo  
Pontificio Regina Apostolorum

¿Cómo empieza su jornada un cristiano? ¿Con qué actitudes? En nuestros tiempos, fruto del movimiento litúrgico acogido y promovido por el Concilio Vaticano II, se ha hecho cada vez más común entre los fieles el gusto por la Liturgia de las Horas, la oración litúrgica oficial de la Iglesia. Esta oración une las diversas vocaciones que hay en su seno en un único sentir.

Después de pedir a Dios que nos abra los labios para que nuestra boca cante sus alabanzas, la Iglesia pone en esos labios abiertos por Dios el salmo invitatorio. Se trata normalmente del salmo 94, con tres opciones alternativas. Mi propuesta en este artículo es recuperar, mediante el simple rezo de este salmo, una práctica con

un nombre antiguo y un sentido profundamente actual. Se trata del llamado "examen de previsión", que recoge los sentimientos y disposiciones que más nos pueden ayudar a afrontar la jornada.

Un hombre de examen es alguien a quien difícilmente abatirán las tentaciones, las pruebas y contrariedades propias de la vida. Vale la pena, pues, aprender e interiorizar un método que nos permita vivir con alegría y fruto este momento de encuentro con Dios.

El salmo 94 comienza con una invitación del salmista: *Venid*. Es lenguaje familiar para quien conoce el estilo de Dios. En la vida espiritual, todo nace y se desarrolla cuando decimos que sí a una sugerencia que Dios hace a través de una persona o directamente en nuestro interior. Un no creyente pasa todos los días frente a una iglesia; un día siente una mezcla de deseo y curiosidad de entrar. Si dice "sí", un dinamismo nuevo se pone en marcha en su vida. Así al que le viene la idea de conocer el Evangelio, se compra una Biblia y empieza a leerla. O al que le invitan a unirse a un voluntariado y se decide a dedicar tiempo a los demás. En todos estos casos era fácil decir que no a esa palabra de un amigo o a ese susurro del corazón, pero si se responde que sí... empiezan a suceder cosas insospechadas. Esto no se da únicamente en el momento de la conversión, se repite en cada nuevo paso que damos en nuestra relación con Dios. Siempre es el Espíritu de Dios quien toma la







## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

iniciativa y queda a la expectativa de nuestra decisión, porque nuestra dignidad de hijos está ligada al hecho de poder responder con libertad.

Al comenzar la jornada, el salmo nos dice: *Venid*. Si hacemos caso, quién sabe qué nuevos pasos viviremos en esa aventura de la fe que comenzó cuando un día decidimos responder por primera vez a esta invitación.

El salmo 94 contiene cinco estrofas que nos indican los cinco pasos naturales del "examen de previsión". Veamos en qué consiste.

### 1. Una mirada al Dios de mi alegría

*Venid, aclamemos al Señor,  
demos vítores a la Roca que nos salva;  
entremos a su presencia dándole gracias,  
aclamándolo con cantos.*

La invitación del salmo es a aclamar al Señor. La palabra hebrea indica el canto exultante de alegría<sup>1</sup>. No todos los días nos levantamos jubilosos, pues nos atenazan problemas familiares, laborales o de salud. Sin embargo, comienza un nuevo día, regalo de su amor, y podemos vivirlo mirándolo a Él o mirándonos a nosotros mismos. Si escogemos el primer camino, nuestra alma se deja iluminar por el resplandor de Dios, porque Él es siempre maravilloso. Si escogemos mirarnos a nosotros mismos, siempre sentiremos la frustración de lo que no acaba de estar tan bien como quisiéramos.

Estamos hechos para cantarle a Dios con nuestra voz y nuestra vida, y a llenarnos de alegría contemplándolo a Él, Padre lleno de bondad. El salmista nos invita a comenzar el día haciendo precisamente eso que da sentido a nuestra existencia. Él es la Roca de nuestra salvación, la firmeza estable que anhelamos en medio

de los vaivenes que nos agitan. No sabemos qué nos deparará la jornada, hay un elemento de incertidumbre en cada despertar. La primera actitud del salmo es apoyarnos en la Roca: suceda lo que suceda, Él no permitirá que nada ni nadie pueda separarnos de su amor. Y por eso el alma canta.

Para vivir orientados hacia Dios mucho ayuda el propósito de dedicar todos los días un tiempo a la oración. Quisiera citar a este propósito este testimonio del P. Henri Nouwen<sup>2</sup>:

«Una vez, hace muchos años, tuve ocasión de encontrarme con la Madre Teresa de Calcuta. En aquel periodo estaba afrontando diversos problemas y decidí aprovechar la oportunidad para pedirle consejo. Apenas nos sentamos, empecé a contarle con pelos y señales todos mis problemas y dificultades, intentando convencerla de lo complicadas que eran las cosas. Cuando, después de diez minutos de elaboradas explicaciones, finalmente me quedé callado, la Madre Teresa me miró y me dijo tranquilamente: "Bien, cuando transcurras una hora al día adorando a tu Señor y no haciendo lo que sabes que no debes hacer... todo irá bien"».

La invitación del salmo a alabar a Dios conlleva, por tanto, la decisión de dedicar un tiempo a la oración —la



<sup>1</sup>"Nerannénáh", forma verbal que suena como el tarareo de un canto cuando las palabras ya no son necesarias y el corazón rebosante de gozo mueve libremente los labios.

<sup>2</sup>HENRI NOUWEN, Dirección espiritual. Sabiduría para la larga andadura de la fe (Sal Terrae 2007).



mañana suele ser el momento más propicio para ello— y de apartarnos de cualquier cosa que nos aleje de Él.

La oración a la que somos invitados es, ante todo, la alabanza a Dios por ser Él quien es, a darle gracias por su inmensa Gloria. Esta es la alegría que nadie nos puede quitar: que hemos conocido a Dios y que este día lo decidimos vivir orientados hacia Él.

### 2. Una mirada a la propia situación vital

*Porque el Señor es un Dios grande,  
soberano de todos los dioses:  
tiene en su mano las simas de la tierra,  
son suyas las cumbres de los montes;  
suyo es el mar, porque él lo hizo,  
la tierra firme que modelaron sus manos.*

Sólo en un segundo momento la mirada se dirige de Dios a la propia situación vital. Es el momento de preguntarme: ¿dónde me encuentro yo?

Cualesquiera que sean los dioses que parezcan gobernar mi mundo, esas fuerzas que están por encima de mí y que no controlo, esas circunstancias que no puedo cambiar — problemas crónicos del propio país o familia o trabajo u otras personas, estado de salud, opinión que los demás se han hecho de mí, límites económicos, los estados de ánimo que de ahí se derivan...—, Dios está por encima de todo. Él es más grande y cada uno de esos “dioses” tiránicos está sometido a su poder y no traspasará los límites que Él le ponga.

Puede ser que me encuentre en los abismos del pecado o de la tristeza, en simas que no conocía y donde nunca pensé que podría hallarme, rodeado de tinieblas de indiferencia hacia mí, de falta de amor o incluso de desesperación, sintiéndome abandonado de todos y abrumado por mi miseria. Ahí está Dios y sus manos benditas abrazan esa situación: *tiene en sus manos las simas de la tierra.*

Puedo estar en la cumbre de un monte, en un momento



de plenitud, de metas alcanzadas, de profunda alegría y satisfacción humana, cuando los demás reconocen mi trabajo y vivo rodeado de cariño. Puedo experimentar la profunda alegría de mi unión con Dios y gozar sus frutos en mi alma. Ahí está Dios: *son suyas las cumbres de los montes.*

Puedo estar en el mar, sujeto al vaivén de las olas, cuando el día está sembrado de incertidumbres o el futuro próximo no es claro, cuando he de tomar decisiones importantes, o vivo un momento de cambio, o cuando simplemente se me ha ido el suelo de debajo de los pies por hechos que me han sumido en una crisis profunda o que han roto los puntos de referencia que daban sentido a mi existir. Ahí en ese mar está Dios: *suyo es el mar, porque él lo hizo.*

Puede ser que me encuentre en tierra firme, en un momento de arraigo, de desarrollo y proyección; ahí está Dios, pues esa tierra la modelaron sus manos para mí.

El eje vertical simas-cumbres indica así el estado de ánimo; el eje horizontal mar-tierra firme, el grado de incertidumbre o estabilidad en que se desenvuelve la propia vida. Son elementos que no controlamos. Los estados de ánimo pueden cambiar con la misma facilidad que el clima. Por seguros que nos sintamos, en cualquier momento puede suceder algo que lo pone todo patas arriba y transforma la tierra en mar inestable. Tomar conciencia de dónde está ese día ayuda a la persona a entenderse y situarse delante de Dios de forma muy concreta.



Pero cualquier situación vital ha de verse en Dios, que es más grande que todo, que todo lo alcanza y para quien nunca estamos demasiado lejos. Saborear esta certeza nos permite realizar este segundo paso del examen: mirar de frente la propia situación y ponerle nombre, no con el miedo de un mal que sufrimos o de un bien que podemos perder, sino con la confianza que da situarse en la firmeza de *la Roca que nos salva* (v. 1).

### 3. Aceptar que Dios me va a guiar y formar en cada acontecimiento del día

*Entrad, postrémonos por tierra,  
bendiciendo al Señor, creador nuestro.  
Porque él es nuestro Dios,  
y nosotros su pueblo,  
el rebaño que él guía.*

Una vez que hemos tomado conciencia de nuestra situación renovamos nuestra adoración a Dios de todo corazón en la aceptación de nuestra vida como es. Es un ejercicio de realismo. La traducción española glosa en una sola frase (*postrémonos por tierra*) lo que en realidad

son tres verbos: “inclinémonos”, “arrodillémonos”, “arrodillémonos con el rostro en tierra”. Es una progresión en la que la gestualidad externa muestra el desarrollo, a veces sufrido, de una actitud interior: la adoración a Dios en todo lo que permite en nuestra vida como expresión de su Voluntad, primero aceptada con pesar, luego con resignación, y finalmente abrazada con amor, cuando nos hemos rendido del todo a su querer.

La alabanza a Dios toma ahora una coloración particular: la de ser nosotros su pueblo y el rebaño guiado por su mano. Aquí resulta clave el sentido de pertenencia a Dios, ese ser suyos, y la certeza de su cuidado por nosotros. El concepto decisivo en esta estrofa es la certeza de ser “guiados” por un pastor. Esto significa que en este día Él va por delante y nos conduce un tramo más en nuestro camino por el tiempo hacia la eternidad. Hemos de tener los ojos bien abiertos para descubrir y besar su mano bendita en todo lo que nos suceda y en las personas que nos crucemos. El examen de previsión nos ayuda así a “prever” estos encuentros con Dios.

La actitud que se ha dado en llamar de “formación permanente”<sup>3</sup> consiste precisamente en la certeza de que Dios, que nos hizo suyos por el bautismo, continúa formando a su Hijo en nuestra alma, y lo hace a través de los acontecimientos y de las personas. No tenemos que esperar a hacer un curso de formación o un retiro para encontrarnos con Él. Aunque estos medios especiales nos ayudarán, más allá de ellos, cada día Él va haciendo su obra en nosotros.

Entrar en esta disposición a encontrar a Dios en todo y en todos es la parte más difícil y esencial del examen de previsión. Supone un ejercicio de fe que tendremos que renovar muchas veces a lo largo del día.

En este punto hemos de recordar que para cumplir nuestra vocación y ser santos no necesitamos ni más ni menos de lo que Dios nos da ahora. No en el lugar donde soñamos estar o en las circunstancias ideales que esperamos un día alcanzar, sino ahí donde nos encontramos, con esas personas y esos medios imperfectos y ese estado de salud, Dios quiere y puede llevar a plenitud su obra en nosotros.

<sup>3</sup>Cf. Por ejemplo AMEDEO CENCINI, ¿Creemos de verdad en la formación permanente? (Sal Terrae 20132).



La capacidad de encontrarnos con Dios nos hace sensibles a sus caricias, esas pequeñas alegrías que Él siembra en una vida sencilla y llena de fe. La alternativa a esta forma de vivir está en la estrofa siguiente, que nos muestra un corazón que ha perdido la sensibilidad hacia la ternura de Dios, un corazón endurecido.

#### 4. Recordar las obras que Dios ha hecho por mí

*Ojalá escuchéis hoy su voz:*

*«No endurezcáis el corazón como en Meribá,  
como el día de Masá en el desierto;  
cuando vuestros padres me pusieron a prueba  
y me tentaron, aunque habían visto mis obras.*

Este día no vamos a escuchar sólo la voz de Dios, sino que oiremos también la voz del maligno que nos sugiere: "¿No habrá otro camino más fácil?".

El "otro camino" pasa por Meribá y Masá: *Y llamé a aquel lugar Masá y Meribá, a causa de la querella de los hijos de Israel y porque habían tentado al Señor diciendo: «¿Está el Señor entre nosotros o no?»* (Éx 17, 7). Meribá significa "riña, querella, discordia, pleito" y es palabra emparentada con "amargura", mientras Masá quiere decir "prueba" (cf. Heb 3, 8). Es el momento en que dejamos de creer en la bondad de Dios Padre que nos quiere y nos cuida y empezamos a verlo como un tirano. Ante esa caricatura que nos muestra el diablo de un Dios malo que se complace en vernos sufrir o que es impotente para ayudarnos, nace un rencor sordo y una amargura que va apoderándose del alma. Sólo cabe plantarnos (la rebelión) y pedirle pruebas. Ya no hay espacio para la confianza: de Dios no me fío y si quiere que siga por aquí tendrá que convencerme: «¿Está el Señor entre nosotros o no?».

*Me tentaron, aunque habían visto mis obras.* El hecho es que en la vida de fe tenemos la experiencia de que Dios nunca nos ha abandonado, de que ha estado siempre a nuestro lado, que ha obrado una y otra vez

portentos pequeños y grandes para acercarnos a su Corazón y para sacarnos adelante a partir de cualquier problema en que nos hayamos metido. A Dios le duele que nos olvidemos de nuestro caminar con Él, de todas las "obras que hemos visto" en el curso de nuestra vida, para ceder a la desconfianza.

El corazón se endurece cuando no recuerda. En este punto de nuestro examen de previsión somos invitados a recordar esa historia que hemos vivido con Dios, en la que hemos sido testigos de muchas pruebas de su amor por nosotros, para no dejarnos abatir por las dificultades o tentaciones presentes. Dios no se muda.

Recordamos lo que Dios ha hecho por nosotros: es una mirada al pasado que sostiene nuestro presente. Nuestro corazón permanece joven cuando vive de la esperanza, y la esperanza se funda en lo que ya hemos visto.

#### 5. Recordar el pecado o defecto que no me deja entrar en el descanso de Dios

*Durante cuarenta años*

*aquella generación me asqueó, y dije:*

*"Es un pueblo de corazón extraviado,  
que no reconoce mi camino;  
por eso he jurado en mi cólera*





## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

*que no entrarán en mi descanso”.*»

Este es el punto en el que san Ignacio de Loyola centra el examen de previsión: «A la mañana, luego en levantándose, debe el hombre proponer de guardarse con diligencia de aquel pecado particular o defecto que se quiere corregir y enmendar»<sup>4</sup>.

¿Qué es lo que no nos deja entrar en el descanso de Dios? ¿Qué es lo que extravía nuestro corazón? ¿Qué es eso que nos ciega y no nos permite reconocer el camino? Hay dentro de mí, en mi alma, un “pecado particular o defecto”; si me dejo llevar por él, sé dónde me conducirá. Ese pecado puede dominar mi vida (“cuarenta años” es el tiempo de una generación humana), y causa el disgusto de Dios, que en lenguaje bíblico se llama “cólera”. La cólera indica la no indiferencia de Dios ante nuestros actos. Si a Dios no le importáramos, nuestros actos no le darían ni frío ni calor. Justamente porque nos quiere como Padre, no le da igual que nos hagamos daño.

Entra en el descanso de Dios quien camina según el Espíritu de Dios: *Las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, enemistades, discordia, envidia, cólera, ambiciones, divisiones, disensiones, rivalidades, borracheras, orgías y cosas por el estilo. Y os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen estas cosas no heredarán el Reino de Dios. En cambio, el fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí (Gál 5, 19-23).*

Quien intenta compatibilizar una vida espiritual con alguna de “las obras de la carne” se engaña a sí mismo, sufre constantemente y no puede entrar en el descanso de Dios, porque Dios es inconciliable con el mal. En cambio, quien combate todos los días contras esas obras de la carne, especialmente contra aquella hacia la que es más débil, por muchas veces que caiga, ha entrado ya en el descanso de Dios, porque quiere a Dios y no quiere ese mal. Prueba de ello es que se confiesa, se arrepiente y pone medios para superarse.

Este último punto del examen de previsión presupone una conciencia recta, capaz de distinguir el bien del mal, y a la vez promueve esta buena conciencia como luz que guía la vida, purifica la mirada y nos introduce en el descanso de Dios ya desde nuestro presente.

### Conclusión

Cinco pasos, cinco miradas. La primera es a Dios y está marcada por la alegría de conocerle y amarle. La segunda es a uno mismo —a los sentimientos con que se afronta la jornada y a la situación existencial—, y está marcada por la omnipresencia y cercanía del Señor. La tercera se dirige al futuro inmediato, al día que empieza, con la decisión de encontrar al Padre en todo y en todos. La cuarta se dirige al pasado, al camino recorrido con Él, para que el corazón no se endurezca al olvidar sus muestras de cariño. La quinta, finalmente, se dirige a aquello que en el presente podría, si le dejo, apartarme del descanso en el Amor de mi vida, para guardarme de ese pecado o defecto invocando el auxilio de la gracia.

Así, de la mano del salmo invitatorio, podemos afrontar la jornada con un espíritu de “previsión” que nos sitúa lúcidamente en nuestro camino de fe y facilitará nuestras decisiones. El examen de conciencia al final de la jornada nos permitirá recoger los frutos del examen de previsión y reorientar nuestra vida una y otra vez hacia el Señor Jesús que con inmensa bondad nos llamó y nos llama a su Reino.

<sup>4</sup>Ejercicios espirituales n. 24.



# Los efectos de la Eucaristía en nuestra vida espiritual



**P. Ignacio Andereggen**  
Doctor en Filosofía y Teología

La verdadera vida contemplativa, al ir adquiriendo mayor perfección, se difunde como una nueva vida activa, que no entorpece la contemplación, sino que es fruto de aquella.

La comparación entre la vida activa y la contemplativa ofrece múltiples enseñanzas. La vida contemplativa aventaja a la activa por la unidad, la pureza, la eternidad, la firmeza y la delectación. Unidad, ya que se ocupa de una sola cosa; pureza, ya que no está mancillada por el polvo de las cosas terrenas; eternidad, porque estando ahora, como en la patria, durará para siempre; firmeza, ya que está en la luz verdadera y es inaccesible a los influjos del error; delectación porque el consuelo del espíritu regocija constantemente al alma<sup>1</sup>.

La relación adecuada del cristiano con la Eucaristía se da en la dimensión contemplativa de la vida. San Alberto toma aquí algunos temas de los Padres de la Iglesia, especialmente de San Gregorio Magno, acerca de la vida cristiana más profunda, que es esta vida contemplativa. Esta última no se identifica necesariamente con un estado de vida exterior, sino que consiste en una

dimensión profunda de la existencia. Es la vida mejor, más importante y verdadera, y por lo tanto conlleva verdadera felicidad. Vida firme, coherente, estable, pues participa de la eternidad de Dios; acerca al hombre que vive en el flujo de las cosas materiales –que son inestables y cambiantes, como subrayaba muy bien San Agustín- a lo inmutable, a lo que no puede cambiar. Por eso es la vida más firme y supone más firmeza de carácter.

La vida activa, por el contrario, se le opone en todos estos puntos. Carece de unidad, porque se ocupa de muchos objetos, entre los cuales falta el más importante. Y a menudo estos no están purificados de todo carácter venal, por el tipo de relaciones que tenemos con ellos<sup>2</sup>.

Obrar con carácter venal quiere decir, literalmente, *obrar buscando el dinero*. Aquí está aplicado a otras dimensiones de la vida activa. Se refiere a aquella vida activa signada por defectos tan profundos que, por lo mismo, se han estabilizado y no se advierte su posesión. Al respecto San Alberto cita el libro del profeta Isaías, en donde se lee: “Yo soy un hombre con los labios manchados, y habito en un pueblo con los labios

<sup>1</sup>San Alberto Magno, Comentario al evangelio de San Lucas, Lc 10, 42, en Obras Selectas, Lumen, Buenos Aires, 1982, pág. 66. 2Flp 2, 7.

<sup>2</sup>Ibidem.



## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

*mancillados (Is 6, 5)."*<sup>3</sup>

Se pone así de manifiesto el carácter realista de la Sagrada Escritura, la cual no muestra las cosas sólo teóricamente, sino como son en la práctica. Habitar y trabajar en el mundo, según la Tradición cristiana, implica este carácter, el cual difícilmente se puede cambiar, excepto por el cultivo de la plenitud de la vida contemplativa. En ese caso, la acción se desarrolla surgiendo con coherencia, desde la profundidad de esta vida contemplativa.

La vida activa se ocupa de cosas transitorias: en el futuro, no habrá que ofrecer pan, ya que no faltará; no habrá que enseñar más, porque no habrá ignorantes; no se corregirá más, porque no habrá equivocados; no habrá que visitar a los prisioneros y a los enfermos<sup>4</sup>.

Evidentemente San Alberto toma en cuenta incluso los temas más importantes de la vida activa, cuyas acciones, aun las más generosas, en cuanto tienen un carácter exterior, no son definitivas. No es esta la vida que permanece en el Cielo, en la cual no habrá que enseñar a nadie, no habrá enfermos ni encarcelados, etc.; sino que, por el contrario, esta "se dedica a cosas probables, que podemos hacer, pero que no se experimentan firmemente y donde se encuentra más pena que placer."<sup>5</sup>

En las actividades realizadas normalmente en el mundo se encuentra más pena que gozo, pues lo que hacemos en el mundo no tiene un carácter firme, ni participación estable de la realidad divina. Por ello, lo que hacemos cambia; podemos dedicar muchas energías a algo que nos parece bueno en el mundo, y de improviso cambian las circunstancias, y lo que hacemos no sirve más. En efecto, todo el esfuerzo que hacemos en el mundo muchas veces desaparece.



Por otra parte, es muy difícil saber qué es lo que hay que hacer o lo que sirve hacer. De ahí que San Alberto afirme que la vida activa se dedica a cosas probables, no a las ciertas, a cosas que pueden ser de uno u otro modo, y en las cuales nos podemos equivocar al elegir, con las consiguientes consecuencias negativas. Ciertamente, en muchas cosas si damos un tal paso podemos incurrir en un mal, pero si damos otro distinto, podemos incurrir en el mal contrario, pues nunca se puede estar seguro: esto mismo dice San Alberto que es la vida activa. Y es por ello que se experimenta muchas veces más pena que placer.

La vida contemplativa se consagra a todas las cosas inteligibles, que pueden ser meditas y consideradas para llegar a la verdad, y de todas las cosas del sentimiento, para alcanzar el amor y la bondad. Por el contrario, la vida activa se preocupa de todo lo que puede hacerse y de las consecuencias de la acción en lo que concierne a la utilidad inmediata y a la necesidad. Si se considera la vida activa en su utilidad múltiple, meritoria y virtuosa, en la fuerza y el vigor que despliega, en las necesidades a las que socorre, en todos aquellos en cuya ayuda llega su acción por diversas gracias, entonces la vida activa se destaca sobre la contemplativa. No obstante estas cosas comportan abusos y excesos<sup>6</sup>.

Aquí San Alberto comienza a tratar acerca de la verdadera

<sup>3</sup>Ibidem.

<sup>4</sup>Ibidem, pág. 66-67.

<sup>5</sup>Ibidem, pág. 67.

<sup>6</sup>Ibidem.



## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

vida activa, que surge de la contemplativa, poniendo de relieve la existencia de actos mucho más profundos y divinos en relación directa con la Eucaristía. De esta manera, cuando verdaderamente nos asimilamos a Dios porque lo contemplamos y recibimos –nos hacemos como Él en la Eucaristía–, entonces nuestros actos son más divinos, son actos que auténticamente ayudan a los demás y que difunden el bien divino. Sin embargo, al hacerlo no estamos exentos de errores.

Todo lo que forma parte de la vida activa está orientado hacia el bien en la medida en que lo útil es bueno; y todo lo que forma parte de la vida contemplativa está orientada hacia el bien, en tanto que lo honesto y lo deleitable son bienes en sí mismos. El bien útil es un bien porque tiene razón de tal respecto de un fin; lo honesto y lo deleitable son bienes en sí mismos y simplemente constituyen fines en sí; por eso la vida contemplativa es la mejor de todas, deseable en sí y la más libre<sup>7</sup>.

En efecto, la vida contemplativa es la que menos está sujeta a la necesidad, lo cual ya sabían los filósofos antiguos; más tarde, los grandes maestros de la espiritualidad cristiana lo retoman. La vida contemplativa es la vida de libertad porque no necesitan nada exteriormente, mientras que la activa necesita muchas condiciones para llegar a una felicidad inferior, como ya decía Aristóteles<sup>8</sup>.

La vida contemplativa requiere muy pocas cosas y, de la misma manera, el bien que desde ella se difunde también requiere menos condiciones. De esta clase de bien nos habla Jesucristo en el Evangelio al prometernos la *añadidura*. En efecto, cuando buscamos el reino de Dios y su justicia, luego se nos concede por añadidura todo lo restante<sup>9</sup>.

La acción que se despliega desde la contemplación, desde esa unión profunda con Dios, adquiere enorme intensidad y compromete totalmente a Dios. Esa acción se hace divina porque obra el Espíritu Santo, y porque es acción conforme a la de Jesucristo. De tal manera sucede eso que Dios nos da las gracias exteriores –las condiciones materiales suficientes– como para desplegar esa acción. La añadidura es el complemento exterior de la acción.

La vida activa no es la mejor; es buena para otro fin distinto de ella misma, deseable para otras cosas que están a su servicio. La expresión *María eligió la mejor parte* (Lc 10, 42) conviene a la bienaventurada Virgen más que a cualquier otra criatura. Ella siempre prefirió la mejor parte de los bienes corporales, de los bienes del alma, de los méritos y de la gloria<sup>10</sup>.

San Alberto ve en la Virgen María el cumplimiento cabal de esta elección, como también muchos otros maestros espirituales que desarrollaron su doctrina a propósito de la experiencia espiritual que tenían acerca de la vida contemplativa.



<sup>7</sup>Ibidem.

<sup>8</sup>Cf. Ética a Nicómaco, X, 7-9.

<sup>9</sup>Cf. Lc 12, 31.

<sup>10</sup>San Alberto Magno, Op. Cit., pág. 67.





## DIMENSIÓN ESPIRITUAL



Posteriormente a la época de San Alberto es Juan Taulero, al cual lo ubicamos en la misma línea de pensamiento. En la colección de sus Sermones, Taulero pone de manifiesto la perplejidad que produce el hecho de no saber cómo dedicarnos a la vida contemplativa, haciendo equilibrio entre la tendencia hacia ella y la necesidad de la vida activa. Por otro lado, en sus *Instituciones* también se refiere a Marta y María cuando enseña de que

[...] en caso que llegase alguno a aquel exceso de contemplación a que llegó San Pedro o San Pablo u otro cualquiera de los apóstoles, y supiese que un pobrecillo tiene necesidad de un guisadillo caliente o de otro cualquier servicio, mejor le sería por entonces levantarse del reposo de la contemplación y servir a aquel pobrecillo con verdadera caridad que detenerse en la dulzura de la presente, por su consolación<sup>11</sup>.

Taulero nos menciona aquí un tema que después los grandes santos desarrollarán, como es el caso de San Vicente de Paúl, el cual explica la misma doctrina que encontramos aquí<sup>12</sup>. Es de fácil comprensión que,

habiendo un pobre en necesidad, debemos ir en su socorro, pues allí está Jesucristo, y la norma superior de la acción –tal como dice coincidentemente San Vicente de Paúl en sus escritos y cartas- es la caridad del Espíritu Santo. Luego, se hará menester el examen de conciencia sobre la caridad, desde el momento en que la contemplación que lleva a la Eucaristía no puede estar nunca contra la caridad, antes bien nos debe llevar a ella.

Al tratarse de auténtica caridad, nos mueve a discernir sobre el camino real para llegar a la Eucaristía. De manera similar, la auténtica caridad obra desde la asimilación que tengamos al misterio eucarístico, impulsándonos a lo que tenemos que decir y hacer.

Acerca de esto que aquí decimos, es necesario tener en cuenta que los autores antiguos, como Taulero y Vicente de Paul, hablan de los pobres en el sentido más estricto del término, es decir, aquellos que carecen de lo más básico: de allí que Taulero hable de “dar comida al pobre”; porque, en última instancia, “los mandamientos de Dios por ningún grande ejercicio se han de menospreciar y más agradable es a Dios que dejemos a Él mismo por Él mismo y ministremos con caridad a sus miembros”<sup>13</sup>.

También Santo Tomás decía que, a veces, hay que dejar la dulzura de la contemplación por la exigencia de la caridad, especialmente el obispo, el cual debe ser perfecto, manifestando precisamente la perfección de su contemplación<sup>14</sup> en la acción que se deriva, y más allá del acto mismo por el que se percibe la dulzura de la contemplación. Se ve claro, por tanto, que la norma suprema de la acción es la caridad, como decían los autores espirituales de aquel tiempo. Por ejemplo, Dionisio el Cartujo, autor un poco posterior a Taulero, enseña que cuando ejercitamos auténticamente la caridad desde la contemplación –es decir, desde la Eucaristía- se nos aumenta la contemplación. Y refiriéndose a los sacerdotes, afirma que muchas veces cuando estos predicán o confiesan, es decir, cuando

<sup>10</sup>*Ibidem*, pág. 106.

<sup>11</sup> *Ibidem*.

<sup>12</sup>Cf. San Vicente de Paul, Carta 2546.

<sup>13</sup>Juan Taulero, *Op. Cit.*, pág. 126.

<sup>14</sup>Cf. *STh II-II*, q. 185, a. 4



## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

hacen los actos propios del ministerio, reciben más contemplación que cuando sólo están rezando<sup>15</sup>.

Sin embargo, se trata de estas acciones que surgen directamente de la caridad, y no de cualquiera otra de orden temporal. En ese sentido, la gracia del Espíritu Santo transforma o eleva la condición humana.

También para Aristóteles la vida contemplativa es superior siempre a la activa, y, del mismo modo, en el Evangelio se nos habla de una vida contemplativa superior a la activa, en cuanto esta última se refiere sólo a las cosas materiales y exteriores de este mundo. Sin embargo, encontramos también una vida activa perfecta, que es la surgida de la contemplación, y que no se puede identificar simplemente con la primera vida activa, la cual es sólo preparación para la contemplativa. Percibir la diferencia es obra de la misma gracia pues, en efecto, exteriormente no podemos percibir la diferencia con exactitud.

Ni por esto [por dejar la contemplación] pensemos que recibiremos algún detrimento. Porque las cosas que se dejan por buena voluntad y sincero corazón, después más excelentemente se restituyen por Dios, según Él mismo dice en el Evangelio: *Todo aquel que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o hacienda por mí nombre, recibirá ciento por tanto y heredará vida eterna* (Mt 19, 29).

Donde "ciento por tanto" da a entender aquel sabor que experimenta quien aquellas cosas deja, y se niega por la gloria de Dios. Porque este sabor espiritual es más excelente y más noble ciento tanto que aquel que siente quien posee las cosas temporales. De donde si alguno ardientemente desease tal consuelo y sentir la presencia de Dios como los hombres santos la sienten y Dios se lo negase, y en esto se pusiese en



las manos de Dios, para que hiciere con él lo que más le contentase, mucho más verdaderamente recibiría la merced que sí sensiblemente le fuera concedida. Porque en la negación de la propia voluntad hay cien veces doblada dulzura y mayor galardón que en la consolación sensible poseída con propio contentamiento<sup>16</sup>.

El Padre Taulero, a propósito de esta actividad por la cual se deja la dulzura de la contemplación, nos manifiesta una ley aún más general y profunda de la vida cristiana: para ir hacia Dios hay que basarse sobre la experiencia del amor, pero no apropiarse de esa experiencia, porque la experiencia del amor, en cuanto actualmente poseída, es simplemente un camino que abre a más amor y, por tanto, a otra experiencia más profunda de ese mismo amor. Por ello, nunca hay que apegarse, quedándose en las consolaciones sensibles que Dios da, sino que siempre hay que ir más allá, incluso siendo capaz de dejarlas, especialmente por la caridad, y no sólo por la caridad hacia afuera, sino por la caridad hacia uno mismo. Para ir adelante, hacia la perfecta unión con Dios, hay que ir despojándose cada vez más allá de las formas humanas, aunque sean sobrenaturales, de percibir a Dios.

<sup>15</sup>Cf. De contemplatione, I, 14.

<sup>16</sup>Juan Taulero, Op. Cit., pág. 126.



## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

Ciertamente, todo cuanto el hombre puede desear y esperar de Dios, mucho mejor lo hallará en Él mismo ora sea espiritual ora corporal lo que quiere. Y poseer a Dios mucho mejor es que obrar por Dios. Y que el ejercicio de la contemplación se haya de interrumpir por la caridad, el Apóstol afirma cuando dice: *Deseaba yo ser apartado de Cristo por mis hermanos* (Rm 9, 3). Lo cual ciertamente entendió, no del apartamiento del verdadero amor, sino del carecimiento de aquella dulce conversación. Porque de la verdadera caridad por ninguna cosa del mundo debía querer ser apartado ni por un momento.

Con todo eso los amigos de Dios nunca carecen de consuelo divino como quiera que cualquier cosa que Dios quiere hacer con ellos, o dándoles o quitándoles, o triste o alegre, eso les es grande consolación. Pero hay muchos que piensan que tienen buena voluntad, los cuales a la verdad no la tienen, mas son señoreados de su propia voluntad. Por lo cual quieren que Dios se haya con ellos como ellos deliberan de esta manera o de aquella. Entonces tales yerran del todo, porque tal voluntad está muy lejos de ser buena<sup>17</sup>.

Queda así manifestado uno de los principios



fundamentales de la vida espiritual, desarrollado después por los grandes santos del siglo XVI, como San Ignacio de Loyola y San Juan de la Cruz. En otras palabras, hay que estar totalmente desprendido para llegar a Dios, y no hay que querer adaptar la voluntad de Dios a uno mismo. A esto se refiere San Juan de la Cruz cuando habla de los principiantes diciendo que estos quisieran que quisiese Dios lo que ellos quieren, y se entristecen de querer lo que quiere Dios<sup>18</sup>.

El P. Taulero nos enseña este desprendimiento que otorga la auténtica consolación, teniendo siempre claro que hemos de tener la experiencia del amor divino porque en él obra el Espíritu Santo, el verdadero amor que nos hace crecer hacia el infinito y hacia Cristo. A Él no lo vemos con ojos corporales, aunque sí en la *nube*, donde está la Eucaristía, como nos decía San Alberto. Por lo tanto, la vida del cristiano es una vida misteriosa que, en última instancia, consiste siempre en adecuarse a la voluntad divina, lo cual no es otra cosa que el mismo amor de Dios.

El amor produce el orden en la vida, es el que nos va a equilibrar, el que nos dice cómo actuar, cosa que no podemos saber sólo a partir de nuestros proyectos o planes, puesto que no bastan, no son suficientes para encontrar ese equilibrio, ni para ir superando la vida activa y encontrar la contemplativa. Tampoco son suficientes para saber cómo desarrollar la auténtica vida contemplativa actuando desde la contemplación; asimismo, tampoco estos proyectos humanos nos dicen cómo crecer en el amor a la eucaristía sin que se falsee, por imposición de nuestras vistas humanas respecto de ese mismo Cuerpo de Cristo, en el cual está su alma y su Persona divina. Pues, en última instancia, lo que se busca es llegar a la vida de la Santísima Trinidad, que es vida eterna, definitiva, que lo juzga todo, y que es principio de juicio en nuestra propia vida: esto es lo que hay que tener presente para saber si obramos bien o mal.

Decía San Juan de la Cruz: "A la tarde te examinarán en el

<sup>17</sup>Juan Taulero, Op Cit., pág. 126-127.

<sup>18</sup>Cf. Rm 8, 28.



## DIMENSIÓN ESPIRITUAL



amor”<sup>19</sup>, que es lo mismo que decir “en el cumplimiento de la voluntad de Dios”. Luego, hemos de pedir al Señor la gracia de poder discernir auténticamente el cumplimiento de su voluntad, deseando la vida contemplativa, la tranquilidad y el reposo de la unión con Él. Sin embargo, ese reposo no debe impedir la verdad, es decir, el hecho de que es Él el que guía, principio de nuestra acción y actos. Es Cristo quien debe configurar nuestra vida, no debiendo imperar nuestra personalidad natural.

Dios nos hizo para configurarnos al Hijo de Dios, para ser y contemplar como Cristo, y ver las cosas y a Dios mismo como Él las ve; por último, también nos hizo para actuar conforme a Él, modelo de vida cristiana.

Tal como decía San Alberto, tenemos que poner los ojos en la Eucaristía para encontrar la plenitud, porque en ella Cristo habita corporalmente en plenitud de divinidad. Debemos poner nuestros ojos en Cristo para ver cómo debe ser nuestra vida, en vez de imaginárnosla a priori según esquemas y proyectos humanos.

Artículo tomado del libro *Experiencia Espiritual, una introducción a la vida mística* con la autorización del P. Ignacio Andereggen, autor del mismo.

---

<sup>19</sup>San Juan de la Cruz, *Avisos y sentencias espirituales*, 59.



# “La fe no es una abstracción, tiene corazón, sangre y nervios”



**Pbro. José Juan Sánchez Jácome**

Licenciado en Teología Moral,  
Coordinador del Comité Diocesano  
de ética para la vida y la familia  
Arquidiócesis de Xalapa

Vivir la fe nunca ha sido fácil. La fe no es una cosa accesoria, como de hecho algunos pretenden vivirla. La fe va con nuestra identidad, nos define como personas y nos compromete en un estilo de vida. La fe nos da la paz pero también nunca nos deja en paz, porque permea los diferentes aspectos de nuestra vida para asumir el estilo de vida de Jesús y no para meterle simplemente algo de espiritualidad a nuestra vida.

Nunca ha sido fácil vivir la fe, pero en tiempos de crisis y persecución se hace todavía más compleja la vida cristiana. En otros tiempos había ventajas para la vivencia de la fe porque la cultura nos llevaba a ella. Pero ahora vivimos la fe contracorriente.

Por eso, ahora no bastan las buenas intenciones, lo que hemos logrado, lo que estamos haciendo, la formación que hemos recibido y nuestra inclinación al bien. Fortalecer la fe, cultivar la fe, atender la fe debe llevarnos a un cuidado muy especial de la vida espiritual.

En la vida cristiana debe llegar el momento en que estructuremos una espiritualidad. Quizá estas palabras son muy modernas pero repelentes en sus términos, porque estructurar habla de delimitar y el espíritu no tiene límites; no sabes de dónde viene y a dónde va, no lo podemos encapsular ni se puede aprisionar.

Es limitada nuestra forma de explicar las cosas de Dios, pero hablar de una espiritualidad estructurada es una forma de decir que debemos ser atentos, puntuales, organizados y comprometidos a la hora de vivir nuestra fe.



Esta ha sido una de las grandes insistencias de la Iglesia, aunque ahora algunas corrientes espiritualistas también se pronuncian al respecto. De acuerdo a la sensibilidad moderna, estas nuevas espiritualidades pretenden que las cosas de Dios sean fáciles, placenteras y accesibles, por lo que se recomiendan experiencias extravagantes y métodos para hacer oración.

Creo que en nuestro tiempo hay gran sensibilidad religiosa, pero queremos acercarnos a Dios sin despojarnos de esta mentalidad moderna pragmática, acomodada, utilitarista y hedonista. Se recomiendan espiritualidades de luz donde desaparece la cruz, espiritualidades gnósticas donde Cristo vale lo mismo que cualquier otro profeta u hombre iluminado.



## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

Con estas espiritualidades la gente se queda instalada en el bienestar, la emoción, “equilibrio interior”, la sorpresa y la novedad. Ese es el engaño de las novedades, de las cosas sofisticadas, de las innovaciones que también se dan en la vida espiritual. Hay personas que están metidas en la Nueva Era y se sienten bien porque no hay verdadero compromiso. Son espiritualidades que posiblemente nos hacen personas de bien en algunos aspectos, pero no nos ayudan a ser cristianos, es decir a seguir auténticamente a Cristo.

Santa Juana Francisca de Chantal decía: «El mejor método de oración es no tenerlo, porque la oración no se obtiene por artificio (por técnica, diríamos hoy) sino por gracia». Ayudan las recomendaciones, algunos pasos que se puedan seguir (hay escuelas de espiritualidad que han sido una bendición para la Iglesia), pero no podemos pretender que la oración sea fácil teniendo un método, o que con un método podremos someter a Dios o atrapararlo de tal manera que no tenga otro camino que responder.

Hay que estructurar nuestra vida cristiana, pero sabiendo que el Espíritu nos irá llevando por caminos que no vislumbramos y que muchas veces nos cuesta trabajo aceptar. En la vida cristiana lo que no nos gusta, lo que es incómodo, lo que nos saca de nuestro bienestar, lo que nos cuestiona se convierte en un signo de la verdadera presencia de Dios.

La fe nos lleva a experimentar seguridad, alegría y consolación. Pero su potencial va más allá. Del otro

lado, la persecución, la prueba y el sufrimiento pueden ser ocasión para purificar la fe. Por eso decía el beato Cardenal Newman: “La fe no es una abstracción, tiene corazón, sangre y nervios”.





# Recuperar la imagen del padre en el ministerio sacerdotal



**P. José Manuel García Linzaga**

Licenciado en Psicología  
Director de la Dimensión Diocesana de Familia  
Miembro del Depto. Psicopedagógico  
del Seminario Diocesano  
Diócesis de Chilpancingo Chilapa

*“A la muerte de Herodes, el ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le encargó: -Levántate, toma al niño y a la madre y dirígete a Israel, pues han muerto los que atentaban contra la vida del niño” (Mt 2,19-20).*

Durante los días del 15 al 19 de julio pasado, participando en el Seminario “Antropología Cristiana: luz y certeza de la terapia psicológica”, durante las exposiciones del P. Ignacio Andereggen, pudimos escuchar una expresión que llamó en general mucho la atención: “se debe recuperar la imagen paterna en el Ministerio Sacerdotal”. El ponente hacía ver que el servicio y la atención psicológica tiene mucha similitud con lo que el Ministerio Sacerdotal tiene encomendado hacer por toda persona: escuchar, sanar, aliviar, restaurar. La invitación sonó desafiante y retadora. Sin embargo, considerando que esta vocación la suscita el Espíritu Santo en las familias y que en muchas ocasiones, si se fomenta desde la infancia, cuando se llega a escuchar a la persona en cuestión, en su discernimiento es posible notar que ésta ha ido sufriendo diversas incidencias sociales que vale la pena tener en cuenta (*Ratio Fundamentalibus Institutionis Sacerdotalis* 11).

En nuestra cultura occidental somos herederos del desarrollo de la medicina obstétrica europea, en la que, desde el siglo XVIII, se expulsa a la figura paterna del trabajo de parto. Parece algo tan sencillo y de poca importancia, pero no es así. Desde entonces ha sido muy común indicar a la figura del padre que se mantenga

relegado en la sala de espera del hospital, hasta que reciba nuevas noticias sobre la mamá y del neonato. A cuántas vocaciones -masculinas o femeninas- les tocó vivir la ausencia del papá en el momento de su nacimiento.

Psicólogos como Sigmund Freud, Jacques Lacan y Donald Winnicott se dedicaron a la investigación clínica de la función del padre en la familia. A grandes rasgos cada uno de ellos percibe y comprende una función propia en la figura paterna: en Freud es formulado como un complejo intrapsíquico dinámico, en Lacan como una función simbólica estructural y en Winnicott como un rol facilitador evolutivo (León, 2013). Cada uno de estos conceptos sobre la figura paterna y desde estos autores psicoanalistas ha generado otra visión y construcción de la paternidad en la misma humanidad. Y ha tenido repercusiones en la vivencia cristiana y la misma convivencia familiar.

Desde el mismo ámbito de la psicología, uno va descubriendo que no es suficiente engendrar un hijo para convertirse en papá, puesto que hay papás que han engendrado pero su poco desarrollo psicológico les impide asumir las responsabilidades propias de su ser paterno. En cambio, en la historia de nuestra Iglesia ha habido figuras sacerdotales que fueron vividas como auténticos papás: San Juan Bosco y el padre Alejandro García Durán (padre Chinchachoma), por ejemplo. Son verdaderas figuras resilientes, que compartieron su paternidad espiritual en su contexto histórico.

En esta época de vertiginosa transformación social, el



feminismo de Simone de Beauvoir, la ideología *queer* de Judith Butler, la sociología de la infancia de Pierre Bourdieu, el ateísmo metódico de Jürgen Habermas -por mencionar sólo a algunos de los ideólogos de la cultura contemporánea-, han generado un pensamiento ecléctico, complejo, mismo que ha conducido a la humanidad occidental a cuestionarse todo, desde la validez de las figuras e instituciones que desde antiguo solían acompañarle y custodiarle: el Estado, la Iglesia y la familia.

En nuestra nación mexicana el fenómeno de la pérdida de la presencia del padre en el seno familiar se inició desde la década de los cincuentas. Primero la migración del campo a la ciudad, y después la emigración desde cualquier punto de la geografía nacional hacia los Estados Unidos de Norteamérica, han ido mostrando el drama de un sinnúmero de hogares sin la figura del padre.

Y la figura paterna en la realidad sacerdotal también ha sufrido una considerada transformación desde la difusión mediática de los casos de pederastia clerical en diversos países del mundo, a partir del año 2000. Desde entonces –a los que nos tocó vivir en carne propia toda esa desconfianza de los papás de los niños del catecismo-, hemos sido, en parte, testigos de una desvalorización en la figura sacerdotal. Los vínculos con los laicos se volvieron más fríos y distantes. Y se empezó a construir una imagen sacerdotal como de un simple burócrata de la fe.

Estoy completamente de acuerdo con el padre Ignacio

Andereggen. Es necesario recuperar esos signos paternos dentro del ejercicio del Ministerio Sacerdotal. El Papa Francisco ha colocado en su escudo pontificio una flor de nardo para simbolizar la figura paterna en su ministerio petrino. Es necesario imitar un poco a San José, papá adoptivo de Jesús-Emmanuel. San José se involucró en la protección y crianza del niño, del indefenso. Quizás esto es algo que también debemos cultivar en nuestro ser sacerdotal.

El Papa Francisco en su visita a nuestra nación en 2016, en la homilía dirigida a sacerdotes, religiosas, religiosos, consagrados y seminaristas (16/02/16), llegó a insistir comentando la figura de Tata Vasco: “El dolor del sufrimiento de sus hermanos se hizo oración y la oración se hizo respuesta. Y eso le ganó el nombre entre los indios del Tata Vasco, que en lengua purhépecha significa: Papá. Padre, papá, Tata, abbá”.

#### Referencias:

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO; *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*, San Pablo, 2016.

LEÓN, Sebastián; *El lugar del padre en psicoanálisis*; Ril Editores, 2013.

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO; *Misionero de Misericordia y Paz*; CEM, 2016.





# La misión en la Iglesia



† Mons. José Francisco González González  
Obispo de Campeche

*“Y la vida eterna consiste en que te reconozcan a ti como único Dios verdadero, y a Jesucristo como tu enviado” (Juan 17,3)*

## INTRODUCCIÓN

El asunto principal que nos mueve para esta reflexión no es una situación periférica para los creyentes. Más bien es todo lo contrario: un asunto fundamental, esencial y prioritario: La Misión en la Iglesia.

Nos ayudará y servirá de inspiración el texto bíblico de Juan 17,3 (*“Y la vida eterna consiste en que te reconozcan a ti como único Dios verdadero, y a Jesucristo como tu enviado”*), que está inserto en la oración sacerdotal de Jesucristo.

Hay dos textos del magisterio pontificio que nos ubican para llevar adelante la acción misionera. El primero de Pablo VI: *«Evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial»* (EN 60). Y el segundo es de Juan Pablo II, quien enfatiza en *Redemptor Hominis* 11: *«Jesucristo es principio estable y centro permanente de la misión que Dios mismo ha confiado al hombre. En esta misión debemos participar todos, en ella debemos concentrar todas nuestras fuerzas, siendo ella más necesaria que nunca al hombre de nuestro tiempo»*.

La misión es inherente y esencial para el bautizado, pues en virtud de este primer sacramento el fiel está llamado a ser discípulo misionero de Jesucristo (cf. EG 119s). El centro de la evangelización es la persona de

Jesús. Pero, ¿cómo llevar a Jesús a los demás (misión) si no se le conoce? Hay que tener presente el dicho que reza: Nadie ama lo que no conoce (*Nihil volitum quin praecognitum*).

Esto conlleva a vivir con Cristo, a conocer su Rostro, a oír su doctrina, meditar sus enseñanzas. Así lo expresa el texto programático de Marcos 3,14: *“Los llamó para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar”*. La llamada tiene una nota importante: los llama de manera imperativa. El llamamiento de los discípulos es una vocación de elección (cfr. Lc 6,13) que se deriva de la voluntad de Cristo. La misión es un seguir continuamente a Cristo, un llamado a aprender a vivir en intimidad con Él, a imitar su ejemplo y dar testimonio. El testimonio constituye, ya de por sí, una proclamación silenciosa muy clara y eficaz de la Buena Nueva (EN, 21). El estar con Jesús conlleva por sí mismo la dinámica de la misión, pues, en efecto, *«todo ser de Jesús es misión»*, afirma el





papa emérito, Benedicto XVI<sup>1</sup>.

De entrada, cabe señalar que el mandato misionero es universal (Mc 16,15; Mt 28,19-20), y sólo puede cumplirlo quien ha hecho amistad profunda con el Maestro. Los frutos florecerán sólo en aquellos que se han enraizado profundamente en Él.

Jesús es el primer evangelizador y el más grande. Lo hizo a la perfección, dándose todo Él en sacrificio (cf. EN, 7). La misión evangelizadora es hacer presente el Reino. Ese es el único absoluto. Todo lo demás es relativo. Viene a bien tener presente sus palabras: *«Mi Padre lo ha puesto todo en mis manos, y nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre; y quién es el Padre, sino el Hijo y aquellos a quienes el Hijo quiera revelarlo»* (Lc 10,22).

La Iglesia es continuadora de la obra evangelizadora traída y hecha presente en la historia por Jesús, el enviado por el Padre. Muy acertadamente enfatizó el papa Pablo VI: *«Evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar»* (EN 14).

Los discípulos son los llamados a llevar adelante la misión. Si alguno adquiere experiencia y se llega a sentir 'maestro', nunca, sin embargo, deje de ser discípulo de Jesús, para que la misión no pierda su origen divino<sup>2</sup>.

Ya de tiempo atrás, la Iglesia, particularmente la latinoamericana, viene hablando, por esta importancia, de la "Misión Continental", como expresión de la fe recibida, cultivada y compartida, fruto del encuentro vivo con la persona de Jesús. Esa misión debe alcanzar los diversos sectores de la sociedad actual o, como lo dice el Documento de Aparecida, debe llegar a los diversos «areópagos» de la vida pública, en las situaciones extremas de la existencia (DAp 548).

Lo primero que haremos es tener un acercamiento al texto joánico 17,3 y apreciar el contexto literario y teológico del mismo. Aprovechamos para resaltar la oración sacerdotal de Jesús y la importancia del reconocimiento de Dios. En seguida, señalar el centro de la misión, para concluir que esa evangelización no tiene recompensa terrena, sino hasta en los últimos tiempos.

#### ACERCAMIENTO A Jn 17,3. ASPECTOS SEMÁNTICOS

El texto bíblico de Juan 17 es muy evocativo y profundo. Está colocado estratégicamente en el Evangelio antes de la glorificación de Jesús. En el v.3 habla de la "vida eterna" y nos dice en qué consiste poseerla. Al poner el verbo en presente de subjuntivo, el autor subraya que el reconocimiento de Dios es una acción continua, no un momento único y estático.

De Dios se mencionan tradicionalmente dos atributos: "Único" (solo) y "verdadero". La unicidad de Dios fue una fuerte tendencia en la predicación profética, que va a consolidar el Rey Josías. Así, por ejemplo, en Isaías 37,20 leemos: *«Señor, Dios nuestro, sálvanos de su poder para que todos los reinos de la tierra reconozcan que solo tú eres el Señor»*. En la misma línea, se muestra el texto de Jn 5,44: *«¿Cómo van a creer, si solo se preocupan de recibir honores los unos de los otros y no se interesan por el verdadero honor, que viene del Dios único?»*.

El adjetivo "verdadero", característico de Dios, aparece en Ap 6,10: *«Y gritaron con voz poderosa:*

<sup>2</sup>Cf. F. MERLOS A., Teología contemporánea del ministerio pastoral, México 2012, 585.



## DIMENSIÓN INTELECTUAL

Señor, santo y veraz». Estos atributos divinos se presentaban con énfasis para resaltar la fe purificada del pueblo elegido, en contraste del politeísmo difundido en los pueblos paganos. Por eso san Pablo, haciendo referencia a los convertidos a la fe cristiana, después del proceso de conversión producido por el anuncio kerigmático de la pasión, muerte y resurrección de Jesús, escribe: «*Cómo se convirtieron a Dios y renunciaron a los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero*» (1 Tes 1,9).

Una fina distinción trinitaria en el texto de san Juan es la de no confundir a "Dios" con "Jesucristo". La misión de la Trinidad es el protagonista principal del proyecto salvífico, que brota del amor de Dios<sup>3</sup>. Los distingue bien, sin que se niegue la divinidad de Jesucristo. La manera como menciona a la Segunda Persona de la Trinidad refleja una forma litúrgica de la Iglesia evangelizada por san Juan. Así lo podemos entrever en 1Jn 4,2: «*Si reconocen que Jesucristo ha venido como verdadero hombre, es que poseen el Espíritu de Dios*»; y en el Prólogo del Evangelio: «*Porque la ley fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad nos vinieron por medio de Jesucristo*» (1,17). En estos últimos dos textos aparece la fórmula no común de mencionar al Hijo de María como "Jesucristo".

### IMPORTANCIA DE LA ORACIÓN SACERDOTAL DE JESÚS

El capítulo 17 de san Juan. Es uno de los momentos más solemnes del Cuarto Evangelio, y es el culmen del último discurso emitido por Jesús para dirigirse a Dios, su Padre. La oración sacerdotal es un discurso de 'despedida', si así se le puede llamar. Y en este contexto de solemnidad, Jesús ora por su pueblo, por sus hermanos, que está por dejar.

Hay un estudioso, Raymond E. Brown, que señala un interesante paralelo entre Jesús y Moisés. Antes de morir, a la edad de 120 años, el grande e incomparable profeta del Antiguo Testamento, Moisés, pronuncia dos cánticos, que leemos en el libro del Deuteronomio. En



el capítulo 32, el primero de los cánticos, Moisés se separa del pueblo para dirigirse a los Cielos. El segundo cántico aparece en el siguiente capítulo, el 33, donde Moisés bendice las tribus de Israel.

Similarmente, Jesús se dirige al Cielo. Así leemos: «*Jesús levantó los ojos al Cielo y exclamó*» (Jn 17,1). Jesús habla al Padre, y mucho del contenido allí escrito se refiere al futuro de sus discípulos. Y al colocar este discurso al final del Evangelio, antes de afrontar la glorificación, Juan presenta a Jesús despidiéndose de sus apóstoles y de sus discípulos.

Este capítulo tiene muchos paralelos con los evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas). Muchos dichos de Jesús, recogidos en este capítulo, aparecen en la última cena. Otra vez será en la "despedida" de Jesús de este mundo y de sus discípulos.

Así pues, por lo que se entrevé, Juan 17 es una oración y/o un himno. Se ha pensado, no se descarta, que este himno era cantado o rezado, presumiblemente, en las celebraciones eucarísticas cristianas de la antigüedad. En el libro de los Padres Apostólicos de la *Didaché* la oración comienza con: «*Te damos gracias, oh Padre santísimo*» (X,2). Jn 17,1 comienza con el vocativo: "Padre"; y en 17,11 encontramos "Padre santo". Por ende Jn 17,3 sería una especie de antifona responsorial cantada.

<sup>3</sup>E. BUENO De la FUENTE, "Missio ad gentes y missio inter gentes. Las polaridades del cambio de paradigma", en AA.VV., La misión, futuro de la Iglesia, Madrid 2018, 25.



El “conocimiento” es uno de los temas de Juan 17, y ese “reconocimiento” es una de las acciones que Jesús ha venido a revelar. El reconocer a Dios es tan importante porque de ese conocimiento se deriva la liberación de la Iglesia de todo mal (Jn 17,15); además pide que la lleve, por medio de ese conocimiento, a la perfección en el amor (17,23); y que la reúna en la santidad y en la consagración (cf. Jn 17,17.19). Ese es el centro de la misión evangelizadora.

Cabe aquí citar a Joseph Ratzinger en una profunda observación. La misión de la Iglesia no sólo debe predicar la sublimidad de Dios, sino también la bajeza y humildad de Dios, que desciende hasta los hombres. El servicio de los discípulos es usar la escalera, de la cual habla la mística cristiana, no sólo en una dirección, sino en las dos direcciones: ascenso y descenso<sup>4</sup>.

### EL RECONOCIMIENTO DE DIOS

El don de la vida eterna está íntimamente unida a la obra de Jesús, que ha llevado a cumplimiento en la tierra (Jn 17,4). Jesús, en su retorno a la patria celeste, no busca ni pide nada para sí mismo. A Él le interesa que el Padre sea reconocido por sus discípulos para el bien total e integral de sus mismos seguidores.

Juan 17,3 es un texto muy especial, pues presenta la salvación (la vida eterna) como una forma de “conocimiento” (*gnosis*). Cabe aclarar de entrada que para Juan “conocer” no es una cuestión meramente intelectual, puesto que implica una vida de obsequiosa obediencia a los mandamientos de Dios y de amorosa comunicación con el prójimo. Así lo podemos constatar en 1Jn 1,2s.

En hebreo el verbo “conocer”, está en íntima conexión con una experiencia directa de intimidad. Así pues, para tener vida eterna hay que conocer al Padre y a Jesús, con amor apasionado y por experiencia en carne propia. La fe es, para Juan, un modo de vivir la dedicación de la vida a Jesús. Esto no obsta para que la fe tenga, también, una connotación intelectual y un



contenido racional.

En resumen, para obtener la vida eterna se debe aceptar, como doctrina de fe, que Jesús es Hijo de Dios. Por eso, se tiene que tener presente que *«mentiroso es todo el que niega que Jesús es el Cristo. Ese es el anticristo, quien niega al Padre y al Hijo»* (1Jn 2,22).

Como habíamos mencionado antes, los adjetivos “único” y “verdadero” se aplican sólo a Dios para distinguirse de los paganos. Pero eso no es todo lo que Juan nos indica en su evangelio. Hay otra cosa especial que nos transmite. El evangelista recalca que el Padre es el Dios conocido y revelado por su Hijo y en su Hijo, Jesucristo. De tal manera, que una persona que no confiesa a Jesús no confiesa al Dios “único” y “verdadero”.

El conocimiento de Dios, de donde se deriva la vida eterna, tiene como mediación un dato histórico: la muerte y la resurrección de Jesús. Ese “reconocimiento” libera a los hombres del pecado. Así lo comunica el famoso texto de Jn 8,32: *«Conocerán la verdad y la verdad los hará libres»*.

La vida eterna no es sólo una realidad futurible. Ya les es dada a los creyentes desde esta tierra. Jesús pide para que sus seguidores no sean realmente parte de este mundo (17,14.16), para atraerles a su Persona y

<sup>4</sup>J. RATZINGER, El nuevo pueblo de Dios. Esquema para una eclesiología, Barcelona, 2005, 44.



## DIMENSIÓN INTELECTUAL

llevarlos al Cielo. Así, los discípulos de Jesús reciben la vida eterna mientras están en el mundo. La vida eterna se recibe abandonando el mundo y sus atractivos, así como el pecado de la carne y sus goces. Sin privación de lo mundano, es imposible volverse misionero (cf. EG 275).

Ya Jeremías había profetizado que uno de los frutos de la nueva alianza sería un íntimo conocimiento de Dios: «Pondré mi ley en su interior, la escribiré en sus corazones y Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Nadie enseñará a nadie diciendo: 'conozcan al Señor', porque todos me conocerán, del más pequeño al más grande» (31, 33-34).

### MISIÓN ECLESIAL ES DAR A CONOCER A DIOS

La misión en la Iglesia es una acción continua y continuada. Jamás concluida en esta vida. Evangelizar es llegar a conocer a Dios, y ese conocimiento debe llevar al creyente a cumplir el primer mandamiento: amar a Dios sobre todas las cosas. La razón es porque Dios es único y verdadero. En el Acontecimiento Guadalupano la Virgen María se presenta a Juan Diego como la Madre del Verdadero Dios por quien se vive.

El conocimiento aquí en la tierra es limitado. Eso se debe a nuestra misma finitud y limitación. Pablo lo



expresa así: «Ahora conozco de una forma limitada; entonces conoceré del todo, como Dios me conoce» (1Cor 13,12).

Jesús, por su parte, no quiere que sus discípulos lo sigan para ser simplemente imitadores hasta en los más mínimos detalles. Los evangelios van a provocar sorpresas, pues al final de ellos se descubre que el 'modelo' o la 'imitación' de Jesús no será tanto en el comportamiento de cada día, sino en la irrupción del reino de Dios (*basileia*) y la realización concreta de la voluntad divina. Los hombres que aprenden a ser discípulos y se han entregado a Jesús pasan a formar parte de la historia de Dios<sup>5</sup>.

La misión del discípulo será proclamar el Reino y hacerlo presente en medio de la humanidad. La misión es dar a conocer a Dios. La misión del enviado es extender el seguimiento de Jesús y universalizar su discipulado<sup>6</sup>. Pero la misión debe llevar siempre el sello de la eclesialidad. De lo contrario, no será una misión de la Iglesia<sup>7</sup>. El discípulo no predicará sus propios sueños, palabras o ideales, sino la Palabra de Jesús, el único Maestro que da «palabras de vida eterna» (Jn 6,68) y, también, las palabras del Padre (Jn 6,45)<sup>8</sup>.

La misión es consecuencia del "estar" con Jesús. La primera vocación del discípulo es estar con el Maestro, invertir tiempo para aprender el estilo de vida. Después de ello, y sólo después, viene la misión: Evangelizar. No se pueden invertir las funciones.

El discípulo se entiende como aquél que en gesto de apertura (ir al otro) ofrece a la gente su mismo lugar de realización y destino. El discípulo no vive en oposición del mundo, de la gente común y corriente. El enviado está abierto a la gente, y formando parte del grupo humano, vive el seguimiento de Jesús. En su obra teológico-bíblica, el papa Benedicto XVI escribe: «La perfección, el ser santo como lo es Dios, exigida por la Torá (cf. Lv 19,2; 11,4), consiste ahora en seguir

<sup>5</sup>J. PIKAZA-F. DE LA CALLE, Teología de los Evangelios de Jesús, Salamanca 1977, 51-52.

<sup>6</sup>J. PIKAZA, Hermanos de Jesús y servidores de los más pequeños (Mt 25,31-46), Salamanca 1984, 298.

<sup>7</sup>F. MERLOS A., Teología contemporánea del ministerio pastoral, México 2012, 33.

<sup>8</sup>C.I. GONZÁLEZ, Seguir a Jesús en América Latina, México 2006, 283.



a Jesús»<sup>9</sup>.

Los discípulos, en efecto, aparecen como un grupo de testigos de Jesús que llevan el mensaje de su pascua hacia las gentes. El discípulo (la Iglesia) vive sólo en la medida en que ofrece lo que tiene (amor y mensaje) a los que están necesitados en su entorno (la misión). Para lograr esto, el discípulo ha de vivir en su interior lo que ha de expandir hacia el exterior (de ahí, el "estar con Jesús", para conocer su mensaje)<sup>10</sup>.

El conocimiento de Dios es una de las características del período escatológico. Así lo había profetizado Habacuc: «Porque la tierra se ha de llenar del conocimiento de la gloria del Señor» (2,14). Y san Juan 17 tiene características de despedida, de discurso escatológico.

### LA MISIÓN ES ESCATOLÓGICA

La vocación a la misión, más que un mandato o un ministerio para una Iglesia terrenal y temporal, es una llamada escatológica. Así lo da a entender Mt 19,28. Aún antes de la pascua, Jesús transmite su autoridad a los discípulos, les da instrucciones y mandatos. Los Doce representan a la comunidad escatológica de salvación.

El mismo número universalista de "doce" da a entender que la salvación traída por Jesús no va a quedar limitada, de manera particularista, al pueblo judío; sino que, al contrario, anuncia la instauración del pueblo escatológico de Dios, hacia el cual habrán de afluir, también, los gentiles, según la expectación de Jesús.

En el ya citado texto de Mc 3,14s aparece la doble finalidad por la que Jesús llama a los Doce. Gramaticalmente el evangelista lo hace con dos oraciones finales<sup>11</sup>, usando la partícula *jina* ("para", en griego). La primera oración es: los eligió "para que estuvieran con Él". La otra: "para enviarlos a predicar".

Servir como "mensajero", como "apóstol", es un «acontecimiento escatológico»<sup>12</sup>. Este servicio es anticipación del ministerio angélico. Los mensajeros proclaman la victoria de Dios, tal como ha de proclamarla el ángel volando por lo alto del cielo (Ap 14,6), y recogen la cosecha, como han de hacer los ángeles del Hijo del hombre (Mc 13,27).

La autoridad que se les concede a los Doce está en consonancia con la magnitud de la tarea. La instrucción original lo recalca con mucho énfasis: la paz que han de dar y recibir (Mt 10,13; Lc 10,5-6). Los mensajeros son portadores de la salvación de Dios. Pertenece a los portadores de la *eirene* (paz) que los malignos tengan que huir. Los mensajeros son partícipes de la victoria de Cristo sobre Satanás.

En Mc 6,7 y en Mt 10,1 los discípulos tienen *exousía* (poder), lo cual presupone la posesión del Espíritu, porque sólo el Espíritu de Dios tiene autoridad sobre los espíritus malignos (Mt 12,28; Lc 11,20). Bien atestiguó Pablo VI: "No habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo" (EN 75). El papa Francisco lo reitera: "Para mantener vivo el ardor misionero hace falta una decidida confianza en el Espíritu Santo" (EG 280).

<sup>9</sup>BENEDICTO XVI, Jesús de Nazaret, México 2007, 135.

<sup>10</sup>J. PIKAZA, Hermanos de Jesús y servidores de los más pequeños (Mt 25,31-46), Salamanca 1984, 411.

<sup>11</sup>BLASS-DEBRUNNER, Grammatica del griego del Nuevo Testamento, Brescia 1997, 392.

<sup>12</sup>J. JEREMIAS, Teología del Nuevo Testamento, Salamanca 1993, 274.



## DIMENSIÓN INTELECTUAL

Jesús, poseedor de “*todo poder*” (Mt 28,18), al conferir autoridad con ocasión de enviar a sus mensajeros, hace sobre ellos una especie de derramamiento del Espíritu, un derramamiento que los capacita para vencer los instrumentos de Satanás y para destruir el reino del maligno. Curar es una dimensión fundamental de la misión apostólica, de la fe cristiana en general, y sólo el camino de unión progresiva con Jesús puede ser el verdadero proceso de curación del hombre<sup>13</sup>.

El papa Francisco alude al aspecto escatológico al hablar de la misión, cuando dirigió su mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones (2017). Allí decía: «*La misión no es un fin en sí misma, sino que es un humilde instrumento y mediación del Reino. Una Iglesia autorreferencial, que se complace en éxitos terrenos, no es la Iglesia de Cristo, no es su cuerpo crucificado*».

### CONSIDERACIONES FINALES

Cabe subrayar, finalmente, que todo discípulo es creyente; pero no todo creyente es discípulo. Nos hacemos discípulos cuando nos sumamos a la misión de la Iglesia y llevamos a otros, mediante el testimonio y la palabra, al reconocimiento del único Dios verdadero y de su Hijo enviado.

Una Iglesia sin urgencia y pasión misionera traiciona su catolicidad, opone resistencia al Espíritu y se transforma en un campo de muertos, contradiciendo su naturaleza de comunidad de resucitados en el Resucitado<sup>14</sup>. Así lo percibió Pablo, por lo cual exclamó: “*Ay de mí si no evangelizo*” (1Co 9, 16).

La Virgen María es ejemplo de misión. Ella, por su obediencia a la voluntad de Dios, así como por su constante meditación de la Palabra y de las acciones de Jesús, es la discípula más perfecta del Señor (DAP 266). Ella es la mujer orante y trabajadora; es la madre del Evangelio viviente y manantial de alegría para los pequeños (cf. EG 288).

Habiendo visto la importancia de la fe y la misión, en conexión con la vida eterna y esto, a su vez, en estrecha relación con el conocimiento de Dios Padre y de su Hijo, Jesucristo, concluyamos con un pensamiento de san Irineo de Lyon: «*Aquel que es incomprendible, intangible e invisible se ha hecho ver y tocar y comprender por los hombres, para que aquellos que lo comprendan y lo vean, vivan [...]. La única vida es participación de Dios, y nosotros hacemos esto conociendo a Dios y gozando de su bondad*»<sup>15</sup>.

+ José Francisco González González  
Obispo de Campeche.



<sup>13</sup>BENEDICTO XVI, Jesús de Nazareth, México 2007, 214s.

<sup>14</sup>B. FORTE, La transmisión de la fe, Vizcaya, 2015, 28.

<sup>15</sup>IRINEO DE LYON, Adv Haer. IV, 20, 5.



# San Juan Pablo II, el Papa del amor humano, del matrimonio y de la familia (parte I)



**P. Alfonso López Muñoz, L.C.**

Doctor en Filosofía,  
Licenciado en Teología Dogmática

De María Santísima san Bernardo decía: "*numquam satis*", (nunca estaremos satisfechos); queriendo decir con ello el doctor Melifluo que Ella, la nueva Eva, nunca se dirá la grandeza suficientemente, nunca de su belleza podremos decir lo suficiente. Y es que la Virgen Madre es la más excelsa creatura, fruto de la nueva creación; el ser humano "nuevo" por excelencia. Esto por designación previa a su nacimiento en la mente de Dios Padre -"sin pecado concebida"-; pero también por virtud, como ser humano consciente y libre que era. Y sigue siendo y lo será por la Eternidad, desde su Asunción al Cielo en cuerpo y alma, la madre más bella, la más bella de los hijos de los hombres (cfr. Sal. 44).

De alguna manera, y guardadas las debidas distancias, se puede decir algo análogo de este verdadero "don de Dios", como definiera a Karol Wojtyla - Juan Pablo II el sacerdote Daniel Ange<sup>1</sup>-patrólogo y fundador de la escuela de evangelización para jóvenes "*Jeunesse Lumière*" en Francia-. Y no por nada este hijo fiel de la Iglesia era un alma profundamente mariana, y "*totus tuus*" -todo tuyo- era el lema en su escudo papal, el cual, además de tener la cruz de Cristo, tenía una "M" de María junto a ésta. Juan Pablo II fue un profundo

creyente en María como corredentora con Cristo. Él goza ya de Dios en el Cielo e intercede ante Él en favor de los hombres, ya que fue precisamente el hombre el objeto de su estudio, de su amor, de su celo apasionado y de su vida totalmente entregada, con una generosidad que rayó en heroísmo en favor de la salvación eterna del hombre, de todos los hombres y de todo el hombre. Y es que, en efecto, podemos decir que la persona de Karol Wojtyla - Juan Pablo II fue un verdadero prodigio de la Gracia Divina. Un ser humano de excepción. Un sacerdote modelo para todos los ministros de Cristo Sacerdote, verdadero y auténtico pastor totalmente entregado a su grey y a todas las almas, a ejemplo del Único, Sumo y Eterno Sacerdote y Pastor de nuestras almas. Un filósofo original e integrador de lo mejor de las antropologías filosóficas del pasado y del presente, en especial de la metafísica, de la fenomenología y de la ética centrada en el valor sublime del ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios mismo: en efecto, Juan Pablo II fue un defensor decidido y valiente de la persona y de su altísima dignidad desde su concepción hasta su muerte natural; un teólogo profundo centrado en la Palabra de Dios y de manera especial en Jesucristo, Verbo Eterno del Padre, culmen y centro de la Revelación,

<sup>1</sup>Cfr. Su libro "*Jean Paul II, don de Dieu*", Fayard, Paris 1998.

<sup>2</sup>En efecto, se ha de recordar el hecho de que su tesis doctoral en teología, defendida en el Angelicum en Roma, versó sobre: "El acto de fe en san Juan de la Cruz".





## DIMENSIÓN INTELECTUAL



Alfa y Omega; un místico que bebió en las fuentes de lo mejor de la mística verdaderamente católica<sup>2</sup>; un poeta y dramaturgo de gran hondura espiritual: lenguajes éstos, el teatro y la poesía, que en realidad nunca dejó de cultivar y utilizar -sobre todo el de la poesía- para 'decir' mejor el mensaje divino sobre Dios mismo, sobre el hombre y sobre el mundo<sup>3</sup>; en fin, un ser humano integral y completo en todos los aspectos que componen y definen al hombre y al cristiano auténticos. Es por eso que son tantas las facetas y aspectos de su vida que se pudieran resaltar, pues estamos ante un "gigante del espíritu"<sup>4</sup>. Aquí nos ceñiremos a lo específico del título de este artículo: el hecho de porqué san Juan Pablo II ha sido, sin duda alguna, el Papa que más ha meditado, valorado, elevado y predicado la grandeza del amor humano y la dignidad y sacralidad del matrimonio y la familia. Ahora bien, cabe anunciar que este modesto escrito nos permite tan sólo señalar someramente los

hechos que apoyan dicho título, mas no el contenido de su enseñanza, lo cual implicaría toda una vida de estudio de su testimonio personal y de magisterio sacerdotal, episcopal y papal. Para ello, para conocer sus enseñanzas, nada ahorra la necesidad de recurrir a los escritos mismos de Karol Wojtyla - Juan Pablo II, así como a los libros de los expertos en su pensamiento, como es el caso de Yves Semen, en quien nos hemos inspirado para redactar estas líneas, las cuales anhelan ser en quienes las lean al menos una invitación a descubrir o redescubrir esta vida y este pensamiento, tanto original cuanto sobreabundante -también éste "*numquam satis*"- sobre este tema que acapara hoy por hoy una de las más grandes y dignas preocupaciones de la Iglesia: el matrimonio y la familia. Pero veamos en concreto porqué san Juan Pablo II es 'el Papa del matrimonio y la familia'.

Es un hecho que, como bien afirma Yves Semen, Juan Pablo II es el Papa "que ha hecho progresar, como ningún otro, el pensamiento de la Iglesia sobre el amor humano y que ha proclamado como ningún otro lo que la familia representa para el futuro de la humanidad. Por tanto, se puede afirmar que Juan Pablo II será visto en el futuro como el Papa del matrimonio y de la familia". Mas lo que hemos de definir un verdadero milagro es que eso lo sea una persona que antes de que naciera había ya perdido a un ser querido en su familia nuclear: su hermana Olga; que a los nueve años perdió a su madre; que apenas cuatro años después perdiera a su hermano mayor Edmund; y que su padre, el único ser con quien vivía, lo perdiera asimismo cuando Karol tenía 21 años; siendo así que, fuera de pocos parientes, y un

<sup>3</sup>Recordemos cómo su última obra poética es el "Tríptico Romano", compuesto y publicado en el año 2002, la cual versa sobre la teología de la Creación según el libro del Génesis, así como el sentido de la vida y la Redención en El Hijo, el Juicio Final, todo ello ambientado en los frescos del genio de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina en el Vaticano.

<sup>4</sup>Así lo llama Yves Semen, doctor en Filosofía y padre de ocho hijos, y que cofundara y dirigiera el Instituto Philanthropos en Friburgo, Suiza, hasta el 2012 -actualmente dirigido por el connotado filósofo y escritor católico Fabrice Hadjadj- donde enseñó Ética y Teología del cuerpo, al igual que en Francia y Canadá. Se trata de un experto en el tema de la sexualidad, y de manera especial desde la visión cristiana del cuerpo y del amor humano. Es uno de los grandes conocedores a nivel mundial del pensamiento de Karol Wojtyla - Juan Pablo II, de su visión del amor humano, del matrimonio y de la familia, particularmente de las conocidas "catequesis sobre el amor humano", las así llamadas precisamente "Teología del cuerpo". En esencia me baso en su libro "Jean Paul et la famille" (Éditions des Béatitudes, S.O.C., Nouan-le-Fuzelier 2011) para la redacción del presente artículo. Los entrecomillados son citas textuales de dicho texto. Señalamos, además, otros dos textos que el mismo autor Había publicado antes y que son complementarios del arriba referido: "La sexualité selon Jean-Paul II" (éd. Presses de la Renaissance, Paris 2004) y "La spiritualité conjugale selon Jean-Paul II" (éd. Presses de la Renaissance, Paris 2010).



grupo de buenos amigos, entre los que se contaban no pocos judíos, apenas siendo un muchacho se queda sin familia en este mundo. Por eso hablamos -creemos con justa razón- de "prodigio" de la Gracia. Por eso este ser humano tan especial es un milagro auténtico del Amor infinito de Dios, en su propia persona, pero sobre todo de cara a la Iglesia y al mundo entero, por lo que fue su vida tan llena de significado y trascendencia para toda la Humanidad, y no sólo de cara a la Cristiandad.

Bien, pues con ese "background", con ese telón de fondo, esta persona-prodigio pensó, meditó y predicó el hombre al hombre, el hombre que procede del Dios cristiano, del Dios Trinidad. Para él, para Karol Wojtyła - Juan Pablo II, esa verdad primigenia y fundamental de la antropología cristiana, se convertía siempre en un acto de adoración, como bien afirma Mons. Laffitte, al alabar a Yves Semen por el hecho de cerrar su libro sobre "Juan Pablo II y la familia"<sup>5</sup> refiriéndose al poema teológico-filosófico-artístico del santo Papa intitolado "Tríptico Romano"<sup>6</sup>, cuando en un verso libre el poeta Wojtyła



y Vicario de Cristo se refiera a Dios mismo, fuente del ser creado, de la vida y del espíritu, Original del cual el hombre es dicha imagen:

"¿Quién es Él? El Indecible. La Existencia que existe en sí misma. El Único, el Creador de todo. Y al mismo tiempo una Comunión de Personas. Y en esta Comunión un recíproco donarse de la plenitud de verdad, de bondad y de belleza".

Es pues, desde esa perspectiva última y fundante, desde esa óptica de la Revelación, desde ese enfoque profundamente cristiano y teológico -y no otro- que se ha de analizar y meditar la abundante doctrina de Karol Wojtyła - Juan Pablo II sobre el tema del hombre, del amor humano, del matrimonio y la familia. Y es que es verdad, como también comenta, Yves Semen, que Juan Pablo II ha sido "el primer Papa en toda la historia de la Iglesia que ha ofrecido una enseñanza de amplitud absolutamente significativa sobre las cuestiones del cuerpo, del matrimonio y de la sexualidad" como parte de su magisterio ordinario, el cual nos "ofreció precisamente al inicio de su pontificado y que llamó 'Teología del cuerpo'", mismo que "está conformado por ochocientas páginas de texto", lo que representa "la enseñanza más vasta que ningún otro Papa ha dado sobre un mismo argumento en la historia de la Iglesia"<sup>8</sup>. Por lo demás, ya en 1981 Juan Pablo suscribía la Exhortación postsinodal "*Familiaris consortio*", que sin duda era el documento magisterial extraordinario más extenso y más importante en la historia del magisterio pontificio sobre el tema hasta ese momento, tanto en lo doctrinal como en lo pastoral.

<sup>5</sup>Cfr. Nota a pie de página n. 4

<sup>6</sup>Cfr. Nota a pie de página n. 3. Monseñor Jean Laffite hace dicha alabanza en el prefacio al libro de Yves Semen "Jean Paul et la famille", o. cit. Mons. Laffitte estudió y fue profesor y después vicepresidente del Instituto Pontificio Juan Pablo II para estudios de Matrimonio y Familia, fundado en Roma en 1981 por el mismo Juan Pablo II, y que tiene como finalidad promover el estudio, divulgación y actuación de la doctrina perenne de la Iglesia sobre Matrimonio y Familia, y de manera especial la profundización en lo que el mismo Papa se dio cuenta ser la riqueza que encierra las catequesis sobre el amor humano que él mismo diera en Roma casi ininterrumpidamente de 1971 a 1984. En el 2005 Juan Pablo II lo nombró subsecretario del Pontificio Consejo para la Familia, del cual fue designado como secretario en el 2006 por el Papa Benedicto XVI al mismo tiempo que vicepresidente de la Pontificia Academia para la Vida. Desde el 2015 el Papa Francisco lo nombró Prelado de la soberana Orden de Malta.

<sup>8</sup>Yves Semen, "Jean Paul et la famille", o. cit.



## DIMENSIÓN INTELECTUAL

Otro dato importante que confirma la valoración de san Juan Pablo II como el Papa del Matrimonio y la Familia es el hecho de que es el primer Papa que beatificó una pareja de esposos en razón de la santidad misma de su matrimonio en cuanto tal, es decir de la santidad vivida por ellos en pareja y como matrimonio cristiano. En efecto, el 21 de octubre del 2001 beatificó a Luigi y Maria Beltrame- Quatrocchi, a quienes la liturgia festeja como beatos en el mismo día de su aniversario matrimonial. Por lo demás, es también durante el pontificado del santo Papa polaco que se introduce y se trabaja la causa de beatificación de los papás de santa Teresita del Niño Jesús, Louis y Zélie Martin Guérin, beatificados también como matrimonio por Benedicto XVI en el 2008 y posteriormente canonizados en 2015 por el Papa Francisco.

A continuación, mencionaremos otros hechos igualmente significativos y probativos de cuanto venimos afirmando de san Juan Pablo II, pero, en realidad, y para decirlo de una vez por todas en palabras de Yves Semen, "el tema del amor humano y de la familia atravesó toda la vida de hombre, de sacerdote, de arzobispo, de Papa". Es por eso que basta echar un vistazo en orden cronológico a esta difícil pero plena, así como dura pero bellísima vida, para hacer cierto y patente el título de "Papa del matrimonio y la familia" de este nuestro artículo, pues, como también asienta Semen, no hay duda de que susodicho tema "constituye la dimensión principal de su herencia y aquello que está destinado a germinar abundantemente en el curso de los próximos decenios en la Iglesia". Echemos pues un vistazo cronológico a la vida y a la obra de este gigante del cristianismo en lo que dice al matrimonio y a la familia.

Es el mismo Karol Wojtyla - Juan Pablo II quien, en la entrevista que le hiciera Vittorio Messori, y la cual se convertiría en el *best-seller*, "Cruzando el umbral de la esperanza", publicado en 1994, y después de afirmar que "el amor no es algo que se aprenda", pero que, sin embargo, "¡no hay nada más importante que sea necesario aprender!", compartía la siguiente confidencia:

*"Cuando era joven sacerdote aprendí a amar el amor humano. Ese fue uno de los temas*



fundamentales sobre los que concentré mi sacerdocio, mi ministerio sobre el púlpito, en el confesionario, y también por medio de la palabra escrita"

A través de dichas palabras, es el mismo Karol Wojtyla - Juan Pablo II quien revela el diseño y destino de toda su vida: "amar el amor humano": aprenderlo, vivirlo, enseñarlo.

Karol Wojtyla fue ordenado sacerdote el 1º de noviembre de 1946, en la fiesta de todos los santos -lo cual es también significativo, siendo el Papa que más ha llevado hombres y mujeres a los altares-, por el Cardenal Sapieha. Inmediatamente después fue enviado a Roma a perfeccionar su formación filosófica y teológica en el Angelicum<sup>9</sup>, la universidad pontificia regida por los padres dominicos, correligionarios del gran Santo Tomás de Aquino. Terminado dicho periodo, y ya con el grado de doctor en sagrada teología, vuelve a su madre patria y es nombrado vicario de la pequeña parroquia de Niegowic, a los pies de los montes Carpasos, en donde permanecerá ocho meses, pero durante los cuales celebrará ya trece matrimonios y cincuenta bautismos ¡! Después de dicho encargo, en 1949 es una vez más destinado como vicario, pero esta vez en la importante parroquia de san Florián en Cracovia. Al año siguiente, crea ya el primer programa de preparación al matrimonio de toda la historia de la diócesis. Antes de ello, la

<sup>9</sup>Cfr. Nota a pie de página n. 2



preparación al matrimonio se limitaba a un sencillo coloquio con el sacerdote que bendecía el matrimonio y del cual sería el testigo principal, pero poco más que eso; el resto se reducía a los trámites formales y a la organización práctica de la boda. El padre Wojtyla se da cuenta que, obviamente, eso no es suficiente como preparación a tan grande vocación y misterio, por lo que pone sus talentos a trabajar y establece un verdadero y auténtico programa metódico de preparación al sacramento del matrimonio. De la época contamos con algunas de sus conferencias -o al menos partes de las mismas- de dicho curso prematrimonial, que debemos a los apuntes que tomaban los asistentes con santa avaricia de no perder palabra alguna de cuanto decía ese sacerdote ya maestro lúcido del amor humano. Como fruto concreto de veintiocho meses como vicario en esa parroquia de Cracovia son ciento y sesenta matrimonios, es decir en promedio más de uno por semana. Dos años después, en 1951, da origen lo que después será el "Srodowisko" -que significa algo así como "ambiente" o "red" o "círculo". Se trataba de un grupo de jóvenes que se reunían para debatir temas más bien intelectuales, pero siempre en contacto con la experiencia concreta, dada la dirección fenomenológica de lo que después se constituirá como un verdadero cuerpo de doctrina 'wojtyliano' en materia de antropología filosófica, con énfasis en la derivación ética de la misma. Ahora bien, las discusiones que se generan en dicho círculo de reflexión tendrán por centro, con mucha frecuencia, el tema del amor, de la vocación y del matrimonio. De hecho, es por medio del grupo que el padre Karol -que en ese entonces los jóvenes comienzan a llamarlo con el sobrenombre "Wujek", es decir "tío", con el fin de protegerlo de las autoridades comunistas del país, que obviamente no veían con buenos ojos que los sacerdotes se ocuparan de la formación de los jóvenes- prepara a las parejas de novios al matrimonio, tanto por medio de las conferencias como, sobre todo, por medio de enteras jornadas de oración y de reflexión con cada una de las parejas. Y ahí también la materia fundamental de reflexión es el hecho de que el matrimonio es un

"donarse a sí mismo" y no un "afirmarse a sí mismo". Decía:

"El amor no consiste en realizarse a través del otro, sino en el darse a otro por el bien de éste, así como en recibirlo como don"

Como podemos advertir, en dicha propuesta se encuentra ya de alguna manera en semilla el bello y conocidísimo enunciado de la Constitución pastoral del Concilio Vaticano II *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, en la que, como es sabido, el joven Cardenal Wojtyla tuvo un papel preponderante; la frase es la siguiente:

"El hombre, que es la única creatura sobre la tierra que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrarse a sí mismo si no es por medio del don de sí"<sup>10</sup>

El don de sí mismo al otro, a los demás: podemos decir que esta es la piedra angular de la antropología wojtyliana, la cual es el fruto sobre todo de la experiencia personal de Karol Wojtyla y después Juan Pablo II, pero también es el fruto de la fecunda síntesis de antropología metafísica, fenomenológica y ética, misma que fue siempre el ángulo desde el cual él 'pensó' al hombre,



<sup>10</sup>Gaudium et spes, n. 24. Esta traducción que hacemos del italiano nos parece más acorde con la terminología empleada por Karol Wojtyla - Juan Pablo II de manera consistente, y no esta otra que dice: "... el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás" (B.A.C., Madrid 1973).



## DIMENSIÓN INTELECTUAL

desde Dios y desde la misma realidad existencial del ser humano, con toda su carga de “gozos y esperanzas”, de “tristezas y angustias” no sólo de “los hombres de nuestra época” -diría el Concilio<sup>11</sup>- sino del hombre de todas las épocas.

En fin, después de periodo como vicario en San Floriano, se dedica a redactar su tesis en filosofía, después de lo cual es nombrado capellán de los estudiantes de la Univesidad católica de Lublín. Desde entonces, el aquél grupo de reflexión y de aprendizaje del amor humano y de preparación al matrimonio “*Srodowisko*” se convierte de alguna manera en su “parroquia itinerante” -como bien lo define Yves Semen-, ya que es cuando se encuentra con los jóvenes en días de campo, en los que navegan en kayak por los ríos, suben la montaña, conviven y reflexionan al aire libre, contemplando la belleza de la naturaleza, siempre refiriéndose al Creador en cuanto les rodea ahí en campo abierto, y sobre todo “*Wujek*” les dirige en la reflexión sobre el hombre, el amor humano, sobre sus futuros matrimonios y familias. Y es que -como también anota Semen- Karol Wojtyla no concebía a un sacerdote sin parroquia, sin una grey a la cual alimentar con la Palabra de Dios y dirigirla a Él, pues para él el sacerdote era esposo de la Iglesia, a imagen de Cristo. Ya desde entonces -anota Semen- se ve claro el enfoque “nupcial” del sacerdocio ministerial que después propugnará para la Iglesia universal. Por otra parte, el “*Srodowisko*” representaba para él una necesidad vital, siendo un hombre por naturaleza reflexivo y profundo, y siempre abierto al compartir y debatir temas con hondura filosófica, teológica y espiritual. Recordemos que Karol Wojtyla - Juan Pablo II era un ‘filósofo-teólogo místico’, o bien un ‘filósofo-místico y teólogo’. Ahora bien, con esto no queremos decir que era alguien que privilegiaba sin más la dimensión intelectual como tal, todo lo contrario; en realidad para él el núcleo de la persona residía en el corazón, sede de la capacidad de amar. En una carta a Teresa Heydel lo expresará de manera nítida, admirable y rotunda:



“La capacidad de amar auténticamente, y no la capacidad intelectual, constituye la parte más profunda de una personalidad. Por eso no es casualidad que el primer mandamiento sea amar. El amor auténtico nos conduce hacia afuera de nosotros mismos [nos saca de nosotros mismos] para afirmar a los demás: nos hace dedicarnos a la causa del hombre, nos dirige hacia el pueblo [los demás] y, sobre todo, hacia Dios. El matrimonio tiene sentido [...] si da la oportunidad de un amor de este tipo [...]. Y no basta sólo el querer aceptar un amor tal; es necesario saber cómo darlo, y no siempre está listo para ser recibido. Muchas veces es necesario ayudarlo a formarse [a estar listo para ser recibido]”<sup>12</sup>.

En otra carta a la misma destinataria, el firmante, es decir “*Wujek*” (precisamente así suscribía también sus cartas el padre Karol Wojtyla), hará otra anotación igualmente preciosa e iluminadora:

“Después de tantas experiencias y mucha reflexión, estoy convencido de que el punto de partida (objetivo) del amor es darse cuenta de que otro [alguien] tiene necesidad de mí. La persona que *objetivamente* tiene necesidad de mí es también, para mí, *objetivamente*,

<sup>11</sup>Ibid., Proemio.

<sup>12</sup>Cfr. Yves Semen, “Jean Paul et la famille”, o. cit., capítulo primero: “Don Karol Wojtyla. Amar el amor humano”. (La traducción es nuestra).



la persona de la cual yo [también] tengo más necesidad". Esto es un fragmento de la profunda lógica de la vida, y también un fragmento de la confianza en el Creador y en la Providencia<sup>13</sup>.

Otra actividad que instituye el padre Wojtyla es una jornada de recogimiento para las mamás jóvenes, a la vigilia del parto, en orden a que se prepararan a ese acto grande, enorme –"superior", dirá Yves Semen- de colaboración con Dios en la obra de la creación, y la creación del ser que posee la dignidad más alta sobre la Tierra. Luego, bautizará a dichos bebés y bendecirá las casas de esos nuevos matrimonios, costumbre que conservará también ya siendo arzobispo de Cracovia. Por lo demás, refiere también Semen que casi siempre llegaba en retardo el buen padre Wojtyla, seguramente porque siempre estaba tratando a la gente, escuchándola, atendiendo sus necesidades, acogiendo al prójimo. Todo ello lo pudimos constatar también después claramente durante su largo papado: era de verdad un hombre que se maravillaba ante el misterio del hombre, de todo hombre, de cualquier hombre. Podemos decir que realmente veía a Dios en cada ser humano. Esto lo podemos atestiguar quienes tuvimos la gracia –por lo menos alguna vez- de verlo de cerca o incluso de

saludarlo y, quizás, de intercambiar unas palabras con él.

A este respecto, Teresa Malecka decía: "Siempre tenía tiempo. Entendía [él] que bautizar significaba venir a casa, estar con la familia, bendecir al bebé que dormía en la cuna"; y añade Teresa algo muy importante: "No era necesario pedírselo; era él quien quería hacerlo"<sup>14</sup>. Esta señalación es importante, pues hace ver el celo especial que Wojtyla tuvo siempre por el valor familia. En efecto, fue siempre su convicción que la familia era ese núcleo fundamental donde el amor hace, se cultiva, se expresa, madura y alcanza su plenitud; y con éste la vida, la vida humana misma. Insistimos: Wojtyla fue siempre un 'admirado', un 'maravillado' del hombre, de la vida humana, de la imagen de Dios en la persona humana. Y cuantos eran depositarios de tal 'admiración', de tal 'maravilla', especialmente el grupo de compañeros del "Srodowisko", ante su partida para Roma, no sin preocupación de que ya no volviera, dirán simplemente: "Wujek seguirá siendo siempre Wujek"<sup>15</sup>.

Ya en Cracovia, primero con obispo auxiliar, luego como arzobispo y después ya como cardenal, Mons. Wojtyla asignaba a la familia un lugar del todo especial. Primero creó, en 1967, en el mismo palacio episcopal, un curso de preparación al matrimonio y a la vida de familia de un año. Tal curso inició con unos 30 sacerdotes y unos 60 laicos, y comprendía enseñanzas sobre el matrimonio y la familia desde un enfoque interdisciplinar: filosofía, teología, psicología, médico, y, desde luego, contaba con intervenciones del mismo de Mons. Wojtyla. A los dos años, en 1969, Su Excelencia transformará dicho curso en un verdadero Instituto Arquidiocesano de Estudios Familiares, en el cual se puede ver una prefiguración del Pontificio Instituto para Estudios sobre Matrimonio y Familia que creará posteriormente ya como Papa en Roma en 1981, como facultad a sé adjunta a la Universidad Pontificia Lateranense; es decir, el actual Instituto Juan Pablo II.

En los años setenta aquél curso de un año constaría de

<sup>13</sup>Ibid. Se trata de una carta citada por George Wiegel en su libro "Witness to Hope, the biography of John Paul II" (Harper Perennial, New York 2004); tomada de la versión en francés de la obra ("Jean Paul II, témoin de l'espérance", Éd. J.-C. Lattès, Paris 1999, pp.133-134).

<sup>14</sup>Cfr. Yves Semen, *ibid.*

<sup>15</sup>Ibid.



## DIMENSIÓN INTELECTUAL

dos y lo cursarán doscientos cincuenta alumnos cada año: seminaristas, sacerdotes, laicos comprometidos con la pastoral matrimonial y familiar en todas las parroquias de la diócesis. A esto hay que añadir que cada diplomado recibía una carta personal del Cardenal con la asignación de la misión confiada directamente a él o ella por Su Eminencia.

En 1974 el Cardenal Wojtyla establece un periodo efectivo de preparación al matrimonio de al menos dos meses, mismo que se alargará a tres el año siguiente para todo el país por parte de la Conferencia Episcopal de Polonia. Además de estas iniciativas en el ámbito de la reflexión y del estudio sobre el amor humano son completadas por otras que van dirigidas a ayudar a las familias en necesidad: en efecto, la arquidiócesis que preside Mons. Wojtyla crea un fondo cuya finalidad era sostener económicamente a las madres solteras que rechazaban el aborto, sino que escogían valientemente la vida aceptando sacar adelante solas a su hijo (a)<sup>16</sup>.

Cuanto se viene diciendo demuestra fehacientemente la pasión de Karol Wojtyla por el amor humano. Una expresión poética de tal inclinación y sana 'pasión dominante' de Wojtyla por el matrimonio y la familia es la bella y profunda obra teatral que lleva por título "El taller del orfebre", que trata precisamente sobre el misterio del matrimonio. Ya en su juventud había escrito otras obras sobre figuras bíblicas (David, Job, Jeremías), que eran poemas dramáticos, y posteriormente escribió tres obras mayores de teatro: una sobre el misterio de la vocación de consagración a Dios, que son "Hermano de nuestro Dios" (sobre la figura de un pintor polaco, Adam Chmielowski (1845-1916), que dejó su arte para consagrarse en la vida religiosa, tomando el nombre de Alberto; fue elevado a los altares por el propio Juan Pablo II en 1989), y que dedicó su vida a ayudar a los pobres. Las otras dos obras son: la ya citada "El taller del orfebre", que versa, como ya decíamos, directamente sobre el matrimonio cristiano, cuya primera versión data de 1960, y la tercera es "Rayos de paternidad", cuyo tema es el deseo noble e inclinación humano-divina de la paternidad en ánimo humano, cuyas dos primeras

versiones fueron escritas en 1944 y en 1959, y la versión definitiva en 1979, año de su elección al pontificado.

El "Taller del orfebre" pone en escena tres matrimonios: el de Teresa y Andrés, que la vida ha separado dado que Andrés muere en el campo de batalla; el de Ana y Esteban, que va a la deriva a causa de la indiferencia mutua que invade su relación; y luego está también el matrimonio de los hijos de esas dos parejas antes mencionadas, Cristóbal y Mónica, que han de construir su futuro integrando las heridas que han heredado de sus padres. Wojtyla dirá más tarde que dicho drama era la moneda a pagar al "Srodowisko", pues, como dirá el mismo refiriéndose a las parejas que componían dicho grupo de novios y esposos, "son ellos quienes me lo han enseñado todo"; y ello lo decía sobre todo en lo tocante a la castidad conyugal y a la paternidad y maternidad responsables<sup>17</sup>.

En dicha obra, Wojtyla hace decir a sus personajes cosas realmente profundas sobre la esencia del matrimonio. Siguiendo a Yves Semen en su obra que es el hilo conductor de este artículo, reportamos a continuación algunos de esos pasajes que, a nuestro parecer, son especialmente significativos de esa profundidad de pensamiento, a la vez metafísico y fenomenológico, de Karol Wojtyla, en este caso aplicado a la realidad del matrimonio. Dichas citas se encuentran seleccionadas y



<sup>16</sup>Ibid.

<sup>17</sup>Ibid.



comentadas por el mismo Semen en el primer capítulo de su libro, el cual lleva el título: “Don Karol Wojtyla. Amar el amor humano”:

“He conocido ya alguna muchacha que ha impresionado mi imaginación y que ha llenado mis pensamientos. Pero justo en el momento en que me creía más comprometido me daba cuenta de un solo golpe que sólo Teresa estaba presente en mi mente, en mi recuerdo: ella era el punto de referencia de cara a las otras. Y sin embargo, deseaba que la expulsasen de mi mente; quizás es lo que esperaba. Y estaba dispuesto a seguir sólo las impresiones que fueran invasivas y muy fuertes”

Y después Wojtyla aclara porqué:

“Yo quería considerar el amor sólo como un pasión, un deseo potente y dominante –sí, sólo eso-; creía que la pasión era algo absoluto. Por ello no alcanzaba a comprender la extraña y persistente permanencia de Teresa dentro de mí: ¿gracias a que cosa estaba ella siempre presente dentro de mí, qué es lo que le aseguraba un lugar en mi yo, qué es lo que creaba alrededor de ella esa extraña zona de resonancia, ese ‘tú debes’? Es por eso que la esquivaba prudentemente y, a propósito, la hacía a un lado todo aquello de lo cual podía nacer aunque fuera una tenue sombra de revelación. En ocasiones, incluso, la maltrataba en mis pensamientos, cuando me sentía víctima suya, pues me parecía que ella me perseguía con su amor, y, por tanto, debía yo –así lo creía- troncarlo para siempre. Sin embargo, mi interés por ella crecía; el amor nacía justamente de ese cuestionarme sobre ella. Y esto porque el amor puede ser un choque en el cual dos seres humanos toman conciencia del hecho de que deberían pertenecerse el uno al otro, a pesar de la falta de estados de ánimo y de sentimientos comunes”.

Bastaría esta cita para captar la profundidad de este



pensamiento sobre el amor humano, y el hecho de que, como ya anotábamos, es a la vez metafísica y fenomenológico, a partir de los datos psicológicos y espirituales de tal fenómeno antropológico, con toda la complejidad que encierra; sin embargo, el amor es el sentimiento, la pasión, la virtud más importante y la más necesaria en la existencia humana, es decir es esencial para la persona humana, para cada uno de los seres humanos. De hecho, creemos no equivocarnos si afirmamos que es ésa precisamente la piedra angular de todo el pensamiento antropológico, filosófico, teológico y místico de Karol Wojtyla – Juan Pablo II, como él mismo lo hacía notar en su primera encíclica:

“El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible; su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente”<sup>18</sup>

Luego, a partir del hecho, aparentemente banal, de la elección de unos zapatos para la boda –en efecto, la escena muestra a Teresa está frente al escaparate viendo los distintos tipos de zapatos para su matrimonio con Andrés-, Wojtyla pone precisamente el siguiente pensamiento en la mente y en el corazón de Teresa:

“No pensaba ya en esas llamadas que sentía en mi interior; en el fondo no pensaba ya en Andrés.

<sup>18</sup>Redemptor hominis, n. 10





## DIMENSIÓN INTELECTUAL

Buscaba yo unos zapatos de tacón alto. Había muchos tipos de zapatos: los había para hacer deporte, así como había muchos sin ningún uso específico; pero yo buscaba exactamente unos de tacón alto”

Sin embargo, acto seguido Teresa reconsidera su propio pensamiento, y descubre que, en realidad, la realidad es todo lo contrario a cuanto estaba ya concluyendo:

“Andrés es más alto que yo, tanto como para que yo quiera parecer más alta -por tanto, no es verdad que no pienso en Andrés: ¡sí que pensaba en él! En él y en mí misma. De hecho, constantemente pensaba en nosotros dos, y seguramente él también pensaba en nosotros dos. Por ello, él también habría podido alegrarse con mi pensamiento”

Como bien indica Semen, cuanto aquí se dice manifiesta a una persona “para la cual no hay secretos respecto a la psicología femenina”, es decir Karol Wojtyla es un gran conocedor de la psicología de la mujer<sup>19</sup>.

Ahora bien, Wojtyla es consciente no sólo de la fuerza del amor, sino también de su fragilidad. De hecho, tiene la valentía de presentar la destrucción del amor, escenificado por Anna en un monólogo de ésta en el momento en que su amor con Esteban está a punto de romperse. Como también anota Semen, “todos aquellos cuyo amor conyugal ha atravesado la prueba del cansancio y de la duda en el amor, o bien que han hecho experiencia de un amor que no ha sabido o podido triunfar sobre esta prueba, se sentirán identificados en canto dice Anna”<sup>20</sup>:

“Pensando a los acontecimientos de los últimos me sentía confundida. Veía con amargura -sabor de la comida y de la bebida, pero también sabor interior-, el amargo sabor del alma, de un alma desilusionada y desencantada. Ese sabor permea el alma, penetra todo lo que haces, lo que dices, lo que piensas; penetra hasta la sonrisa”

Pero después se pregunta a sí misma Anna:

“Pero... ¿es verdad que he experimentado desilusión y desencanto? ¿O quizás todo eso es lo que suele ocurrir, lo que la historia de dos seres humanos tiene determinado?”

Y un poco más adelante, haciendo ver cómo el amor en su corazón está muriendo añadirá:

“Como si Esteban no existiera más en mí. ¿O quizás yo tampoco era ya dentro de él? ¿O quizás tenía ya sólo la sensación de existir sólo en mí misma? ¡Cómo me sentía extraña para mí misma! Como si me hubiera desprendido de las mismas paredes de mi ser más íntimo... Estaba éste en realidad tan inundado de Esteban, que sin él parecía vacío”.

Vemos aquí -como anotábamos ya antes- la profundidad y dimensión existencial y trágica de este pensamiento de raíces metafísicas, y al mismo tiempo hondo en su fenomenología del sentimiento humano más necesario, que es el amor. Y Anna continúa su reflexión:

“¿Mas no es algo terrible el condenar las paredes de tu ser más íntimo a hospedar a un único inquilino?”



<sup>19</sup>“Jean Paul et la famille”, o. cit., capítulo primero.

<sup>20</sup>bid.



La reflexión sigue ahondando en sí misma. Pero en determinado momento se afirma:

“Mientras tanto, Esteban estaba convencido de que él no debía contribuir a la curación. Me ha abandonado con la herida encubierta, quizás pensando: ‘Ya le pasará’. Sobre todo, él estaba convencido de sus derechos, mas yo deseaba que los conquistase cada vez desde ceros. No deseaba convertirme en un objeto que, una vez alcanzado, ya no se le pierde para nada”.

Y después Anna se pregunta si acaso “en todo ello no había egoísmo” de su parte. Y se responde a sí misma:

“Seguramente hacía yo muy poco en orden a justificar a Esteban ante mí misma”

Y luego se pregunta:

“¿Acaso el amor ha de ser un compromiso?... ¿O acaso no debe más bien nacer de una lucha continua por amor del otro?”

Es decir, aquí se hace ver cómo el amor es una virtud que, para serlo de verdad, ha de estar viva, consciente de sí misma, que *está en acto de sí misma*, por así decirlo. No un mero “compromiso” hecho *una vez por todas*, sino hecho acto consciente de sí. Como bien lo expresa Wojtyla: ha de ser “lucha continua”: sí, es una lucha constante contra uno mismo, contra el propio egoísmo que nos tira hacia nosotros mismos. Este es,



en el fondo, el amor hecho vida, el amor vivo, el amor *en acto*. El amor verdadero amor. Y es precisamente ese amor verdadero, real y *realista*, auténtico, del que Anna se da cuenta que está muriendo en su interior, que está dejando de existir. Un poco más adelante dirá ella:

“Y es que las cuerdas poco a poco enmudecían, y ya nadie sabía acordarlas”.

Y acto seguido se confiesa a sí misma:

“Yo pensaba que el culpable era Esteban; en realidad no lograba encontrar dentro de mí culpa alguna. Y así la vida se transformaba cada vez en una mera coexistencia de dos que ocupaban cada vez menos espacio el uno en el otro. Ahora quedaba sólo un conjunto de deberes; un conjunto convencional y cambiante, siempre más desprovisto del sabor puro del entusiasmo. Y es tan poco -creía yo- lo que ahora nos une”.

Finalmente, se muestra el fracaso del amor, pues el amor, en efecto, puede fallar. Y para ello el genio dramático de Wojtyla hace intervenir un personaje misterioso en el drama: Adán, el cual entra en diálogo con cada una de las parejas en cuestión. Por lo demás, es evidente que es el mismo autor el que habla por medio de Adán. En efecto, aquí entra en escena el mismo Wojtyla, y todo Wojtyla: el pensador, el maestro de ética, el filósofo, el teólogo y el místico. Wojtyla da aquí una lección magistral de análisis del amor humano en su devenir histórico, teniendo en cuenta todos los aspectos que lo componen, dando una luz que, refractada desde muchas direcciones hacia una sola dirección, apunta a la esencia del amor, y, por lo tanto, de la persona humana en su centro, al mismo tiempo que se trata de un pensamiento que encuentra su origen, meta y ápice siempre en Dios:

“La causa de todo esto se encuentra en el pasado. Es ahí que estaba el error... Lo que quiero decir es que la gente se deja arrastrar por el amor como si éste fuese un absoluto, aun y cuando falten las dimensiones de lo absoluto. La gente va detrás de su propia ilusión, dejando de buscar introducir ese amor en El Amor que sí tiene tal dimensión. Es más, ni siquiera sospechan que



## DIMENSIÓN INTELECTUAL

eso sea necesario porque son cegados no tanto por la fuerza del sentimiento sino por la falta de humildad. Sí, se trata de una verdadera falta de humildad hacia lo que debería ser el amor en su verdadera esencia”.

Nos parece una anotación preciosa esta de Wojtyla: el amor ha de ser referido al Amor con mayúsculas, al Amor verdadero, perdurable y eterno, al amor que es Dios mismo, como bien enseña san Juan en su primera carta: “Dios es amor” (1 Jn 4, 16). Pero para ello se requiere humildad, que no es sino tomar el lugar que nos corresponde como creaturas, como seres humanos: ‘humus’: tierra, lodo, polvo. Pero, como diría Miguel de Unamuno: “polvo enamorado”. En efecto, Dios sopló en el barro formado que era Adán un “aliento de vida”; pero con éste le sopló el mismo amor, lo inundó de Su Amor. Y por eso Wojtyla habla de “el pasado”, pues, en última instancia, se refiere al origen, al Génesis: al comienzo; a la creación del hombre, a ese “presacramento”, como llama al matrimonio natural y del que hablará después, ya Papa, en su última obra poética “Tríptico romano”. Y por eso tampoco es casualidad que ese personaje que explica el amor y su drama adopte el nombre de Adán. Y Wojtyla continúa su enseñanza, en voz de Adán:

“Tal peligro disminuye si tomamos consciencia de ello. En caso contrario, ese peligro es de verdad arrollador: el amor cede ante el peso de la realidad cotidiana [...]. En ocasiones la vida humana pareciera demasiado corta para el amor; en otras, en cambio, no: más bien el amor humano parece ser demasiado corto para una vida larga. O quizás demasiado superficial. Sea como sea, el hombre tiene a su disposición una existencia y un amor posible. La pregunta es: ¿Cómo hacer que el conjunto de ambos tenga sentido?

Como bien anota Semen, “una finura tal y un tal realismo en el análisis psicológico” han hecho que, dado que se publicó esta obra en la revista *Znak* bajo el pseudónimo de A. Jawien, “nunca se imaginaron que el autor de la misma fuera un sacerdote, es decir un célibe”, pues



pocos sabían de la costumbre de Wojtyla de publicar bajo tal pseudónimo. En efecto, no por nada Karol Wojtyla – Juan Pablo II, digámoslo una vez más, es el Papa del matrimonio y de la familia, pero, más ampliamente aun, es el Papa del amor humano. ¡Y vaya que aprendió a -como él mismo decía y ya lo recordábamos antes- a “amar el amor humano”, cosa que queda patente, por cuanto venimos diciendo, ya desde los inicios de su sacerdocio hasta su muerte en 2005. Pero incluso más: en realidad ya sus poemas juveniles están todos ellos jalonados por la centralidad de la persona, por las relaciones humanas, y, por ende, por el amor. De hecho, podemos decir de nuevo con Semen, que las siguientes palabras de Teresa recapitulan el fondo de todo el drama de “El taller del orfebre”, y en realidad de toda la vida y obra de Karol Wojtyla – Juan Pablo II:

“Crear algo que refleje el Ser y el Amor absoluto: ¿no es esto la cosa más extraordinaria que exista? Sin embargo, al respecto el ser humano se equivoca sin darse cuenta”

Finalmente, hemos de concluir -una vez más con Semen- que tal constatación conclusiva de Wojtyla, la cual “abre unas perspectivas realmente exaltadoras” de la persona humana, y al mismo tiempo “es dolorosa en su realismo”, “puede ser considerada como una vía de acceso a los grandes temas de la teología del cuerpo que Juan Pablo II desarrollará algunos años después”<sup>21</sup>.

<sup>21</sup>Ibid.



# El guión de la predicación



**P. Antonio Rivero, L.C.**  
Doctor en Teología Espiritual

Ahora aterrizamos en la parte práctica: cómo hacer la predicación, sea homilía, discurso, panegírico, reflexión eucarística, meditación, etc. Se trata de la preparación práctica de la predicación.

1. **Primer consejo:** no se debe preparar esa predicación la víspera. Hay que prepararla al menos durante toda la semana. La homilía o el discurso no se hace, surge, crece, madura, y todo crecimiento necesita tiempo.
2. **¿Qué método?** Depende mucho de los talentos y talentos personales y de las diversas circunstancias. Es bueno fijar por escrito las ocurrencias y puntos de vista que a uno le han ido sobreviniendo durante el proceso de la preparación, pues lo que no se fija por escrito se olvida. Y, sobre todo, hay que fijarse desde el inicio el objetivo de esa predicación: ¿qué quiero conseguir con esta predicación?
3. **¿Cómo hacer: partir del texto bíblico al hoy; o partir del hoy al texto bíblico y volver al hoy?**
  - a. Unos prefieren partir del texto bíblico y después aplicarlo al hoy. Está bien y es lógico.
  - b. Otros prefieren partir del hoy para ver si ese texto bíblico ilumina ese hoy. Es el método inductivo que siguió la *Gaudium et spes* del concilio Vaticano II. Este método es psicológicamente más eficaz hoy día,

porque el oyente viene con todos sus problemas del hoy.

## 2. Siguiendo este segundo método psicológico, ¿cuál sería el esquema a seguir?

- a. **Motivación:** hay que preparar al oyente antes de presentar los problemas y las soluciones. Esto se puede lograr narrando una vivencia que genere interés, un hecho histórico, una anécdota bien narrada, una noticia mundial. Así se logra lo que los clásicos llamaron "*captatio benevolentiae*" del oyente, es decir, que el oyente me escuche y se suba al tren.
- b. **Presentación del problema:** se formula el problema vital que afecta al oyente y que exige solución





## DIMENSIÓN PASTORAL

- c. Objeciones al tema:** se presentan las dificultades al respecto, las objeciones en contra de la fe o en contra del objetivo de la predicación. Esto hace san Pablo en Rm 3, 1ss.
- d. Oferta de solución:** el predicador presenta una solución adecuada al problema en una forma y lenguaje comprensibles, de modo que la cuestión tratada encuentre aquí una respuesta. La solución tiene que venir de la Escritura o de la tradición de fe.
- e. Refuerzo de la solución:** se da la solución para las situaciones concretas. La predicación no puede terminar con generalidades. La solución tiene que provocar cambios en la vivencia práctica de los oyentes. Es una invitación como resumen de lo dicho, pero que toque ya la situación concreta. Aquí se dan ejemplos de cómo vivir esa verdad que expliqué en la solución.
- 3. ¿La homilía escrita?**
- a. Ventajas:** si es escrita no se divaga, implicaría responsabilidad.
- b. Desventajas:** podría perder espontaneidad y naturalidad, parece que esa homilía no ha nacido de su vida espiritual, el oyente no presta tanta atención.
- c. ¿Qué concluir?** Ciertamente hay que evitar la improvisación. Pero un discurso no es un escrito. Llevar la homilía preparada, sí,



pero no perder el contacto con el auditorio, y tratar de memorizarla, si es posible. Otros prefieren llevar un esquema solamente. Cada uno es libre, pero lo que sí hay que hacer es preparar la predicación durante la semana.

### 4. Preparación de un esquema de predicación:

**a. El objetivo:** es la finalidad de esa predicación que, aunque no la nombro, sin embargo, cuanto digo está dirigido a ese objetivo.

**b. La introducción:** no debe ser larga. Se logra una buena introducción con un hecho, una noticia, una vivencia, un buen nexo con los domingos anteriores.

**c. El tema:** cierra la introducción. Es la idea central de las lecturas bíblicas de ese domingo. Los clásicos lo llamaban proposición. Ese tema puede estar dividido tres aspectos que serán los puntos de la parte principal o cuerpo de la predicación, que en el caso de la homilía pueden ser los tres aspectos del tema sacados de cada lectura.

**d. La parte principal:** ese tema o idea principal se divide en tres puntos clásicos. Es aconsejable que cada punto venga concretizado con una vivencia, un acontecimiento, una aplicación para la vida de los oyentes, para que se grabe más. Las citas literales de la Sagrada Escritura deben ser pocas; sin embargo, todo debe estar impregnado del espíritu de la Biblia.

**e. La conclusión:** un mal final estropea la mejor exposición. Hay que prepararla cuidadosamente. Debe ser corto. No debe ser repetición de lo dicho. Se debe hacer un resumen de los puntos. Debe ser positiva y estimulante. Debe corresponderse con la introducción. Conclusión objetiva, sobria y personal. Una cita –pero ni una palabra más– puede acabar la homilía en redondo y provoca conformidad.

**f. Estudio del guión:** Pasos sugeridos:



- Subrayemos en amarillo o en rojo en el texto de predicación las palabras que queremos decir a toda costa.
- Repasemos varias veces en nuestra habitación el guión tal como está.
- Cerramos los ojos, relajamos el cuerpo en un asiento cómodo y repetimos lo que hemos leído sin pronunciar una sola palabra, como mudos.
- Pronunciemos la predicación en el cuarto, tal como la queremos tener ante nuestros oyentes. Bien pronunciado. Si disponemos de magnetófono, podemos grabar la predicación y la escuchamos a continuación. El magnetófono es el mejor crítico.

#### 5. Normas para la predicación:

- a. Concéntrate en lo esencial:** no lo digas todo. No expliques las tres lecturas ni todos los textos de la liturgia. Ten en cuenta todo eso al prepararlo, pero después cíñete a lo esencial.
- b. Predica una sola idea:** el público sólo asimila una idea. Di esa idea, repítela, resúmela. Y vete.
- c. Breve y sustancioso.** Despacio, pero con vida. Cambio de ritmo y tono.

**d. Buen comienzo y buen final,** pues “exordios y despedidas dan a los sermones vida”.

**e. Ejemplos con gracia y sal.** Haz como Jesús: usa ejemplos, parábolas, historietas, alegorías, comparaciones, refranes y frases populares.

**f. Vocabulario sencillo,** al hablar de términos bíblicos, teológicos o filosóficos.

**g. Quizá sea más prudente llevarla escrita y leer.** Si se hace así, es más fácil lograr que tenga brevedad, una sola idea, ejemplos dosificados, vocabulario asequible. Si no se lee, ha de partirse de un esquema que ayuda a mantener esos puntos.

**h. Y hablar al micrófono,** que ha de ser como oído del oyente: alejándose si se levanta la voz, acercándose si se baja. No es necesario gritar, son preferibles los tonos graves y han de evitarse los movimientos de la cabeza, que desvían la voz del micrófono.

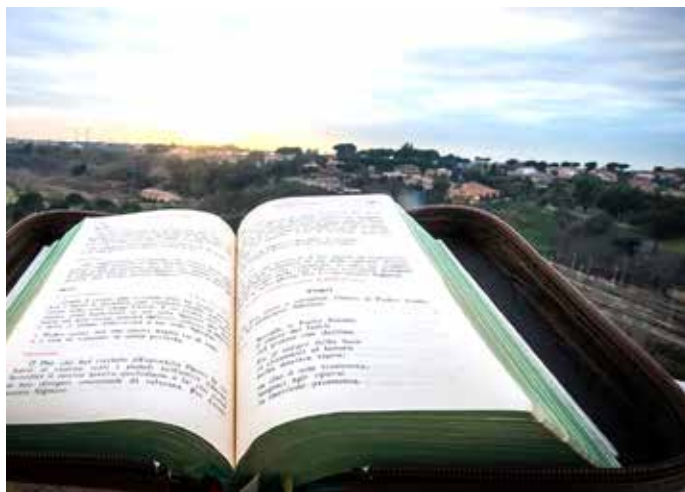
**6. El proceso semanal de la predicación:** la predicación dominical debe ser el resultado de un esfuerzo que se extienda a lo largo de toda la semana. Se aconseja lo siguiente, si se cuenta con tiempo:

Concentración, silencio y calma **durante la semana** sobre todo de lunes a viernes.

- **El lunes** se podría dedicar a la lectura de los textos y a la elección de uno de ellos que determinará el tema de la predicación.
- **El martes** es el día de la exégesis para descubrir el sentido principal del texto. Es el día más laborioso.
- **El miércoles** es el día de la actualización. ¿Qué pasa hoy en la vida de los oyentes?
- **El jueves** es el día de la oración



## DIMENSIÓN PASTORAL



personal del predicador. Aquí ya sale la formulación del tema de la predicación.

- **El viernes** está dedicado a la preparación del guión.
- **El sábado** queda libre de la preparación de la predicación. Ese día el predicador tiene que estar sereno y descansado, y puede dar una ojeada al guión para memorizarlo del todo o parcialmente.

**7. El proceso creativo:** en lenguaje psicológico significa evitar la tendencia a la rutina en el pensamiento y estar continuamente renovándose con modelos de predicación. En ese proceso creativo hay unas fases:

- a. **La fase de preparación:** aquí se ojean los problemas, se recoge material, se piensa a fondo el problema, se leen predicaciones de otros.
- b. **La fase de incubación:** esas ideas reposan y hay que darles vuelta. Es la gestación.
- c. **La fase de iluminación:** nace ya la idea que quiero transmitir, y descarto las demás.
- d. **La fase de verificación:** se verifica con la vida de los oyentes.

### 8. Ayudas para la predicación

Aquí se trata de ver qué materiales pueden ayudar al predicador.

Este material puede ayudar al sacerdote que tal vez lleva muchos años predicando y ahí puede encontrar alguna luz o intuición, que después él la desarrollará con su propio carácter y temperamento.

Ahora bien, el predicador no puede hacer un plagio de ese material y dar tal cual ese prefabricado a los oyentes. El predicador tiene que preparar su predicación, hacerse tiempo para prepararla bien, leer los textos de la misa, meditarlos, confrontarlos con la situación de los oyentes y los acontecimientos actuales.

Repasemos lo que ya dijimos:

1. Leer los textos de la liturgia dominical.
2. Hacer la labor exegética y dogmática.
3. Meditación personal de esos textos.
4. Consultar alguno de los libros homiléticos que puedan inspirar alguna idea.
5. Elaborar la propia predicación, con el objetivo concreto para el auditorio concreto.

Estos materiales pueden tener tres funciones:

1. **Una función de apoyo:** para el encuentro con el texto bíblico o con el tema principal.
2. **Una función de control:** controlar el propio esquema, completarlo, podarlo o pulirlo.
3. **Una función de estímulo:** para superarse en la predicación. Si no, pronto caeríamos en el aburrimiento.



# “Cuando quiero enterarme de las últimas noticias, leo el Apocalipsis”



**Pbro. José Juan Sánchez Jácome**  
Licenciado en Teología Moral,  
Coordinador del Comité Diocesano  
de ética para la vida y la familia  
Arquidiócesis de Xalapa

Caigo en la cuenta de que muchas de nuestras quejas delante de Dios tienen que ver todavía con cosas intrascendentes que bien se podrían superar si tuviéramos fuerza de voluntad y entendiéramos el dinamismo propio de la vida. Se trata muchas veces de reacciones primarias y hasta caprichosas que reflejan la falta de carácter y madurez en la vida espiritual.

Reconozco que cuando reaccionamos de esta manera nos situamos muy lejos de lo que se espera de nosotros como cristianos. Tendríamos que aceptar y reconocer que mientras reaccionamos con inmadurez estamos muy lejos de la posibilidad de responder a Dios que nos está llamando para estar con Él en lo más duro de la batalla.

Mucha gente seguía a Jesús cuando sanaba a los enfermos, cuando multiplicaba el pan, cuando hacía milagros y cuando sus palabras confortaban a todos. Pero muchos lo abandonaron cuando la cruz apareció en su vida y en el momento de su muerte.

No le resto importancia a las luchas que cada quien tiene que enfrentar todos los días, pero nos falta consolidar la vida cristiana en la fortaleza, perseverancia y fidelidad ante las realidades difíciles, angustiantes y

peligrosas que vive nuestro país.

Nos falta madurez y actitud para ir rompiendo con los condicionamientos de este mundo que nos tienen atados a la vanidad, la indiferencia, la superficialidad, el egoísmo y la comodidad. Pero también nos falta fe y confianza incondicional en Dios para no dejarnos desalentar por el panorama preocupante y desolador que se impone en nuestra sociedad.

El tejido social se sigue desgarrando por el escandaloso aumento de asesinatos y por la inseguridad que se está saliendo de control. Cuánta necesidad tenemos de medidas coyunturales y de instituciones que entiendan y asuman el tamaño del desafío, en vez de seguir estancados en justificaciones culpando a gobiernos anteriores.

Mientras el discurso oficial se separa del neoliberalismo, las medidas que se toman siguen girando en torno a este mismo sistema. Y sin importar el ambiente de muerte que hay en México, la descomposición del tejido social y la agudización de la crisis económica, hay instituciones de gobierno que exacerbaban este deterioro al rendirse a los postulados de la ideología de género que implanta una agenda de muerte a través





## DIMENSIÓN PASTORAL



del aborto, que margina y subestima a la familia y que va imponiendo el adoctrinamiento sexual de los niños y adolescentes pisoteando el derecho de los padres de familia a la educación de sus hijos.

Se trata de una carga pesada. Somos personas de fe y hemos experimentado la gracia de Dios de distintas maneras, pero lo que está viviendo nuestro país representa una carga muy pesada.

Sin embargo, damos testimonio de que cuando se acaban nuestras fuerzas y cuando somos presa del cansancio, la gracia de Dios irrumpe de una manera sorpresiva y viene a rescatarnos de esa oscuridad, de ese dolor y de ese cansancio ante las situaciones complejas que enfrentamos y que rebasan nuestras propias capacidades humanas.

El Espíritu Santo nos dará la luz y la fortaleza para enfrentar este deterioro y comenzar a poner las bases de una nueva sociedad. Ante el cansancio y el desánimo, de los que nadie se libra, sigo al pie de la letra la recomendación de León Bloy que decía: "Cuando quiero enterarme de las últimas noticias, leo el Apocalipsis".

No leo las noticias de twitter, o de un portal noticioso, o de algún periodista distinguido. Leo el Apocalipsis que sostuvo en la fe, en la fortaleza y en la perseverancia a los cristianos que vivían tiempos críticos de confrontación y persecución oficial.

No son las últimas noticias en sentido cronológico sino las últimas en sentido definitivo. Es un llamado a la confianza incondicional en el triunfo de Dios a pesar de que los acontecimientos apunten en otra dirección. Es un mensaje de esperanza especialmente para los que nos desanimamos y cansamos por el estado que guarda el mundo que vivimos. Se trata de vivir la fe no con resignación sino con la convicción de que Dios está con nosotros en esta lucha y nos llama para sostener a los más débiles, así como para permanecer a su lado en lo más duro de la batalla.

Lo último no son las balaceras, las mentiras, la corrupción y la pobreza. Es hora de leer las últimas noticias, es decir de ir al Apocalipsis porque: «El que estaba sentado en el trono, dijo: "Ahora yo voy a hacer nuevas todas las cosas"» (Ap 21, 5).



# El complejo tema de la muerte encefálica



**P. Fernando Pascual, L.C.**

Doctor en Filosofía, Licenciado en Teología,  
Profesor ordinario de Filosofía  
en el Ateneo Regina Apostolorum

Las discusiones sobre la muerte encefálica (o muerte cerebral, aunque no todos la entienden como idéntica a la muerte encefálica) muestran que estamos ante un tema complejo. Porque, en el corazón de esas discusiones, se cruzan varios problemas y perspectivas. ¿Cuáles?

Sin pretender mencionar los muchos aspectos de la cuestión, nos fijamos en los siguientes: ¿cómo entender la muerte, especialmente con ayuda de la filosofía? ¿En qué medida la tecnificación de la medicina y sus costos han cambiado el panorama? ¿Cómo influye, a la hora de determinar si alguien está muerto, el interés de aprovechar sus órganos para un eventual trasplante? ¿Cómo establecer parámetros médicos adecuados que sirvan para constatar si se ha dado efectivamente la muerte de un ser humano en un contexto tecnológico como el de muchos hospitales?

En cierto sentido, las preguntas apenas mencionadas se relacionan entre sí. Según cómo se defina filosóficamente la muerte se propondrá un modo de constatarla técnicamente, unas líneas guía sobre cuándo y cómo usar y no usar aparatos de reanimación y otros tratamientos, y unas posibilidades respecto de la extracción y trasplante de órganos.

Empecemos por el primer tema: ¿cómo definir la muerte? No resulta fácil encontrar una buena definición para un hecho que constatamos con frecuencia y que forma parte ineliminable de la existencia humana. Como punto de partida, reconocemos que sólo hay muerte si

antes ha habido vida, y la noción de vida también es difícil de aferrar.

Si acudimos a la filosofía, morir implica un cambio profundo, sustancial, por el que un ser viviente deja de serlo y se convierte en una realidad no viviente. La definición deja aspectos en el aire, pues al morir un ser viviente siguen presentes en su cuerpo otras formas de vida: algunas células siguen activas, además de que "aparecen" microorganismos que empiezan a desarrollar un trabajo frenético. A pesar de lo anterior, notamos como característica de la muerte el hecho de perder un nivel de unidad biológica funcional que se daba anteriormente y que deja de darse, y que impide la realización autoregulada de actividades básicas, como las propias de la nutrición.





Podemos, entonces, indicar que la muerte consiste en la pérdida de la vida de un ser de nuestro mundo. Otra definición filosófica, que tiene dos importantes aladides, Platón y Aristóteles, nos dice que morir es perder el alma. Un cordero vive mientras tiene alma (no alma espiritual, pero sí alma sensitiva). ¿Cuándo se pierde el alma? Cuando el organismo queda tan dañado que desaparece en él la coordinación necesaria para que se dé un determinado tipo de alma que lo mantenga en vida.

Este tipo de definiciones parecen complejas, pero pueden simplificarse si decimos que morir es dejar de ser un viviente de una especie concreta. Dejar de vivir como hombre, o como ciervo, o como abeja, o como caracol.

Respecto de los seres humanos, morir es perder la propia existencia biológica; o, si se acoge una idea clásica, morir consiste en la separación entre el alma y el cuerpo. No es el momento para detenernos a explicar lo que sea el alma humana, pues necesitaríamos para ello una elaboración articulada y compleja. Simplemente nos situamos en la perspectiva según la cual la muerte implica el final de la existencia terrena de un ser humano, pero no su total aniquilación, pues el alma pervive tras la muerte, por tratarse de un alma espiritual.

La muerte de cada hombre, de cada mujer, tiene un carácter único, precisamente porque el ser humano posee una naturaleza especial, un modo de existir que lo sitúa en un lugar inigualable entre los demás seres vivos que conocemos en el planeta. Ello explica por qué ofrecemos tantas atenciones a varios niveles (médico, psicológico, espiritual) a cada uno, sobre todo cuando se acerca ese momento inexorable de su muerte.

Entramos así al segundo aspecto de nuestro tema: la tecnificación de la medicina. Con los progresos de la ciencia y de la técnica muchas situaciones que en el pasado llevaban inexorablemente y con bastante rapidez hacia la muerte pueden ser hoy superadas, al permitir curar a las personas, o al mantenerlas en vida durante semanas, meses e incluso años, a pesar de seguir dañadas por algunas enfermedades de gravedad.



La enumeración de tales progresos podría ser larguísima. Sería suficiente recordar las mejoras en la higiene (algo que falta todavía hoy en no pocos lugares del planeta), las vacunas, la respiración artificial, las transfusiones de sangre, los antibióticos, la diálisis, la microcirugía, los trasplantes de tejidos y órganos, el uso de antidoloríficos y calmantes, etc.

Algunas personas necesitan, por la situación en la que se encuentran, la ayuda de una o varias de las nuevas tecnologías médicas, a veces con gastos sumamente elevados. Basta con visitar la zona de reanimación de algunos hospitales para percibir la complejidad de los aparatos empleados, que en ocasiones son producidos a precios muy altos, y cuyo mantenimiento y uso también es costoso.

Los beneficios de estos progresos están a la vista. Millones de personas, que hace un siglo habrían muerto en su infancia o juventud, pueden llegar a vivir más allá de los 70 años, en condiciones de vida bastante aceptables. Al mismo tiempo, no podemos olvidarlo, otros millones de personas están privadas del acceso a esos progresos, incluso a curas básicas, por falta de recursos propios y/o públicos, lo cual explica la poca esperanza de vida de la población en algunas regiones de nuestra tierra.

Aquí hemos de señalar una situación nueva para las familias y las sociedades. En los países con una asistencia médica más avanzada, resulta posible prolongar el



tiempo de vida, con el uso de aparatos más o menos sofisticados, de personas que han sufrido graves daños y a las que resulta muy difícil devolver a condiciones de vida más o menos autónoma.

Un caso paradigmático es el de quienes viven durante años en estado vegetativo. Otro es el de quienes pueden sobrevivir sólo con la ayuda de aparatos muy costosos, por ejemplo, con un pulmón de acero. El caso de la española Olga Bejano Domínguez resulta ser, en ese sentido, paradigmático.

Este tipo de situaciones no sólo crea un aumento de gastos, que alguien debe pagar (el mismo enfermo, sus familiares y conocidos, las compañías aseguradoras, el Estado), sino que también lleva a algunas personas, movidos por una errónea idea de compasión, a desear que el enfermo deje de sufrir, lo cual sería posible adelantando su muerte. Es decir, se hacen presentes propuestas de eutanasia en sus diversas formas, con las que, algunos dicen, se abreviarían dolores y gastos al provocar la muerte de un ser humano situado en condiciones que muchos califican como de baja "calidad de vida".

No nos detenemos en elaborar un juicio sobre la eutanasia y sobre la necesidad de distinguir entre tratamientos proporcionados y ensañamiento (encarnizamiento) terapéutico. Basta con recordar lo ya explicado en un documento publicado por la Congregación para la doctrina de la fe en 1980 con el título "lura et bona"

para un buen enjuiciamiento ético sobre esta temática.

Pasamos así al tercer aspecto: los trasplantes de tejidos y órganos. Es un tema relativamente nuevo y que ha abierto fronteras prometedoras gracias a los enormes progresos de la medicina que acabamos de recordar. Con un mejor conocimiento del organismo humano y con medicinas e instrumentos cada vez más sofisticados, es posible ofrecer a miles de personas tejidos y órganos con los que mejorar su salud y prolongar el tiempo de su existencia terrena.

No es el caso explicar los diversos aspectos médicos que giran en torno a los trasplantes, sobre todo respecto de la calidad del órgano trasplantado y de su compatibilidad en quien lo recibe. Es obvio que un órgano que va a ser trasplantado podrá ayudar eficazmente a un receptor si tal órgano es obtenido en las mejores condiciones posibles.

En vistas a esas condiciones optimales, se comprende que extraer órganos de personas fallecidas en el sentido clásico del término (después de la cesación de toda actividad respiratoria y cardíaca) no resulte especialmente eficaz, pues algunos órganos candidatos a ser trasplantados quedan dañados en mayor o menor medida por la falta de irrigación sanguínea y los demás procesos que siguen a la muerte.

Por lo mismo, un donante será más "adecuado" si ofrece un órgano en condiciones de salud (como ocurre cuando una persona sana cede un riñón a otro), o bien en condiciones de falta de salud pero con el apoyo de aparatos que mantienen ciertas funciones básicas (nutrición, respiración, circulación sanguínea), o en una situación de muerte encefálica (sobre la que hablaremos un poco más adelante). Igualmente, reducir al máximo el tiempo que pasa entre la muerte del donante, la extracción del órgano y su trasplante en el receptor resulta clave para que todo el proceso obtenga beneficios aceptables.

La reflexión ética sobre el tema de los trasplantes no puede dejar de lado una serie de preguntas: ¿existe una obligación de donar órganos a quienes no pueden vivir sin un trasplante? ¿Puede el donante poner en peligro



su salud desde la pérdida de una parte de sí mismo? ¿Qué tipo de costos hay en los trasplantes y quiénes los deben pagar? ¿Cuándo un trasplante implica más daños que beneficios en quien lo recibe? ¿Con qué criterios seleccionar a varios pacientes que recibirían sin grandes problemas de rechazo un único órgano disponible?

Por lo que respecta a trasplantes desde un cadáver, la pregunta central es: ¿con qué criterios tener certeza de que el cuerpo del donante ya pertenece a un ser humano fallecido? En otras palabras, ¿cómo constatar con seguridad que la muerte ha tenido lugar y que ya sería lícito extraer los órganos de este cadáver? ¿Y qué sistemas de reanimación pueden usarse sobre un cadáver con el fin de conservar de la mejor manera posible sus órganos en vistas a un eventual trasplante?

Con esta última pregunta tocamos el cuarto aspecto que habíamos señalado al principio, y lo hacemos precisamente desde el tema de los trasplantes de órganos. Al hacerlo así evocamos la situación histórica en la que se elaboró una de las primeras definiciones de muerte cerebral: una comisión en Harvard, el año 1968, que tenía entre sus objetivos determinar los parámetros que permiten tener certeza de estar ante un cadáver para facilitar la extracción de sus órganos. Con esos parámetros, se pensó, sería posible dejar de "mantener" artificialmente (con aparatos costosos, no lo olvidemos) a aquellos cuerpos de personas fallecidas pero que conservaban funciones vitales gracias a la técnica; por otro lado, habría seguridad de que la extracción de los

órganos de esos cuerpos mantenidos artificialmente en condiciones "vitales" no provocaba su muerte, pues ya estarían muertos...

El informe de Harvard de 1968 establecía una serie de parámetros desde los cuales se podría constatar que el cerebro había dejado de coordinar y mantener la unidad del organismo, por lo que uno estaría muerto a pesar de las apariencias de vitalidad, que serían simplemente el resultado del uso de los modernos aparatos de reanimación y sustentamiento.

Hay que constatar que existen en el mercado diversas teorías sobre cuáles sean los parámetros para constatar la muerte cerebral, mientras que otros prefieren hablar, de un modo más preciso, sobre muerte encefálica. Igualmente, no todos concuerdan a la hora de indicar qué partes del encéfalo habría que considerar para ver si uno está o no está muerto. Algunos, por ejemplo, suponen que habría muerte cuando está dañada la parte cortical del cerebro. Otros, en cambio, consideran que sólo hay muerte cuando están dañadas de modo irreversible todas las partes del encéfalo, es decir: el cerebro, el cerebelo y el tronco-encéfalo.

El panorama se hace más complejo si recordamos que un filósofo como Hans Jonas consideró éticamente incorrecto usar la idea de muerte cerebral para extraer órganos de un cuerpo humano mientras seguía unido a los aparatos que lo mantenían con ciertas funciones "vitales". Según este autor, la muerte no es algo que puede ser identificado con un momento concreto ni desde señales de daño cerebral irreversible, sino un proceso. Según Jonas, sólo sería lícito extraer órganos en aquellos cuerpos que hubieran sido desconectados de los aparatos que los mantenían en una forzada "reanimación", cuando ya fuera evidente que no tenían ninguna actividad cardíaca ni respiratoria autónomas.

Hay autores de ámbito católico, como Josef Seifert y Robert Spaemann, que también se han opuesto al uso de la idea de muerte cerebral para permitir la extracción de órganos vitales de un cuerpo cuya muerte no habría sido constatada con la suficiente certeza a través del uso de parámetros inseguros, insuficientes o mal utilizados, como el de la muerte cerebral.



Otros autores, también de ámbito católico, como el cardenal Elio Sgreccia, se muestran más abiertos a un uso éticamente correcto de la constatación de la muerte desde el criterio neurológico (muerte encefálica); es decir, desde una serie de parámetros que indican la pérdida de la unidad mínima necesaria para que un organismo esté dotado de vida autónoma. Tales parámetros, si determinan que ha habido una cesación irreversible de todas las funciones encefálicas, serían suficientes para estar seguros de que estamos ante un cadáver.

Como se ve, estamos ante un tema complejo y con muchas perspectivas. Hay, sin embargo, algunos criterios fundamentales que no pueden ser dejados de lado, y que por desgracia no son compartidos, por lo general, por quienes abordan estas temáticas. Tales criterios son: hay que respetar siempre a la persona humana; hay que ayudarla a conservar su vida en la medida de lo posible y sin menoscabo del respeto a otros; hay que promover todo aquello que tutele la salud y que permita una atención adecuada a las personas enfermas; hay que evitar toda intervención excesiva y desproporcionada cuando ya no es posible restablecer la salud y cuando hay graves inconvenientes de tipo humano, familiar y social; nunca será lícito extraer órganos u otras partes del cuerpo de un ser humano en aparente muerte encefálica si no existe la certeza suficiente de que ya ha fallecido, como tampoco es lícito provocar tal muerte por falsa compasión o para utilizar partes del cadáver.

Son criterios generales, pero que suponen admitir una verdad que ha sido mencionada anteriormente: todo ser humano, por su condición espiritual, goza de unos derechos intrínsecos, entre los que se encuentra el derecho a la vida y al cuidado de su salud, desde su concepción hasta que se produce su muerte de forma natural.





## TESTIMONIO

# Padre Jerónimo Gracián: historia de un peregrino



**P. Fernando Pascual, L.C.**

Doctor en Filosofía, Lic. en Teología Profesor ordinario de filosofía en el Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum*

Padre Jerónimo Gracián: historia de un peregrino

P. Fernando Pascual, L.C.  
 Doctor en Filosofía, Licenciado en Teología,  
 Profesor ordinario de Filosofía  
 en el Ateneo Regina Apostolorum



Era la mañana del 11 de octubre de 1593. Una nave había zarpado desde puerto de Gaeta, en Italia. Apenas dos horas de después, una galeota de turcos abordó la nave e hizo cautivos a los pasajeros.

Entre ellos se encontraba un sacerdote de 47 años, el P. Jerónimo Gracián. Ya en la nave corsaria, se vio privado de su ropa y arrojado, con otros prisioneros, a la zona de remos. Años más tarde recordará aquellos momentos tan amargos con estas palabras:

“Confieso a vuestra merced que este suceso, que suele ser el más desastrado que puede acaecer en el mundo, fue entonces para mí de gran descanso, contento y alegría, que se me dilató el corazón viendo claramente ser voluntad de Dios vestirme aquel hábito en que nací y morir bogando remo de turcos” (carta escrita hacia mediados de 1612).

¿Quién fue el P. Jerónimo Gracián? ¿Qué hacía por Italia? ¿Cómo se libró de aquel cautiverio inesperado? Descubrir algo de la vida de aquel sacerdote y carmelita español, y

de algunos de quienes lo rodearon, permite asomarse al misterio de la Iglesia, en la que se entremezclan santidad y pecado, fidelidades y traiciones, deseos de hacer el bien e intrigas miserables, predicaciones fecundas y penas insospechadas.

Jerónimo (Gerónimo, según la grafía del tiempo) Gracián nació en Valladolid el 6 de junio de 1545, en uno de los momentos de mayor expansión de España. Su padre, Diego Gracián, fue secretario de Carlos I y luego de Felipe II. Su madre era hija de un importante humanista polaco, Juan Dantisco, que llegó a ser obispo en Culm y Warmia. Antes de ser obispo, durante un tiempo en que vivió en España, Juan Dantisco tuvo una relación ilegítima con Isabel Delgado. De esa relación nació Juana Dantisco, que tras casarse con Diego Gracián sería la madre de 20 hijos, entre ellos Jerónimo.

Aquel hijo de la familia Gracián Dantisco demostró pronto



## TESTIMONIO

poseer grandes cualidades y así alcanzó resultados sorprendentes en sus estudios. Contó, además, con el apoyo de una beca del mismo Felipe II, que esperaba poder aceptarle algún día como secretario. Gracias a la facilidad con la que aprendía, a los 15 años pudo ingresar en la facultad de Artes de la Universidad Complutense.

Pasó luego a estudiar teología, y más adelante inició el doctorado en Sagrada Escritura, lo que le permitiría conseguir una cátedra como profesor. El camino no resultaba fácil, pues se trataba de 4 años de trabajo, en el que se compaginaban tiempos para el estudio y clases como sustituto de otros profesores.

En esa época madura su vocación sacerdotal. Mientras continúa sus estudios, recibe las órdenes sagradas. Será sacerdote desde el 25 de marzo de 1571, con 25 años.

Cuando le falta un único examen para culminar con éxito su carrera, se retira. ¿El motivo? Prefiere el ministerio de la predicación y el servicio como confesor. Muchos desean ganárselo, incluso los jesuitas. Por un motivo u otro, el padre Gracián no acaba de tomar una decisión.

En sus primeros meses como sacerdote, entra en contacto con un convento de carmelitas descalzas, surgido desde la reforma de santa Teresa de Jesús. La santa abulense intuye el valor de aquel joven sacerdote, al que todavía no ha visto de persona, y reza para que se haga carmelita. La oración "consigue" su objetivo: en abril de 1572, el P. Gracián entra en el noviciado de los

carmelitas descalzos de Pastrana.

Empieza así una aventura insospechada. Primero, tiene que seguir un camino de humildad, ante las pruebas que le ponen sus superiores durante el noviciado. Al año, emite los votos como carmelita descalzo. Desde ese momento, santa Teresa le da su plena confianza, hasta el punto de reconocer en el padre Gracián un pilar sólido para la reforma del Carmelo.

Hay que esperar hasta el año 1575 para que el padre Gracián pueda encontrarse directamente con la Madre Teresa de Jesús, en la localidad de Beas de Segura (provincia de Jaén). A ella le abre su alma con mucha confianza, y la madre descubre en él a un hombre fervoroso y de gran virtud. En su obra "Las Fundaciones" (capítulo 23), santa Teresa aludirá al padre Gracián con esas palabras:

"Le hicieron comisario apostólico, y le dieron autoridad y gobierno sobre los Descalzos y Descalzas. Hizo Constituciones para los frailes, que nosotros ya las teníamos de nuestro reverendísimo padre general, y así no las hizo para nosotras, sino para ellos, con el poder apostólico que tenía, y con las buenas partes que le ha dado el Señor, como tengo dicho. La primera vez que los visitó, lo puso todo en tanta razón y concierto, que se parecía bien ser ayudado de la divina Majestad, y que Nuestra Señora le había escogido para remedio de su Orden, a quien suplico yo mucho acabe con su Hijo siempre la favorezca y dé gracia para ir muy adelante en su servicio. Amén".

Sí: para la Madre fundadora el padre Gracián era el hombre enviado por Dios para los carmelitas descalzos. Pero no todos pensaban lo mismo, como veremos en seguida.

Hay que recordar que la reforma teresiana tuvo lugar en un ambiente especialmente difícil, sobre todo en lo que se refiere a la rama masculina. Había lazos muy fuertes entre carmelitas descalzos y carmelitas calzados, y los segundos pretendían tener cierta autoridad sobre los primeros. Además, entre los descalzos faltaban ideas claras sobre cómo y hacia dónde llevar adelante las reformas.







## TESTIMONIO



En este contexto, el padre Gracián recibió diversos encargos, también el de ser comisario de los carmelitas de Castilla y Andalucía. Las tensiones entre calzados y descalzos, sin embargo, seguían en pie, hasta el punto de que se llegó a destituir al padre Gracián de su cargo (23 de julio de 1578), y luego a su reclusión (20 de diciembre de 1578) en el convento de Alcalá. Podemos recordar que varios meses antes (a partir de diciembre de 1577) la misma suerte había tocado a san Juan de la Cruz, juzgado y encarcelado en Toledo por los carmelitas calzados.

Ante el cariz de los hechos, interviene el mismo Felipe II a favor del hijo de su secretario. Trabaja para que los carmelitas descalzos se organicen de modo independiente respecto de los calzados, lo cual se consigue gracias a un breve papal de 1580. Esto da un espacio de autonomía a la reforma y mayor libertad para el padre Gracián.

Mientras, santa Teresa mantiene su apoyo incondicional al padre Gracián. Ve con alegría cómo se constituye una provincia autónoma de carmelitas descalzos, y cómo en 1581 eligen a Gracián como el primer superior de esa provincia. Pero entre los mismos carmelitas descalzos hay quienes critican y se oponen al "hombre de santa Teresa".

Teresa de Jesús fallece en 1582. Tres años después, en 1585, el capítulo provincial de los descalzos elige como superior a un italiano propuesto por el mismo Gracián: el

padre Nicolás Doria. Quizá entonces nadie sospechaba que Doria se enfrentaría a Gracián hasta llegar a una decisión insospechada: expulsarlo de la propia orden religiosa.

Los hechos que llevarán a ese dramático desenlace se producen en varias fases. Ya durante el tiempo en el que fue provincial (1581-1585), se fueron divulgando críticas contra el padre Gracián, en especial contra su estilo suave de gobierno y sus actitudes de caridad hacia los súbditos. Más tarde se acumularon nuevas acusaciones y críticas, mientras Gracián defendía, en contra de la línea escogida por Doria, la máxima fidelidad a las indicaciones que venían de santa Teresa.

De un modo discreto se buscó alejar a Gracián de la España peninsular con un nombramiento que lo haría llegar a México. La idea no prosperó. Mientras, en 1587, se le sometió a un "primer juicio" y a una amonestación por su conducta. A pesar de esa primera acometida, Gracián contó con importantes apoyos eclesiásticos y políticos, que le permitieron resistir y gozar de cierta libertad de movimientos.

En 1588 se recrudece la lucha. Doria introduce nuevos cambios en las normas de las carmelitas descalzas, y ve en Gracián un enemigo de sus propuestas y "reformas". Al mismo tiempo, los amigos de Gracián lo defienden ante acusaciones y críticas que surgen aquí o allá.

En este contexto la línea de reforma defendida por Gracián consigue una victoria importante, aunque de poca duración, con un documento papal del 15 de junio de 1590, titulado "Singulares". En ese documento se concede plena autonomía a los conventos de carmelitas descalzas que apoyan a Gracián. Pero Doria logra, después de un intenso trabajo, la anulación de ese documento un año después. La situación para Gracián llega a ser desesperada, y se prepara el golpe de gracia contra su persona y contra sus esfuerzos de ser fiel a la herencia recibida de la Madre Teresa.

En mayo de 1591 el padre Gracián termina una visita canónica a los carmelitas de Portugal. El padre Doria aprovecha la ocasión y lo llama a Madrid. Después de varias semanas, cuando Gracián llega, Doria le lee una



## TESTIMONIO



lista de acusaciones, le impide cualquier contacto con otras personas, y lo manda encerrar en el convento de san Hermenegildo, también en Madrid. Es el día 22 de julio de 1591.

El proceso se prolonga varios meses. La sentencia llega con fecha 17 de febrero de 1592. "Le declaraban y declararon por incorregible, y como a tal mandaban y mandaron que se le quite el hábito de nuestra Congregación y sea expelido de ella, y que él no se le vista más, so las censuras y penas que la Orden tiene del Sumo Pontífice Sixto V". Es decir: expulsan a Gracián del carmelo teresiano, precisamente a él que había sido visto por santa Teresa como uno de los sacerdotes de más confianza y valía.

En la sentencia se indican varios "delitos" de Gracián. Por ejemplo: cuando era superior provincial había permitido que algunos seglares entrasen en la clausura de las carmelitas, y a éstas entrar en conventos masculinos; trató con mucha familiaridad a una religiosa; fomentó la "discordia en su Religión y contra los superiores". Todo esto, se indica en la sentencia, durante años, con señales claras de ser incorregible.

Gracián, expulsado, busca apelar al Papa. Viaja a Roma como peregrino. Inicia así un camino que, sin haberlo sospechado, se hará largo, muy largo, y que narrará años después en una obra autobiográfica titulada "Peregrinación de Anastasio". En Roma no consigue nada, pues también Doria había enviado a la Ciudad Eterna sus mensajeros para impedir a Gracián cualquier

resultado favorable.

Mientras espera la decisión del Papa (entonces Clemente VIII) se dirige a Nápoles. Sólo en el año siguiente, 1593, conoce la decisión papal: no puede volver a vestir el hábito de carmelita descalzo, y se le manda entrar en la orden de los agustinos descalzos. Es un momento muy duro para aquel sacerdote amante del Carmelo, y debe tomar una decisión.

Tras muchas dudas y vacilaciones, acepta la indicación del Papa. Viaja desde Nápoles y llega a Gaeta. El 11 de octubre de 1593 viste, por primera vez (y por poquísimos tiempo) el hábito de agustino descalzo. Sube a una nave y... y a las pocas horas, como vimos como pórtico de estas líneas, es apresado por los turcos y despojado de toda vestimenta. Dios quería otro hábito para el padre Gracián...

Ya hemos leído cómo Gracián narrará, años después, sus recuerdos de aquella dramática captura. Tras ser apresado, y después de varias semanas de travesía, llega a Bizerta, en Túnez, en donde permanecerá como cautivo durante casi dos años. Vale la pena leer su narración de aquel tiempo tan particular de su ministerio como sacerdote:

"Estuve casi dos años con cuatro arrobas de hierro a los pies en un baño o mazmorra oscura y hedionda. Mas a pocos días se hicieron los pies a los hierros, las narices al hedor, los ojos a la oscuridad y el cuerpo a estar echado sobre un cribete, de donde no podía levantarme sino para decir misa, que con mucho trabajo la decía cada día atando con un cordel el peso de los hierros al pescuezo. Consolóme Nuestro Señor con el gran fruto que hacía confesando y predicando cada día a seiscientos cristianos cautivos que estaban dentro de aquel baño y otros que venían de fuera, y con los discursos que el entendimiento y espíritu hacía, teniendo todo el día y noche para mí para esto, sin otra ocupación, qué si estuviera escrito lo que allí pensé, hartos libros se pudieran henchir de diversos conceptos" (carta escrita a un conocido en 1612).

Tras complejas negociaciones y con la ayuda de amigos, especialmente de un judío, se consigue pagar su rescate.



## TESTIMONIO

Es liberado en agosto de 1595. Llega a Roma y vuelve a presentar al Papa su situación. Mientras, promueve la causa de beatificación de su muy querida Madre Teresa de Jesús. También dedica buena parte de sus esfuerzos a la liberación de cautivos: siente un anhelo muy grande por sacar de las cadenas a quienes sufren lo que él había sufrido durante meses interminables.

En medio de tantas oscuridades, llega un rayo de luz: un breve del Papa Clemente VIII levanta todas las condenas sobre el padre Gracián. Le permite volver a la Orden de los carmelitas descalzos y manda a los superiores que lo "reciban y traten benignamente". Este breve papal lleva la fecha de 6 de marzo de 1596.

Jerónimo Gracián inicia así una nueva etapa de su vida. No todo está arreglado, pues siguen en pie recelos suscitados contra él por culpa de intrigas y de malevolencias de algunos de sus mismos hermanos descalzos. Pero al menos cuenta con el apoyo del Papa y con una absolución completa de cualquier castigo.

Ante esa situación, Gracián decide por ahora vestir el hábito de los carmelitas calzados, que lo acogen cordialmente. Continúa su apostolado en Italia (1596-1600) y propone varias ideas para las misiones, algunas de las cuales preparan lo que años después se convertirá en la congregación de "Propaganda fide".

Como parte de los proyectos del jubileo del año 1600, madura la idea de que el padre Gracián viaje como predicador a Marruecos, pero ello exige un salvoconducto que puede recibir en España. Por este motivo regresa a su patria, y puede visitar varios conventos de carmelitas descalzas. También visita a los carmelitas descalzos, pero estos lo reciben de modo frío y con recelos: no está muy lejos la condena dictada contra él en 1592.

Consigue por fin ir a Marruecos, desde finales de 1601 hasta mitad de 1602. Luego vuelve a España. Por entonces propone a Roma ser enviado como misionero a Etiopía, aunque la idea no acaba de prosperar. Mientras, hasta el año 1607, desarrolla su ardor sacerdotal en diversos lugares de su patria.

Dios le pide un nuevo esfuerzo y un sacrificio nada fácil.

En 1607 (tiene 62 años) solicitan su presencia en Flandes. Acepta este nuevo encargo después de haber obtenido los necesarios permisos. De camino, encuentra en Francia a la Madre Ana de san Bartolomé, una carmelita que había sido secretaria y ayudante de la Madre Teresa de Jesús durante los últimos 5 años de la vida de la fundadora (de 1577 a 1582).

Llegado a su destino en Flandes, inicia su última etapa como "peregrino" (como gustaba llamarse), entre los años 1607 y 1614. Establece numerosas amistades en aquellas regiones marcadas por conflictos atroces. Escribe, predica, confiesa. Parte de su tiempo lo invierte en un sueño muy anhelado: conseguir la beatificación de Teresa de Jesús.

También trabaja para que los carmelitas descalzos funden en Bélgica, y lo consigue con el apoyo de la provincia de Italia. A pesar de la llegada de los descalzos, no acaba de decidir si se une o no a ellos, después de todos los sufrimientos y las tensiones del pasado con sus hermanos de reforma. Por eso, en esos años reside entre los carmelitas calzados, que le permiten vivir de acuerdo al espíritu y a las normas de los descalzos.

El último año de su existencia terrena recibe una gran alegría: la beatificación de Teresa de Jesús, con un breve pontificio fechado el 24 de abril 1614.

Algunos meses después, el 20 de septiembre de ese mismo año 1614, tras un viaje ministerial, comienza a sentir una extraña angustia. No puede entrar en la





## TESTIMONIO

ciudad de Bruselas, y es acogido en una parroquia fuera de las murallas. Al día siguiente lo trasladan al convento de los calzados, donde recibe algunas visitas. Pocas horas después, termina su peregrinación y vuela hacia el encuentro con el Padre.

Estas líneas merecerían ser completadas con una valoración de la obra y el legado del P. Jerónimo Gracián, algo que otros han elaborado recientemente, pero esa tarea queda por ahora sin ser completada.

No puedo terminar sin añadir un dato reciente que debe ser recordado: la rehabilitación oficial y póstuma del padre Gracián por parte de los carmelitas descalzos, 4 siglos después de su condena en Madrid.

Esta rehabilitación tuvo su momento culminante en el año 1999, desde una petición formulada por parte del capítulo general de los carmelitas descalzos de 1991, con la que se deseaba revocar la sentencia condenatoria de 1592. Tras el trabajo de una comisión constituida para estudiar el asunto, y después de un atento análisis de la documentación disponible, las autoridades de los carmelitas descalzos decidieron, con fecha 15 de diciembre de 1999, lo siguiente:

“El Definitorio General, en su sesión 47 del 15 de diciembre de 1999, siguiendo el ejemplo del Santo Padre en este año jubilar, juzgó conveniente hacer una declaración oficial que **REVOCA LA SENTENCIA DE EXPULSIÓN DE LA ORDEN** pronunciada contra el P. Jerónimo Gracián, hijo y discípulo predilecto de nuestra Madre Santa Teresa de Jesús, como gesto oficial de rehabilitación y de reparación por la injusticia de que fue víctima”.

No sabemos si allá, en el cielo, tengan algún efecto los decretos que sobre condenas pasadas se emiten aquí en la tierra. Lo cierto es que el padre Jerónimo Gracián ha recibido, de sus hermanos carmelitas descalzos, un gesto póstumo de cariño. Este acto de reparación estimula el deseo por estudiar y comprender la vida apasionante de un peregrino que quedó fascinado por la reforma teresiana y que vivió y murió para difundir el Amor de Dios entre los hombres y mujeres de su tiempo.

(Para este trabajo me he basado fundamentalmente en dos publicaciones ofrecidas en Internet: José Alberto Pedra, *Jerónimo Gracián de la Madre de Dios. El heredero exiliado*; Eulogio Pacho OCD, *Jerónimo Gracián de la Madre de Dios: vida y obras*).